HAIZEA LÓPEZ
HIJA
DE LA
LLUVIA
ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
Epílogo

Nota de la autora
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

La maldición persigue a la familia Agirregoitia y llega a calarles tanto y tan profundo como la lluvia en los campos de viñedos alaveses.

Hace doce años, Ainize dejó Artziniega y perdió todo contacto con los suyos: con su padre, Ramón Agirregoitia, pequeño viticultor del valle, encerrado en sí mismo desde que su mujer los abandonara; con Gorka, su hermano mellizo, uña y carne durante la infancia, y con Elsa, la mujer que cuidó de la casa y de todos ellos como si de su propia familia se tratara. Ainize se fue huyendo de la locura que palpita entre las paredes de Haize Hegoa, el caserón familiar, desde hace generaciones, y ahora vive en París con Pierre, propietario de una galería de arte. No le pesa haber dejado el valle donde siempre llueve. Ni siquiera le pesa haber roto con Haritz, su amigo de la infancia, su amor de adolescencia, el chico capaz de sacarla de su mundo, por quien lo habría dado todo... menos su vida.

A punto de inaugurar su primera exposición, Ainize recibe una llamada de Elsa: ha de regresar con urgencia a Artziniega porque su padre ha muerto; la maldición lo atrapó al fin y hay decisiones que tomar sobre la herencia. De nuevo en el caserón destartalado, en el viñedo descuidado, Ainize ha de volver a enfrentarse a sus miedos y jugar una extraña partida de ajedrez contra un contrincante invisible que solo parece existir en su mente y contra un amor que aún permanece en su corazón.

Hija de la lluvia

Haizea López

Zuri guztiak ez dira elurrak[1]

1

Le parecía raro que don Ramón no hubiera respondido ninguna de sus llamadas. Elsa se calzó las botas de agua, se puso el chubasquero y abandonó la protección de su céntrico piso en Artziniega para adentrarse en la lluvia y el frío que la esperaban fuera.

El caserío de don Ramón, que databa del siglo XVII, estaba ubicado lejos del valle, en la colina norte del poblado. Elsa estaba acostumbrada a recorrer aquel trayecto un par de veces a la semana: los martes y los jueves más concretamente. Eran los días en los que, casi treinta años atrás, Ramón y ella pactaron que acudiría para limpiar, ordenar y cocinar la comida de lo que restaba de la semana. Ramón era un buen hombre —o eso pensaba Elsa—, pero en las tareas del hogar estaba desubicado. En realidad, a lo largo de aquella última temporada, la mujer había tenido la sensación de notarle bastante ido en todos los sentidos. Las últimas semanas las había pasado en el altillo de la casa, enterrado bajo el polvo que desprendían los libros de su biblioteca. No se preocupaba por cuidar de sus viñas y mucho menos aún por contestar las insistentes llamadas de su socio, Alberto.

Elsa sintió cómo el frío exterior le cortaba la piel. El viento estaba congelado y la humedad del ambiente contribuía a que la sensación térmica fuera mucho más baja de lo habitual. Apretó el ritmo en su ascensión montaña arriba mientras intentaba proteger sus ojos de la lluvia con ambas manos. Ramón llevaba dos semanas sin abrirle la puerta de casa, y después de mucho buscar, por fin había encontrado esa antigua llave que mucho tiempo atrás había guardado a buen recaudo por si en algún momento surgía alguna emergencia.

Llegó calada de pies a cabeza a los terrenos del caserón y fue consciente de que, según se acercaba a la puerta, el mal presentimiento que la había rondado aquellos días se intensificaba aún más. Notó un escalofrío que la dejó incluso más destemplada de lo que ya estaba y rebuscó en su bolsillo derecho para dar con la llave. Era antigua, pero bastante ligera para los años que tenía el portón.

Estaba a punto de meterla en la cerradura cuando optó por llamar a la puerta una vez más. Tiró de la garra de águila que colgaba del centro y la estrelló contra aquella desgastada madera un par de veces.

—¿Ramón? ¿Estás ahí? —gritó, exactamente igual que había hecho el martes y el jueves de la semana anterior.

No obtuvo respuesta, así que metió la llave y solo tuvo que darle una vuelta. No estaba echado el cerrojo, lo que no era de extrañar en absoluto. Ramón siempre había pecado de ser un hombre confiado que, además, creía que vivía ajeno a la sociedad. Se pensaba que el caserón de la colina era inaccesible para el resto de los habitantes de Artziniega y alrededores, aunque en sus años jóvenes había sufrido el acoso de varios niños que habían tachado el lugar de encantado y que acudían noche sí y noche también en busca de alguna aventura fantasmal.

Elsa no creía en las supersticiones absurdas, solo en las que realmente tenían peso, pero conocía la historia de aquella casa y el apellido Agirregoitia y, en algunas ocasiones, podía sentir una presencia extraña que agitaba su calma interna mientras se encontraba trabajando en los fogones.

Respiró hondo y entró. El silbido del viento que se colaba dentro parecía la triste melodía de un violinista que intentaba dotar de un aire lúgubre al ambiente.

—¿Ramón? ¿Ramón? ¿Estás ahí?

Subió las escaleras.

El viento sopló con más fuerza y Elsa se quedó paralizada en mitad de los escalones mientras percibía el ligero olor a putrefacción que provenía de arriba. Ascendió paso a paso, con lentitud, repitiéndose una y otra vez a sí misma «No sucede nada» y «Ramón está bien». Aunque en el fondo no conseguía creerse sus propias mentiras.

Revisó el dormitorio principal, las habitaciones que tiempo atrás pertenecieron a los críos y, por último, el baño. Todo estaba desierto.

Continuó subiendo y percibió cómo ese aroma a putrefacción al que poco a poco se iba acostumbrando se intensificaba más. Apretó los puños, mantuvo a raya ese mal presentimiento que cada vez se instalaba en ella con más fuerza, y se armó de valor para llegar hasta el final.

Entonces lo vio. Estaba allí. Su cuerpo no se balanceaba, sino que se mantenía inerte suspendido en el aire. Uno de los extremos de la cuerda rodeaba su cuello, mientras que el otro estaba firmemente atado a una de las vigas del techo. Elsa se llevó las manos a la boca para ahogar el grito de espanto que abandonó sus entrañas. Notó que los ojos se le empañaban y que le costaba respirar. Intentó coger aire, pero no pudo. Solamente era capaz de procesar el color pálido de la piel, las grietas del rostro y la mirada de Ramón, perdida en la nada. El gesto de su semblante expresaba espanto, terror, pánico. No pudo evitar preguntarse si, segundos antes de su muerte, había sido consciente de que estaba a punto de abandonar este mundo para siempre y de que ya no había marcha atrás posible para sus actos.

La silla a la que debió de subirse antes de atarse la soga en el cuello estaba en el suelo, tirada. Era lo único que perturbaba el orden de aquel lugar tan limpio y ordenado, así que no pudo evitar acercarse para recolocarla en su sitio, junto al escritorio. Después se enjugó el llanto y decidió que había llegado la hora de llamar a las autoridades y dar parte de aquella desgracia que se volvería el centro de los cuchicheos de Artziniega durante las próximas semanas.

Rebuscó en sus bolsillos hasta dar con el teléfono móvil y abrió la pantalla de marcación. 1, 1, 2. Pulsó las teclas con una lentitud anormal, como si sus dedos se hubieran quedado adormecidos y mover uno solo le supusiera un esfuerzo descomunal. Estaba a punto de pulsar la tecla verde de llamada pero se contuvo.

—Ainize... —murmuró en el último segundo, consciente de que había una persona que merecía conocer el suceso antes que nadie.

2

Ainize contempló el reflejo que le devolvía la ventana de su buhardilla parisina. Una lágrima se deslizaba por su rostro afilado casi al mismo son que una gota de lluvia recorría el cristal hasta perderse en el alféizar. Sus ojos marrones, pequeños y achinados, titilaban en el reflejo. Llevaba el cabello rubio oscuro, casi del color de la ceniza, atado en una cola de caballo que dejaba totalmente despejado su rostro, sus facciones doloridas. Siempre había tenido los pómulos marcados, pero en ese momento tenía la sensación de que se le acentuaban aún más. Incluso la cicatriz que atravesaba su ceja derecha parecía más marcada que de costumbre.

—¿Estás bien, *mon amour?* —preguntó Pierre con ese marcado acento francés que a ella tanto le gustaba.

—No lo sé... No sé si quiero volver a Artziniega —respondió titubeante, confusa, y se volvió para mirarlo.

Hacía solamente un día que había recibido la noticia de la muerte de su padre. Una noticia que, pese a todo el dolor que implicaba, a Ainize no la había pillado por sorpresa.

Era la maldición de Haize Hegoa, la de los Agirregoitia. La maldición que desde tiempos ancestrales se cernía sobre su casa. La odiaba con toda su alma y detestaba el mero hecho de tener que plantearse regresar a aquel lugar tan sombrío. Aunque, a pesar de ello y muy en el fondo, seguía considerándolo «su hogar».

Ainize había nacido en el dormitorio principal de la segunda planta de Haize Hegoa y se había criado correteando entre las viñas de *hondarribi zuri* que su padre cultivaba en los terrenos de la colina. Conocía cada rincón de Artziniega, pero sobre todo conocía muy bien cada hectárea de las tierras de su padre. Tierras que, tiempo atrás, habían pertenecido a su abuelo y, anteriormente, a su bisabuelo. Aquella colina había llevado el apellido de los Agirregoitia desde que su tatarabuelo había levantado la primera piedra de Haize Hegoa sobre aquel húmedo terreno.

Ella, al igual que su madre tiempo atrás, había conseguido escapar de aquel lugar.

—Tienes que volver a casa —señaló Pierre con su calma y lógica habituales—. Tienes que enterrar a tu padre.

Ainize respiró muy hondo y cerró los ojos en busca de paz. Era plenamente consciente de cómo sus pulmones se inflaban hasta alcanzar el límite máximo. Por un instante, fue capaz de vislumbrar en sus recuerdos el cementerio familiar, que se hallaba oculto entre los robles y las encinas de la zona, y pudo imaginar sin demasiado esfuerzo el sitio que ocuparía el féretro de su difunto padre.

En aquel cementerio había muchas tumbas, y resultaba escalofriante pensar que ninguno de los enterrados había logrado encontrar una muerte natural, sin extraños sucesos que rodeasen su despedida al mundo de los vivos.

Ainize se giró de nuevo hacia la ventana y contempló el exterior con una extraña sensación de añoranza, como si antes de partir ya hubiera comenzado a extrañar el octavo distrito de París.

—¿Te ayudo con la maleta, *mon chéri*?

Le lanzó una mirada fugaz, negando con la cabeza mientras se preguntaba cómo había podido tener tanta suerte al tropezar con Pierre en aquella cafetería del centro hacía años, muchos años ya. Se sintió afortunada por tenerle.

—No hace falta —aseguró en castellano con la mente aún en Artziniega y en sus bosques—, solo voy a llevarme unos vaqueros y un par de mudas.

No quería alargar su estancia en el País Vasco más de lo necesario. Esperaba poder solucionar todos los trámites a la mayor brevedad posible y regresar para la exposición del miércoles siguiente con tiempo de sobra para prepararse para el evento. Necesitaba que aquel día todo saliera a la perfección.

Pierre se levantó de la butaca en la que se encontraba y caminó con paso firme hasta su chica, que seguía sentada junto a la ventana con la mirada perdida fuera. La lluvia intensa que durante los últimos días se había instalado en París provocaba que la joven evocara su infancia, y que pasara más horas de las debidas metida en su cabeza. Él lo sabía y no le importaba, aunque no podía evitar no preguntarse en qué estaría pensando mientras se quedaba ensimismada con la vista perdida en la nada.

Le besó la frente y la atrajo hacia sí para obligarla a dejar atrás sus reflexiones y volver a la realidad. Ella lo abrazó con fuerza, levantando la mirada para perderse en la inmensidad de sus ojos castaños. Lo que iba a ser un beso fugaz antes de retomar las tareas que tenía entre manos se convirtió en una caricia a fuego lento que despertó en ella el deseo de más. De sentirle, de tenerle, de tocarle. Recorrió su torso, controlando cada uno de sus movimientos para que siguieran siendo lentos y no delataran su repentina ansiedad.

Ainize se separó unos centímetros para quitarse la camiseta. Le dedicó la más sensual de sus sonrisas mientras terminaba de desnudarse, prenda a prenda. Pierre hizo lo mismo, aunque su autocontrol no fue tan medido como el de la chica. La besó con ansia mientras sus manos descendían por su cuerpo intentando memorizar las curvas de su figura. Apretó sus nalgas y la aupó mientras regresaba de espaldas a la butaca. Se dejó caer. Ella seguía sobre él, a horcajadas, meciéndose sobre su sexo. Pierre deslizó el dedo índice por su rostro dibujando una línea que lo dividía de forma simétrica hasta acabar en sus labios. Se hundió en ella y se permitió cerrar los ojos y disfrutar de aquella forma tan sensual que Ainize tenía de mover las caderas. Era capaz de volverle loco en unos segundos, y tanto ella como él lo sabían muy bien. El frío desapareció de aquella diáfana buhardilla parisina mientras ambos disfrutaban de sus cuerpos una última vez antes de que la joven vasca cerrara la maleta.

3

El taxista la abandonó a los pies de la colina, negándose rotundamente a meter su coche por la pendiente mal asfaltada que el temporal había cubierto de barro y derrubios. A Ainize no le quedó más remedio que resignarse antes de comenzar a ascender atravesando la espesa niebla que se cernía sobre el valle en aquella fría mañana de noviembre que había amanecido tras un manto de llovizna. Desde allí abajo podía distinguir el tejado de Haize Hegoa y las cabezas de sus dos chimeneas, que se mantenían apagadas y sin rastro de vida. Se preguntó si Gorka también regresaría a casa y se sintió culpable por no haberle devuelto ninguna de las llamadas que le había hecho en los últimos años.

Intentó concentrarse en el traqueteo de las ruedas de la maleta para despejar su cabeza de pensamientos negativos, pero no tuvo demasiado éxito. Tenía que llamar a Gorka porque, le gustase o no, debían reunirse para poder cerrar todos los asuntos que concernían a la herencia familiar.

Se sorprendió ante el descuidado estado del viñedo familiar y no pudo evitar entristecerse al pensar que la producción de su padre había quedado de forma irremediable en el olvido. Acarició el mejor racimo que encontró entre las vides que quedaban vivas y arrancó una de las uvas para llevársela a boca. La explotó contra su paladar y permitió que el ácido sabor inundase sus papilas gustativas mientras rememoraba el olor a chacolí que siempre impregnaba la cocina de su antiguo hogar. Ese hogar al que, en unos minutos, regresaría.

Ainize no sabía muy bien qué esperaba encontrar entre las paredes del caserón y estaba nerviosa mientras la cerradura cedía a la orden de la llave. Cruzó el umbral principal con un desasosiego que no conseguía mantener a raya y aspiró intentando que los olores presentes la ayudaran a evocar los recuerdos de su pasado. Pero nada. Su mente se mantuvo en blanco unos segundos hasta que la voz dulce y familiar de Elsa inundó la estancia.

—¿Ainize? ¿Ya estás en casa?

La vio aparecer detrás de la escalera y no pudo evitar que una sonrisa inmensa se abriera en su rostro. Dejó caer la maleta y acudió al reencuentro, emocionada.

—¡Pero si estás igual que siempre, *maitia!* —exclamó la mujer con esa risa tan hogareña y tan suya, tan característica.

Hacía más de doce años que no se veían, pero cuando Ainize sintió la calidez de su abrazo tuvo la sensación de que el tiempo no había transcurrido, que tan solo habían pasado unas pocas horas desde aquella tarde en la que se escabulló a hurtadillas de Haize Hegoa evitando las despedidas. Evitando siquiera mirar atrás.

—¿Qué tal el viaje? ¿Cómo va todo? ¿Has venido con Pierre? —la bombardeó la mujer mientras se separaba de Ainize unos centímetros para poder mirarla con detenimiento.

—No, se ha quedado en París —explicó de forma escueta—. Tenía que ocuparse de la galería.

Era una burda mentira.

Sabía que, en caso de habérselo pedido, Pierre no hubiera titubeado en hacer la maleta y acompañarla al País Vasco. Pero lo último que quería era que él descubriera el lugar tan extraño y lúgubre del que provenía, ese lugar del que llevaba más de una década intentando escapar.

—¿Y cómo va tu colección? ¿La has terminado?

Ainize sonrió y asintió con orgullo.

—La exponemos la semana que viene.

Mientras pronunciaba esas palabras, se dio cuenta de que en el vestíbulo de Haize Hegoa seguía colgado el lienzo de uno de los primeros cuadros que garabateó antes de su partida. Se acercó y deslizó el dedo índice por los trazos de acuarela azulada. Lo había pintado en colores fríos, con un estilo impresionista que intentaba plasmar la calma con la que el riachuelo de Artziniega cruzaba los viñedos de la colina. El resultado no era el que en su momento previó, pero se sentía orgullosa de cada trabajo terminado y del esfuerzo que les dedicaba.

Echó un vistazo rápido alrededor y comprobó que, en aquel lugar, todo seguía exactamente igual. Los mismos muebles, la misma luz escasa que el cielo encapotado de Artziniega permitía que se filtrara por la ventana y... la misma soledad latente en cada rincón.

—¿Alguien ha avisado a Gorka?

Elsa comprobó el reloj de su teléfono móvil.

—Debería estar a punto de llegar —aseguró, intentando sonreír como si todo fuera bien—. ¿Por qué no nos tomamos un café mientras le esperamos? —propuso.

Ainize asintió.

Aquel reencuentro le resultaba extraño. Le costaba no olvidar que estaba allí porque su padre se había ahorcado en el altillo.

Elsa no tardó en regresar con ambas tazas de café humeante en las manos. Se sentaron juntas, en silencio, sin decir nada. Ainize sonrió para sus adentros al recordar los buenos ratos que había compartido con ella y lo mucho que había extrañado aquellos cómodos silencios durante esos años en París. Elsa era lo más parecido a una madre que había tenido.

—Cuéntame, ¿cómo es él?

—¿Él? —repitió la joven mientras rememoraba en silencio aquellas largas tardes de verano que pasaba en las campas con ella, jugando a princesas o trenzándose las melenas.

—Pierre. ¿Cómo es?

Ainize suspiró.

—Es genial —aseguró con una sonrisa sincera—. La persona más positiva, entusiasta y alegre que conozco.

Por esa misma razón se negaba a que fuera a Artziniega. Aquel valle y aquellas colinas conseguían aplastar el ánimo de cualquiera. Ainize no entendió nunca a qué se debía. Su mente analítica y razonable se negaba a creer en las leyendas y maldiciones que se cernían sobre los Agirregoitia, así que su lado más lógico le decía que todo se reducía a la soledad, al clima, a la lluvia, a la humedad y el frío. Se había criado corriendo por aquellas campas, peleándose con Gorka o jugando con sus amigos imaginarios.

—Tengo ganas de conocerle —aseguró Elsa.

—Te encantará.

En el fondo sabía muy bien que jamás se conocerían.

La mujer se levantó para llevar las tazas de vuelta a la cocina y Ainize aprovechó para mirarla. Vestía un jersey de lana largo, unos vaqueros anchos y unas botas de agua que le llegaban a los tobillos. Llevaba su melena larga trenzada en la espalda y lo único que había cambiado era su color, más grisáceo. Y esas nuevas arrugas que

enmarcaban su mirada.

Ella también se levantó y subió escaleras arriba para echar un vistazo al segundo piso, donde se encontraban las habitaciones. La de su padre, la que había sido suya y la que perteneció a su hermano Gorka. Todo seguía igual, exactamente igual, y Ainize no pudo evitar rememorar ese extraño sentimiento de soledad y angustia, de prisión, que la obligó a empaquetar gran parte de sus pertenencias y a salir corriendo de allí. Alzó la mirada hacia el último tramo de escaleras, que culminaba en la antigua biblioteca de su madre. Pensó en ella por minutos, pero no tardó en desechar esos pensamientos. Después pensó en él. En su padre. Se sintió apenada al comprender que jamás volvería a verle y que, a fin de cuentas, había llegado al final de su vida sin conseguir ninguna de las metas que se propuso. Había dedicado sus años, su mente y su cuerpo a mantener aquella casa encantada y a intentar que su chacolí y su viñedo resistieran el paso de los años, pero al final se había muerto en una antigua casa que olía a madera vieja y desgastada rodeada de vides sin vida, solo. Muy solo. Sin su mujer, que tiempo atrás lo había sido todo para él. Y sin ellos, sin sus hijos.

Ramón siempre fue un hombre solitario y un tanto huraño, con unas manías capaces de desquiciar a cualquiera. Aun así, Ainize sabía que en el fondo era —o, mejor dicho, había sido— un buen hombre, con un corazón testarudo, pero que no le cabía en el pecho.

Ella, que había pasado tantos años preguntándose cómo su padre podía vivir de aquella forma tan ermitaña, había llegado a la conclusión de que no aceptaba el mundo que lo rodeaba.

El olor a libros viejos y empolvados alcanzó sus fosas nasales, aunque también fue capaz de percibir otro tipo de olores. A limpio, a lejía y a limón. Se imaginó que Elsa se había esmerado en limpiar cada rincón de la habitación a conciencia.

Caminó por la estancia deslizando sus dedos por el lomo de los libros, hasta alcanzar la ventana. Pegó la frente al cristal y dejó que su mirada se perdiera en el horizonte. Dos segundos después vio que un todoterreno blanco emergía entre la niebla, abriéndose paso entre los viñedos.

Gorka por fin regresaba a casa.

4

Ainize era de lágrima fácil. Siempre lo había sido y siempre lo sería, aunque se obligara a sí misma a ser fuerte y a fingir que sentía por el mundo una indiferencia general.

Era uno de esos rasgos que la caracterizaban y que la convertían, a su vez, en una persona extremadamente empática. Intentó contener el llanto y que la presencia de su hermano no desestabilizase su paz interna, pero sabía que no lo conseguiría.

Había regresado a Haize Hegoa y en pocas horas se despediría para siempre del cuerpo semidescompuesto de su padre, que era todo lo que en esos instantes le quedaba de él, aparte de las moribundas viñas que rodeaban el caserón. Sentía los nervios a flor de piel y le costaba encontrar la forma de enfrentarse a Gorka sin venirse abajo.

Descendió a la planta baja con rapidez y salió al porche con intención de recibirle. Para entonces Gorka ya había aparcado el todoterreno y descendía del vehículo con gesto serio y reprimido.

Ainize bajó los escalones y hundió sus botas en el terreno fangoso causado por las intensas lluvias. Se quedó mirándole sin saber qué decir o cómo actuar, esperando a que él tomara la iniciativa. Imaginó que seguiría enfadado con ella, pero...

—Hermana... —murmuró con voz afligida Gorka, antes de abalanzarse a los brazos de su melliza.

Ambos se parecían mucho. Al menos físicamente. Gorka era más grande que ella, más fuerte. Y quizás un poco más moreno de piel y de cabello. Pero los dos compartían esos rasgos afilados, esos pómulos marcados, esa delgadez. Eran finos, altos, con la mirada profunda. Tenían la misma nariz, pequeña y puntiaguda, y la misma forma en uve marcada en los labios. Aunque los mellizos no tenían por qué parecerse en nada, ellos eran casi dos gotas de agua. El uno era el claro reflejo del otro, y quizás por esa razón siempre habían chocado tanto.

Solamente tres minutos separaban sus nacimientos. Habían

compartido el vientre materno durante nueve meses y sus vidas durante dieciocho años, y eso hacía que la conexión que sentían resultara irrompible a pesar de los kilómetros. Ainize podía escuchar crujir sus huesos, que protestaban por la fuerza del abrazo, pero no le importó. Necesitaba exactamente eso. Intensidad. Algo que le recordase que no estaba en ese lugar sola y que, si se venía abajo, él seguiría sosteniéndola como había hecho desde que eran niños. Sin guardarle rencor por su partida ni por haberse comportado de la misma forma que, en su niñez, lo había hecho aquella mujer a la que llamaban madre.

—¿Está Elsa en casa? —preguntó Gorka al separarse de ella—. ¿Ya tenemos todo organizado para el funeral?

En ese momento, la joven volvió a ser consciente de la razón que la había llevado hasta ese lugar: el funeral de su padre. No había preguntado al respecto desde su llegada a Haize Hegoa, ni siquiera se había interesado por cómo se había gestionado. Suficiente tenía con asimilar aquel golpe de realidad y procesarlo. En el fondo, el simple hecho de tener que regresar a casa ya le suponía un verdadero trastorno.

Entraron en el caserón y se sentaron en el salón. Cada uno ocupó su antiguo sitio, como si de forma tácita todas las piezas del tablero ya tuvieran una casilla asignada e inamovible, como si el tiempo no hubiera hecho mella en ninguno de los presentes.

Gorka descorchó una botella de chacolí y sacó tres copas del mueble bufé que había junto al ventanal. Durante los últimos años de su vida, Ainize le había cogido el gusto a reformar antigüedades y no pudo evitar imaginar lo bonito que podría dejar aquel viejo trasto con unas capas de barniz y un poco de paciencia.

—Tenemos que llamar a Alberto —recordó en voz alta Gorka.

Elsa, que ya había abrazado hasta la saciedad a ambos y había derramado un par de dramáticas lagrimitas, se mantenía en silencio en un rincón. La mujer rechazó la copa de vino con un gesto y se limitó a disfrutar del encuentro. Lamentaba profundamente la muerte de don Ramón, pero en el fondo se alegraba de tener a sus dos «niños» de vuelta en casa. Elsa los había criado como hijos propios y, de forma ineludible, sentía hacia ambos ese instinto maternal inexplicable.

—Sí, lo sé —respondió Ainize.

Alberto fue durante años el socio de su padre. Llevaba su propia

producción de chacolí, pero Ramón solía venderle parte de su cosecha de uvas zuri. Ambos hermanos desconocían la situación actual de esa relación laboral y no sabían si Alberto ya se habría enterado de la muerte de su socio agricultor.

Elsa se levantó del sillón y mostró su cansancio con un bostezo.

—Creo que debería irme a casa —dijo con un tono afligido—. Está empezando a oscurecer e imagino que vosotros dos tenéis muchas cosas de que hablar.

—Nada que tú no vayas a poder escuchar, Nani —señaló Gorka.

Él siempre se había dirigido a ella de esa forma. Llevaba tantos años llamándola así que Ainize no recordaba el momento en el que empezó a hacerlo. De lo que sí era consciente la joven era de lo mucho que Gorka había añorado una madre y de lo que significaba Elsa para él. Mucho más de lo que la mayoría de las personas podrían llegar ni siquiera a imaginar.

La mujer se levantó igualmente y, tras besar a cada uno en la frente, abandonó el caserón. Al día siguiente a las once de la mañana tendría lugar el funeral de Ramón y los tres eran conscientes de que se les venía encima un día triste y largo.

Ainize le dio un largo sorbo al chacolí. Estaba amargo y no le resultaba del todo agradable, pero anhelaba sentir esa conocida sensación de embriaguez que tanto aletargaba sus sentidos y su mente.

Cogió aire profundamente, armándose de valor para sacar el tema de conversación que hasta entonces ambos habían evitado.

—¿Qué va a pasar con la herencia?

—¿Qué quieres decir con «qué va a pasar»? —replicó Gorka.

En el exterior la tormenta había empeorado y las fuertes ráfagas de viento hacían retumbar los cristales del salón.

—Pues que tendremos que pensar qué hacer al respecto... —murmuró Ainize en voz baja.

No quería discutir con su hermano, pero intuía que no llegarían fácilmente a un acuerdo.

—No pienso vender lo único que nos queda de los Agirregoitia —replicó Gorka—. Esta casa y estas tierras son todo lo que tenemos de nuestras raíces.

El tono defensivo que utilizaba delataba que se había preparado la respuesta con antelación.

—Pues no sé tú —respondió Ainize, también a la defensiva—,

pero yo no puedo permitirme mantener todo esto. Ni siquiera el *aita* podía permitírselo.

La galería de Pierre estaba comenzando a salir a flote y su nueva exposición solamente era un proyecto que no había terminado de hacer realidad. Vivían con lo justo, llegaban a fin de mes a duras penas, mientras hacían malabares para pagar sin contratiempos el recibo del alquiler.

—¿Y qué quieres hacer, Ainize? —preguntó él de mala gana, antes de beberse el contenido de la copa de un solo trago.

—Vender. Si no podemos mantener...

—No pienso vender mi parte —la cortó Gorka con rapidez—. Y tampoco tengo dinero para comprarte la tuya. Si quieres vender lo que te corresponde en proporción, hazlo.

Ainize suspiró.

Evidentemente, nadie iba a comprarle la mitad de un antiguo caserón que se caía a pedazos y unas cuantas hectáreas de viñedo podrido que no parecía dar demasiados frutos.

—¿Y qué propones tú? —inquirió con condescendencia.

Llevaba años sin ver a su hermano y lo último que pretendía era que aquel primer encuentro culminara en una discusión sin salida, así que decidió resignarse por el bien de ambos.

—Que saquemos adelante el viñedo, por ejemplo. Podemos encargarnos de mantener la producción por temporadas.

—Vivo en París, Gorka —le recordó—. No puedo encargarme de producir chacolí desde allí... No es factible.

—Te dedicas a hacer dibujitos —contestó su hermano con una sonrisa socarrona, consciente de las palabras que debía utilizar para hacerle daño—. Estoy seguro de que un par de meses al año podrás pintarrajear tus obras aquí.

Ainize se levantó, rellenó hasta el tope su copa vacía y se encaminó hacia las escaleras mientras notaba la mirada de su hermano clavada en la espalda.

—¿No vas a contestar? —inquirió él de malas formas.

—No tengo nada que decir al respecto —sentenció ella—. Mañana lo hablamos con más tranquilidad...

Aunque sabía perfectamente que no había mucho que hablar al respecto. Gorka y ella, en el fondo, siempre habían sido como el agua y el aceite. Y la joven no necesitaba una bola de cristal para saber de

antemano que nunca conseguirían alcanzar un acuerdo.

5

Llovía tanto que no conseguía desprenderse de la idea de que el río terminaría desbordándose. Ya había sucedido en un sinfín de ocasiones y, en cada una de ellas, los viñedos se habían visto afectados.

Sabía que ese ya no era su problema y que tampoco podía hacer nada para prever algo que escapaba totalmente a su control, así que se limitó a contemplar cómo la lluvia caía mientras se concienciaba de que en pocos minutos tendría que abandonar el caserón para dirigirse a la capilla de Artziniega.

Su padre y ella nunca se habían llevado especialmente bien. Cuando pensaba en él, lo hacía como «Ramón». La relación entre ambos siempre había sido demasiado distante, demasiado lejana. Pero decirle adiós era algo que le dolía. Ainize intentaba colocarse siempre una coraza para que lo que sucedía en su entorno le afectase lo menos posible, pero en ocasiones no podía evitar manifestar sus sentimientos. Notó cómo una lágrima se deslizaba por su mejilla y se preguntó cuál era la razón principal de aquel intenso malestar que la carcomía por dentro. ¿Era por haber dejado París? ¿Porque extrañaba a Pierre? ¿Porque su padre había muerto? ¿Porque la maldición de Haize Hegoa seguía presente en los Agirregoitia? Odiaba con toda su alma aquel lugar sombrío. Por alguna razón extraordinaria, Ainize siempre había sido capaz de percibir las energías de su entorno y desde niña había sido muy consciente de que en Artziniega —y más concretamente en aquella colina y en aquella casa— no había nada bueno.

Su madre se había marchado sin dejar rastro, su abuelo había aparecido ahogado en el río, su bisabuela se había lanzado por el barranco de la colina sin pensar en los tres hijos que dejaba atrás. Se decía que era un gen hereditario que había pasado de generación en generación, pero Ainize sabía que no. La soledad de aquella vida, la tristeza de aquel clima y la rudeza de aquellas tierras eran lo que, con el paso de los años, mermaba el buen humor y las energías de

cualquiera. Artziniega de por sí ya era un lugar solitario, pero en aquella colina la soledad se acentuaba con fuerza e intensidad.

Se vistió unos vaqueros y una camisa negra sin pensarlo. Ainize no era de esa clase de personas que cumplía los protocolos establecidos, pero le salió de aquel modo. Cuando descendió las escaleras, se sorprendió al encontrarse a Gorka esperándola en el rellano. Ambos se lanzaron una mirada fugaz a modo de disculpa, entornando los ojos.

—Solucionaremos lo de la herencia de alguna forma con la que todos nos sintamos cómodos —anunció a modo de saludo Gorka, sacando la pipa de la paz con aquel gesto.

—Me parece bien.

Se abrazaron en silencio durante unos instantes. Ambos necesitaban sentir ese calor corporal, esa complicidad, aunque ninguno de los dos lo fuera a admitir en voz alta.

Diez minutos después, se reunieron con Elsa a la entrada de la capilla. La mujer se había preocupado por organizar y cerrar con el seguro de vida de Ramón cada detalle de su despedida, liberando así de cargas a los herederos del difunto con aquel gesto tan altruista. La despedida fue corta y muy poco personal. A pesar de que Ramón nunca había abandonado la protección de los muros de Artziniega, pocos fueron los habitantes que acudieron a decirle adiós. La colina le había aislado de tal forma que su relación con el resto de los habitantes del pueblo había sido escasa, o más bien nula. Ainize echó un vistazo a los presentes y se sorprendió al comprobar que no conocía a ninguno, ni siquiera le sonaban de vista. Llevaba tanto tiempo fuera de Artziniega que se había desentendido y olvidado por completo de sus calles, de su gente, de su clima. Lo único que era capaz de recordar y que nunca jamás olvidaba era esa sensación extraña de malestar que siempre había padecido hasta que consiguió escapar del lugar.

Estaba deseando zanjar todos los asuntos que le concernían y ataban a aquel pueblo para poder regresar a París. Gorka deslizó su mano hasta rozar la de su hermana. Entrelazó sus dedos con los de ella, recordándole a la joven esa unión que siempre los había caracterizado y que, desde hacía años, ninguno de los dos se había molestado en cultivar.

Ninguno de los presentes derramó una sola lágrima mientras el

cura leía en voz alta un par de pasajes de la Biblia que el atril sujetaba delante de él. Fue una despedida corta, muy corta. Unas horas más tarde, un par de enterradores se encargarían de que el féretro ocupase el lugar que a Ramón le correspondía en el cementerio de la familia, alejado del resto de los difuntos a los que Artziniega daba cobijo entre las piedras de su cementerio municipal.

Ainize no pronunció una sola palabra durante casi una hora. Dedicó ese tiempo a revivir los recuerdos más bonitos que su memoria albergaba de Ramón. Su padre no había estado muy presente a lo largo de su infancia, pero recordaba con cariño aquel día en el que volaron una cometa entre las viñas familiares. Gorka y ella se pasaron la tarde disfrutando del sol que calentaba los tejados de Artziniega aquel soleado día de verano, sin preocupaciones, sin prisas. Que su padre dedicase tantas horas a jugar con ellos era algo que no solía suceder, así que la joven había atesorado en su memoria cada ocasión especial. Esa era la más bonita de todas, sin duda, la más especial.

—¿Damos un paseo? —propuso Gorka, lanzando una mirada fugaz en dirección a los grisáceos nubarrones que acechaban sus cabezas.

—Tiene pinta de que en cualquier momento comenzará a llover —respondió Elsa, aferrando con fuerza la taza humeante de café que sostenía entre sus manos—. Mejor si dejamos el paseo para un día soleado.

Los tres estaban especialmente callados y pensativos. Se habían quedado en una taberna cercana a la iglesia mientras retrasaban el instante de regresar a Haize Hegoa. Aunque, en realidad, la única que retrasaba ese instante era Ainize. Gorka, que vivía a menos de una hora de Artziniega, tenía pensado regresar a su casa, y Elsa tampoco pretendía ascender la colina para después tener que descenderla.

—Quería contaros algo... pero no me parecía que las circunstancias acompañasen la noticia —suspiró él en voz alta.

Ambas mujeres levantaron la mirada hacia Gorka con curiosidad. Ainize lo escrutó con detenimiento, procurando adivinar la nueva antes de que fuera pronunciada en voz alta.

—¿Qué sucede? —inquirió Elsa con curiosidad y cierta preocupación.

Llevaba unos días bastante intensos y no se encontraba con fuerzas para recibir más noticias negativas. Necesitaba que el mundo volviera a ponerse en marcha y dejar atrás esa corriente de desgracias que parecía arrastrarla sin rumbo alguno.

—Voy a ser padre.

Lo soltó sin titubear, sin andarse con rodeos y sin esperar grandes reacciones de sus interlocutoras. Elsa soltó un grito de alegría que se mezclaba, sin duda, con la mayor de las sorpresas. Los ojos se le empañaron de inmediato mientras se lanzaba a los brazos de Gorka para felicitarle, comiéndole el cuello a besos —la mujer intentaba llegar a sus mejillas, pero su metro cincuenta y tres de altura se lo ponía difícil—. Ainize tardó un par de minutos de más en procesar lo que aquello significa. ¿Gorka iba a ser padre? Ella... ¿iba a ser tía?

—¿Cuándo? —preguntó con tono serio.

¡Iba a ser tía!

Y eso, por supuesto, conllevaba un buen interrogatorio.

—Solamente está de trece semanas. Acabamos de entrar en el segundo trimestre y ya nos han dado el visto bueno para contarlo a nuestro entorno.

Ainize intentaba comprenderlo todo, pero la terminología de los embarazos estaba lejos de su alcance y eso de las «trece semanas» y del «segundo trimestre» era un jeroglífico.

—¿Y qué significa? ¿Cuándo nace? ¿Es una niña o un niño? —escupió de golpe, con carrerilla—. ¿Tiene nombre?

Tanto Elsa como Gorka se quedaron mirando a la joven muy fijamente, abrumados por la intensidad que desbordaba. Gorka abrió la boca, dispuesto a contestar, pero en lugar de dar una respuesta rompió a reír.

—Si te parece bien, te respondo por partes, hermanita...

Ainize también sonrió, aunque en su fuero interno todavía no conseguía interiorizar la noticia.

Acaba de perder a su padre, iba a ser tía y, al menos en aquellos instantes, era propietaria de un montón de viñas moribundas y un caserón del siglo XVII. La sensación de que su vida descarrilaba iba en aumento, y deseaba con todas sus fuerzas regresar a esa burbuja de seguridad que Pierre y su buhardilla parisina le proporcionaban.

El problema era que los cabos sueltos no hacían otra cosa más que aumentar y no podía abandonar esas tierras vascas sin antes

dejarlo todo atado.

—No sabemos si es una niña o un niño y nacerá en mayo.

—Me parece una buena época —respondió Elsa, apresurándose a sujetar al chico por la muñeca.

Gorka no creía en aquellas chaladuras, pero, aun así, giro la mano para que la mujer pudiera estudiarle la palma.

—Será una niña, la primera de dos —respondió con seguridad y sin titubear—. Vendrá sana y serás muy feliz con ella. Ella, la mujer morena de ojos oscuros, será la que se encargue de que tu casa sea un hogar. Te traerá paz.

—Gracias, Nani —respondió él antes de besarla en la mejilla—. Ojalá tengas razón.

—¿Me dejarás echarte las cartas? —quiso saber mientras bebía a sorbos su humeante café.

Gorka volvió a reír.

—No, por favor —respondió, medio en broma medio en serio—. Eso lo dejamos para Ainize y, si es posible, para otra ocasión.

La joven levantó los brazos en señal de rendición, intentando integrarse sin demasiado éxito en la conversación. Tenía tantas cosas burbujeando en su cabeza que sentía que en cualquier instante le iba a explotar. Un rayo relampagueó en el cielo y captó la atención de todos los presentes. Segundos más tarde, el trueno rugió con tanta fuerza que Ainize no pudo evitar dar un pequeño respingo.

Tormenta y lluvias.

Eso era todo lo que Artziniega tenía para dar.

6

—No entiendo qué quieres decir con cumplir con los plazos, Alberto —respondió Ainize, sin ocultar en su tono de voz el malhumor que le causaba aquella conversación—. Nunca he estado al corriente de los acuerdos a los que mi padre y tú llegasteis.

Deslizó la mano por el baúl, retirando de ese modo una gruesa capa de polvo. Hacía años que nadie abría aquel pequeño cofre de los tesoros, que albergaba la mayor parte de los objetos que habían marcado su infancia y su adolescencia.

—Esto es muy sencillo, Ainize —respondió Alberto con un tono de voz serio y cortante—. Ahora sois vosotros los que estáis a cargo del viñedo Agirregoitia y sois, a fin de cuentas, los responsables de que los plazos de entrega se cumplan. Si no recibo la mercancía cómo y cuándo corresponde, tendré que demandaros.

—No creo que sea posible...

—Eso o, tal y como se dictamina en el contrato, tendréis que haceros cargo de forma íntegra de las pérdidas que vuestra falta de profesionalidad acarree.

Ainize suspiró hondo, armándose de paciencia para no perder los nervios ni los modales. El socio de su padre —al que había visto en un sinfín de ocasiones y al que hasta hacía poco había considerado un amigo de la familia— había hecho menguar su paciencia lo inimaginable.

—¿No podemos comportarnos como seres civilizados, Alberto? Mi padre acaba de...

Pero no tuvo tiempo de pronunciar una sola palabra más.

Antes de que quisiera darse cuenta, Alberto ya había cortado la llamada. Ainize, exasperada, suspiró mientras procuraba poner en marcha los engranajes de su cabeza y pensar en una solución práctica para aquel embrollo en el que su padre les había metido. Sopesó la situación y decidió que lo mejor que podían hacer para solucionarlo era vender la propiedad lo antes posible y liquidar las deudas

pendientes que su padre había ido adquiriendo con el dinero que obtuvieran de la venta. No contaba con ganar mucho, pero sí lo suficiente como para poder vivir tranquila una temporada. Pero antes de empezar a echar cuentas, tenía que sentarse a hablar seriamente con su hermano y con el gestor de su padre.

Su teléfono móvil volvió a sonar. Antes de desviar la mirada hacia la pantalla, ya había descartado la posibilidad de que se tratase de Alberto. Si algo sabía Ainize del socio de su padre era lo testarudo que siempre había sido, y dudaba mucho de que, al tener las ideas tan claras, hubiera cambiado en tan poco tiempo de parecer. No, por supuesto que no era Alberto. Era Pierre.

Desde su regreso a Artziniega, no había sabido nada de él. Aunque le había tenido muy presente, había evitado llamarle con la intención de no causarle desasosiego.

—Pierre... —murmuró al descolgar.

—*Mon amour, ça va?* —inquirió sin ocultar cierto tono de preocupación—. ¿Estás bien?

—Todo bien —aseguró ella mientras desenterraba entre todos aquellos trastos su antiguo tablero de ajedrez—. Volver a casa está siendo un poco más difícil de lo que había imaginado, pero todo va bien. Espero solucionar lo de la herencia antes de que termine esta semana y podré regresar a París la próxima.

—¿Qué va a pasar con la herencia? ¿Ya habéis decidido algo?

Aunque él no podía verla, negó con la cabeza mientras bajaba las escaleras al salón.

—No. Gorka, como siempre, no se pone de acuerdo conmigo. No quiere vender las propiedades y no es consciente de que no tenemos muchas más opciones. El socio de mi padre nos pide que mantengamos la producción y cumplamos con los plazos, pero... no se puede sacar demasiado de estas viñas —añadió Ainize, colocando el tablero en la mesa auxiliar del salón—. No tienen nada, están muertas.

—¿Tu padre no estaba generando producción?

Ainize comenzó a colocar las piezas, una a una, en el tablero. Empezó por las negras: torre, caballo, alfil...

—Pues parece ser que no... El viñedo está descuidado —sentenció —. Hay poco que sacar de todo esto.

Terminó con los peones de las fichas negras y repitió el proceso con las blancas. Llevaba tantos años sin practicar que la gran mayoría

de las jugadas se le habían olvidado por completo. Lo echaba de menos, pero a Pierre no le gustaban los juegos de estrategia y en París no tenía a nadie con quien jugar.

—¿Y si hacéis una última producción de chacolí para cubrir gastos antes de vender? ¿No podría ser una solución?

«Una solución absurda y descabellada», pensó Ainize, justo en el instante en el que alguien golpeaba la puerta principal con la garra de águila. Avanzó el peón de la dama blanca dos casillas y se levantó del sofá.

—Llaman a la puerta —anunció—, tengo que colgar. ¿Hablamos luego?

—*Je t'aime* —respondió Pierre antes de cortar la comunicación.

No esperaba ninguna visita aquella lluviosa mañana, así que abrió la puerta sin ninguna expectativa. Podía tratarse de Elsa, pero intuía que después del día del entierro, la mujer necesitaría un poco de margen para desconectar. Y, en efecto, no era Elsa.

—¿Qué haces tú... aquí? —titubeó Ainize mientras observaba al chico fijamente, repasándolo con descaro de arriba abajo.

Él se revolvió el cabello castaño mientras la confusión sacudía la expresión de su rostro. Estaba claro que se sentía tan turbado como ella. A simple vista, Ainize percibió varios cambios en él. La última vez que le vio llevaba la cara despejada, y ahora, en cambio, se había dejado una barba de varios días que sin duda cuidaba para que no creciera de más. También era castaña, aunque Ainize consiguió atisbar algunas canas. Sus ojos almendrados se habían rodeado de pequeñas arruguitas, de esas que salen en la comisura después de sonreír. Le dolía admitir que seguía siendo tan guapo y atractivo como siempre, tan varonil y rudo, y que aquella mirada verde aún reflejaba la intensidad que llevaba dentro.

Notó que un sinfín de sentimientos y emociones estallaban en su interior. Como si dentro de su pecho hubiera albergado una granada adormecida que acababa de saltar por los aires, aplastándole los pulmones y dejándola sin respiración. Se apoyó en el marco de la puerta mientras intentaba mantener la compostura y que esa coraza que con tanto esmero se ponía cada día al vestirse no flaqueara.

—No esperaba... Creí que...

Él también parecía confuso. Muy confuso.

Sus ojos del color del bosque en primavera centellearon. Ainize

sintió cómo esa opresión en su pecho iba a más y tuvo la necesidad de salir para sentir el aire fresco y frío golpeándole la piel y obligándola a regresar a la realidad.

—¿Haritz? ¿Qué haces aquí? —Se fijó en que llevaba una carpeta bajo el brazo derecho.

Por alguna razón incomprensible, Ainize ni siquiera había sopesado la opción de volver a verle, de que pudieran volver a reencontrarse. De alguna forma, su cabeza se había esmerado por eliminarlo por completo de sus pensamientos y por borrar todos los sentimientos que en un pasado no tan lejano había albergado hacia él. Haritz había sido su perdición, su maldición. Si algo la había mantenido en Artziniega hasta los dieciocho años era él. Aquel niño de ojos verdes con nombre de árbol le había robado la razón cuando, a los poco más de seis años, le había abierto la cabeza con una piedra cerca del río. Ainize levantó el brazo y llevó un dedo hasta aquella marcada cicatriz que cruzaba su ceja derecha. Recorrió el trazo mientras su mente regresaba al instante en el que sucedió. El instante en el que Haritz y ella se vieron por primera vez hacía más de veinte años.

—¡Has intentado matarme! —exclamaba ella fuera de control mientras se esforzaba por no llorar—. ¡Estoy sangrando!

Los ojos del chiquillo delataban un pánico atroz.

—Yo... no quería... no quería darte —tartamudeó con un hilillo de voz casi inaudible.

La sangre no dejaba de borbotear de su frente y la niña cada vez estaba más nerviosa.

—¿Y qué pretendías? —respondió con rabia, dolorida.

Sintió cómo las lágrimas se deslizaban por su rostro y eso la enrabietó aún más. Ainize odiaba llorar delante de los demás.

—¡Niña, niña! —La voz histérica y cargada de preocupación de Elsa llegó a sus oídos—. ¿Qué diablos ha pasado? ¿Cómo te has hecho eso?

La mujer se apresuró a quitarse el pañuelo rosado que llevaba al cuello para taponar la herida y evitar que la sangre continuara brotando sin control.

—Tenemos que bajar a Artziniega, tiene que verte el médico —

sentenció de un simple vistazo—. Van a tener que coser esa herida.

Ainize notó que le temblaban las piernas. Nunca le habían cosido una herida y no pudo evitar que el miedo se adueñase de ella.

—¿Has sido tú? ¿Le has hecho esto tú? —añadió Elsa, sujetando al chiquillo por la oreja y tirando de él con rabia—. Ahora mismo voy a hablar con tus padres y te vas a enterar, niño del demonio —gruñó —. ¿Quién te ha dado permiso para andar por esta propiedad? ¡Esto es terreno privado!

—Es mi amigo —balbuceó Ainize, dolorida—. Y me he caído yo sola, Elsa... He tropezado —mintió.

Por alguna razón incomprensible, Ainize tuvo el instinto irracional de proteger a aquel chiquillo que nunca antes había visto. Tiempo después se preguntó por qué lo había hecho y llegó a la conclusión de que en la colina se sentía tan sola y aburrida que esperaba que aquel muchacho regresara. Esperaba que aquella repentina complicidad que generaba el hecho de tener un secreto en común los uniera. Y aunque en aquel instante ella no lo sabía, así sucedería.

—No esperaba... Yo... —murmuró Haritz confuso—, esperaba encontrarme con Gorka. No creía que fueras a regresar después de...

—Pues aquí estoy —contestó ella, procurando que él no pudiera percibir su agitación—. También era mi padre.

—Lo sé, pero...

—No hay pero —respondió, cortante—. ¿Qué quieres, Haritz? ¿Para qué has venido? ¿Qué estás haciendo en mi propiedad?

Él, titubeante, escrutó a la chica de arriba abajo. Aún estaba asimilando su presencia y eso hacía que su mente funcionase con mayor lentitud de lo habitual.

—¿Puedo pasar?

Ainize tragó saliva.

—¿Es necesario?

Había conseguido olvidarle, eliminarle de su corazón. Había bloqueado cada sentimiento que Haritz le provocaba y se había esforzado lo indecible porque la distancia acelerase el olvido.

—Bueno, verás... No sé si lo sabes, pero ahora trabajo en la gestoría de mi padre. Somos nosotros quienes nos hemos estado

encargando de la gestión del viñedo de tu familia —se apresuró a explicar—. Mi padre lo hacía sin cobrar nada a Ramón, solamente por el cariño que nos hemos tenido ambas familias y como gesto altruista después de conocer su situación.

«¿Su situación?», pensó Ainize, aún sin decir nada en voz alta. Se quedó mirando al chico unos instantes mientras decidía qué hacer. Podía pedirle que se marchara y que llamase a Gorka por teléfono, pero eso solamente conseguiría que los trámites pendientes se ralentizaran aún más. Se hizo a un lado para dejarle pasar mientras algo en su interior daba un vuelco.

No se molestó en ofrecerle una taza de café, tampoco en preguntarle qué tal estaba o cómo le había tratado la vida aquellos últimos años. Ainize se quedó en silencio intentando mantener a raya el nudo que presionaba la boca de su estómago.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Te he traído toda la documentación para que la revises, pero te lo resumiré... lo máximo posible —comenzó Haritz, con un tono que evidenciaba lo poco que le agradaba transmitir aquellas noticias—. Ramón acumuló varias deudas en los últimos años de su vida y... bueno, puedes verlo en la documentación si quieres...

—Ve directo al grano, Haritz —ordenó Ainize, consciente de que su tono de voz era cortante y un tanto desagradable.

—Haize Hegoa está endeudada. Tenéis pendientes varios impagos a los que vais a tener que hacer frente...

—Vamos a vender las propiedades lo antes posible —lo interrumpió Ainize, dejando claro que aquello no le interesaba lo más mínimo—. Quiero perder Artziniega de vista con rapidez.

—No podéis vender una propiedad con deudas pendientes —explicó Haritz, lamentando ser el portador de aquellas noticias. Después de tantos años sin verse, el reencuentro no estaba siendo tal y como imaginaba—. Antes de vender tenéis que hacer frente a los impagos.

Ainize sintió que se asfixiaba al escuchar aquello. Abrió la boca, dispuesta a decir algo en voz alta, pero decidió callarse.

—Lo siento.

—¿Y si el comprador decide hacerse cargo de los impagos? —preguntó, confusa.

—¿Tenéis un comprador que quiera hacerse cargo de los

impagos? —preguntó con cierto tono irónico Haritz—. Si te soy sincero y, sin mucho ánimo de desanimarte..., creo que tenéis muy difícil el asunto de vender los viñedos en la situación en la que están. Tendréis que haceros cargo de los impagos si no queréis terminar con un embargo y, además, con unas cuantas deudas pendientes que seguiréis arrastrando.

Ainize sintió que los ojos se le empañaban al escuchar aquello. ¿Cómo diablos había sido capaz de suicidarse siendo consciente de que sus hijos heredarían esos problemas? ¿Por qué había descuidado hasta el abandono las viñas y las tierras?

No entendía nada. Absolutamente nada.

—Lo siento... —murmuró el joven, frotándose las manos con nerviosismo.

—No lo sientes —escupió ella—. No lo sientes, Haritz. Así que no mientas y no intentes hacerme sentir mejor.

Se levantó del sofá e intentó controlar sus impulsos sin mucho éxito. Las lágrimas ya brotaban sin control y tenía la sensación de estar a punto de estallar y de arremeter contra él.

—¿Te acuerdas de aquello que me dijiste antes de que me marchara a París? Que volvería a Artziniega, que tarde o temprano terminaría de nuevo encerrada entre las paredes de Haize Hegoa... Que no iba a ser feliz.

—Estaba enfadado porque te marchabas, Ainize. No lo pensaba ni lo decía en serio...

—Fue como si me echaras una maldición.

—No digas tonterías, por favor —murmuró con voz afligida, levantándose del sofá.

Los recuerdos de aquel instante poblaron su mente. Tiempo atrás también hubo lágrimas, dolor y rencor. Ainize llevaba demasiados años amenazando con querer escapar de aquellas húmedas tierras y él..., él llevaba demasiado tiempo intentado mantenerla a su lado, reteniéndola con cualquier excusa absurda porque el hecho de perderla le desgarraba el corazón.

El amor, en ocasiones, podía funcionar de aquella forma tan irracional e incomprensible.

Ya no quedaba nada de ese amor. Con el paso de los años se había ido transformando en odio, en rencor y en un incomprensible dolor.

—Márchate...

Haritz la miró fijamente mientras se esforzaba por buscar las palabras adecuadas que frenasen aquella despedida.

—Lo siento mucho, de verdad... No quería...

—Márchate —repitió ella, señalando la puerta con esa extraña sensación de culpabilidad con la que tan familiarizada estaba.

Necesitaba a Pierre.

7

No recordaba haber movido las fichas negras y, menos aún, haber comenzado esa jugada. No era habitual que Ainize iniciase una partida con la apertura Amar, moviendo el caballo de la dama. Era un movimiento que detestaba y al que no solía entregar su suerte. Es más, esperaba poder invertir aquello y continuar de una forma más clásica, con la apertura de los cuatro caballos, quizás.

Se estaba volviendo loca. Solamente llevaba un par de días en aquel lugar y ya sentía cómo Artziniega la iba desquiciando poco a poco. Intentó hacer un pequeño balance mental, pero fue consciente de que hacerlo solamente le servía para que su desasosiego aumentase sin censura. Tenía un montón de propiedades endeudadas y pocas salidas. Respiró hondo mientras se dejaba caer en el sofá, sopesando cuál sería el siguiente movimiento de las fichas blancas. A veces sentía que, en efecto, su vida era algo parecido a una partida de ajedrez: tener que pensar constantemente cuál era la mejor estrategia para su futuro y cómo anticiparse a los sucesos que estaban por venir.

Le dolía la cabeza muchísimo.

Movió el peón blanco del rey una casilla y se quedó mirando el tablero con máxima concentración mientras intentaba recordar el instante en el que había decidido cómo procedería a jugar con las negras. No era capaz de recordarlo y eso la desquiciaba.

Tenía que llamar a Gorka y ponerle al día de los últimos acontecimientos, pero eso tampoco le apetecía lo más mínimo. Enfrentarse a su hermano mellizo y terminar enfrascada en otra innecesaria discusión era lo último que quería en ese instante.

Escuchó dos golpes secos contra la puerta. Se arrastró a la entrada y titubeó antes de tirar de la manilla. No le quedaba energía para enfrentarse a más malas noticias, así que sopesó la idea de fingir que no estaba en casa. Sí, quería desaparecer. Que la colina la engullera y que, al igual que su padre, todo desapareciera para siempre. Quería olvidarse de Artziniega, de su apellido, de quién era.

Quería ser, simplemente, esa pequeña artista parisina que se dedicaba a pintar bosques solitarios en una buhardilla. Otros dos golpes secos recalcaron que, fuera quien fuera la persona que aguardaba a ser atendida, no pensaba rendirse con facilidad ni marcharse sin antes insistir. Tiró de la manilla mientras se preguntaba de forma absurda por qué todo el mundo llamaba a la puerta con dos golpes y no con uno o tres. Haritz apareció al otro lado y ella volvió a experimentar esa extraña sensación de falta de aire que le oprimía el pecho. Le dedicó una mirada fija y retadora que tan solo duró un par de instantes, porque tenía muy claro que no pensaba perder más minutos de su vida con él. Se disponía a cerrar de un portazo cuando él introdujo el pie en la ranura, pillándola desprevenida.

—No me culpes a mí de la despedida que tuvimos, Ainize —gruñó con una voz de ultratumba que no recordaba haberle escuchado con anterioridad mientras sus ojos verdosos destilaban dolor—, no me culpes de mis palabras y tampoco me culpes de tus actos, porque si esa despedida existió fue porque tú quisiste que así fuera.

La joven se quedó en silencio, sin saber qué decir, mientras intentaba asimilar la rudeza de aquellas palabras.

—Quiero que te marches.

—Te marchaste y no te interesó lo más mínimo a quién dejabas atrás. No te importó cómo se quedaban Gorka y Ramón, ni Elsa ni... yo. No te importó si me destrozabas el corazón subiéndote a ese maldito tren y empezando una nueva vida lejos de todas las personas que te querían.

Ainize no pasó por alto el verbo en pasado. «Te querían», repitió para sí misma mientras se preguntaba si Elsa o Gorka seguían conservando un lugar para ella en sus corazones. Lo más probable es que Haritz tuviera razón y que no fuera así, que no fuese el caso. Sintió sus palabras como un dardo envenenado, aunque se empeñó por que no lograsen hacer mella en ella. O, al menos, que aquel intenso dolor no se exteriorizase en una mueca en su rostro. Apretó los labios, esforzándose por no venirse abajo.

—Márchate, por favor...

Su tono se había suavizado, mostrando de ese modo su falta de energía y sus pocas ganas.

—¡Joder, Ainize! —exclamó Haritz, golpeando con el puño la puerta, que al instante retumbó con fuerza.

Ella ni siquiera pestañeó ante aquel repentino acto violento, simplemente se mantuvo firme, aguantándose. Soportando todo ese remolino de sentimientos que la arrollaban como un gran tsunami, dejándola desprotegida y sin control sobre su propio cuerpo.

Entonces los sintió. Sintió los húmedos y carnosos labios de Haritz presionando los suyos con tanta rabia como intensidad, con tanta pasión como odio. Sintió su cuerpo menudo y pequeño, indefenso y descubierto ante la intensidad que él desprendía. La empujó dentro y el temporal y las corrientes de aire que tienen las casas antiguas se encargaron de cerrar la puerta, dándoles de esa forma una intimidad que ninguno necesitaba en aquel instante.

Sintió las manos de Haritz apretar su cuerpo y su lengua enredarse con la suya. Tuvo la sensación de que, de pronto, se encontraba bailando una coreografía que ya conocía, aunque hacía muchísimo que no practicaba. El sabor de su boca, la rudeza de sus manos, su olor. Dios, su olor. Notó cómo un cosquilleo ascendía desde su vientre y todo comenzó a dar vueltas a su alrededor. Algo en ella cambió. Quizás el recuerdo del pasado o, mejor dicho, el deseo de lo que un día fue fuego. Pasión.

Detuvieron aquellos movimientos acompasados un solo instante para mirarse a los ojos. Observaron aquellas pupilas tan conocidas que, de forma recíproca, decían mucho sin necesidad de decir nada. Hasta que volvieron a explotar, ansiosos por recibir más el uno del otro. Él metió las manos por debajo de los pantalones de ella. Sus cuerpos habían cambiado. Ella seguía siendo esa chica delgada y huesuda, pero su firmeza se había convertido en flacidez por la falta de ejercicio y tiempo para cuidarse. El paso de los años había dejado en sus muslos y en su vientre unas blanquecinas y pronunciadas estrías que no pasaban desapercibidas. Sus pechos, pequeños, habían cedido al efecto de la gravedad. Al igual que él, que ya no tenía esos marcados abdominales ni esos brazos musculosos a los que antiguamente había dedicado muchas horas de gimnasio. Los años habían hecho mella en ambos, pero a pesar de todo seguían reconociéndose en ese contacto tan íntimo y desesperado. Tan deseado.

Se desnudaron a tirones, allí mismo, de pie, sin dejar de retarse con la mirada un solo instante. Ella estaba húmeda, excitada y dispuesta. Tan dispuesta como lo estuvo aquella primera vez, cuando

le entregó su virginidad y el mundo dejó de existir. Habían pasado quince años desde entonces, pero por una pequeña milésima de segundo, tuvo la sensación de que volvían a ser esos dos chiquillos confusos y asustados que no sabían muy bien qué era lo que estaba sucediendo ni lo que hacían.

Ainize sintió que una lágrima se deslizaba por su mejilla, aunque él no tardó en atraparla con uno de sus besos. Introdujo la mano por debajo de su ropa interior y comenzó a tocarla mientras su boca seguía buscando sus besos de una forma desesperada y animal. La empujó contra la pared y le arrancó las braguitas de un tirón antes de penetrarla de una estocada por detrás. Ainize gimió cuando notó cómo la llenaba de forma abrupta y salvaje, sin andarse con miramientos, y comprendió en ese mismo momento que ya no quedaba nada de ese par de adolescentes confusos de movimientos torpes y lentos. A pesar de su brusquedad, no sintió ningún dolor, solo ansiedad por sentirle más. Notaba su mano fría sobre la espalda, apretándola contra la pared y aplastando sus pechos. Ainize se apartó de él con brusquedad para girarse y encararle, para mirarle. Le había querido tanto... que solamente el hecho de recordarlo le dolía en lo más profundo de las entrañas. Como si la herida continuase abierta y alguien estuviera hurgando dentro, agradándola. Como si la estuvieran torturando.

La levantó en brazos y la dejó caer lentamente mientras se volvía a clavar en ella. Ainize comenzó a mecerse de forma involuntaria, natural y desesperada, deseando sentirle hasta en la última de sus células mientras todo daba vueltas a su alrededor. Cómo le había echado de menos y cuántas veces había soñado con aquel instante bajo las mantas de su cama de París mientras Pierre hundía la cabeza entre sus piernas. Haritz, siempre Haritz. Su talón de Aquiles y su perdición, con quien se había prometido no regresar jamás y que en pocos segundos estaría a punto de causarle el mejor de los orgasmos que había disfrutado en los últimos años. Sintió que estaba a punto de gritar y ahogó el primitivo sonido mordiéndole el hombro. Apartó la boca y vio la marca de su dentadura en la blanquecina piel del chico. Él también explotó. Sentir el placer de ella era algo capaz de enloquecerle en pocos segundos.

Haritz, que aún sostenía a la chica entre sus brazos, apoyó su espalda contra la pared y se dejó caer lentamente hasta sentarse en el suelo. Ella enroscó las piernas a su alrededor y apoyó la cabeza en su

pecho. Sentía los latidos de su corazón descompensado con tanta fuerza que temió que pudiera sufrir un colapso. Después le escuchó suspirar, y poco a poco su ritmo cardíaco fue volviendo a la normalidad.

—Esto no significa nada —murmuró ella en voz baja, incapaz de pronunciar aquella frase con la convicción deseada.

Él no se molestó en responder, porque ambos sabían que solamente se trataba de una mentira.

De no significar nada, ninguno de los dos hubiera continuado abrazado al otro. Ninguno de los dos hubiera mantenido aquel contacto piel con piel que tanta paz les transmitía incluso en la peor de las circunstancias. Quizás sus mentes y sus corazones se hubieran esforzado por olvidarse, pero sus cuerpos, salvajes, animales, instintivos, acababan de confirmar lo que ambos sospechaban: se seguían necesitando. Seguían siendo ese oasis de locura y calma que, como una droga, había terminado causando una adicción en ambos.

Se quedaron en silencio escuchando la melodía de la tormenta que se filtraba por las rendijas de las antiguas ventanas. Haritz abrió la boca, dispuesto a pronunciar algo en voz alta que no llegó a decir. En lugar de hacerlo, deslizó un dedo por el rostro de la chica para recorrer su pequeña frente, su naricita respingona, y detenerse en sus gruesos y sensuales labios. Parecía pensativo.

—¿Qué pasa? Suéltalo —instó Ainize.

Se conocían demasiado bien.

—La Asociación de Productores Artesanos de Chacolí ha abierto una convocatoria para premiar el mejor chacolí de autor del año... La subvención creo que asciende a unos diez mil euros. Solucionaría...

—No puedo perder el tiempo con esas tonterías, Haritz —murmuró ella, desechando con rapidez la idea—. No he producido chacolí en mi vida. No sabría ni cómo empezar, así que imagínate...

Quería deshacerse de aquella propiedad cuanto antes y regresar a casa. Bueno, en realidad, no solo quería deshacerse de esa propiedad. Necesitaba hacerlo. Necesitaba salir de Artziniega cuanto antes.

—Yo te diría cómo empezar.

Era evidente que, una vez más, trataba de retenerla a su lado.

Se separó de su pecho unos segundos para escrutarle con detenimiento. Tenía que estar bromeando... ¿De verdad esperaba que ella, que había odiado con toda su alma aquel viñedo, se quedara en

Artziniega para producir vino? Desde luego, aquel chico tenía que haber perdido la cabeza por completo.

—Solucionaría todos vuestros problemas, Ainize —respondió muy serio—. Piénsalo.

—No tenemos uvas suficientes para...

—Para sacar un vino de autor no necesitaríais una producción demasiado extensa. Te daría de sobra con lo que tienes, aunque tendrías que empezar a atender el viñedo y a preocuparte por él. Está totalmente descuidado.

Sintió una ráfaga de aire frío traspasar su piel y un escalofrío la hizo temblar de pies a cabeza. Haritz lo percibió y la abrazó con aún más fuerza, estrechándola contra su cuerpo.

—No lo sé, Haritz... Nunca quise cuidar de estas tierras. Yo sabía... sabía que esto no es para mí.

La joven no pudo evitar sentir aquel abrazo como una prisión y que cierto agobio se apoderase de ella. Se deshizo de los brazos del chico y se levantó del suelo. Hasta entonces no había percibido ni un leve atisbo de vergüenza, pero el subidón de adrenalina ya había caído en picado y no pudo evitar ser dura consigo misma y preguntarse si Haritz estaría comparando su cuerpo actual con el de antaño.

Recuperó del suelo su camiseta y su ropa interior y se apresuró a vestirse mientras sentía su mirada clavada en ella. Estaba a punto de volverse hacia aquel chico que, años atrás, le había robado el corazón y la razón, cuando vio que había vuelto a suceder. Las fichas negras habían movido y, una vez más, no recordaba haber sacado aquel peón a jugar.

—¿Has movido alguna ficha del tablero de ajedrez? —preguntó Ainize con el corazón acelerado mientras se decía a sí misma que aquello tenía que ser una broma de mal gusto.

No podía ser... O estaba perdiendo la cabeza, o alguien intentaba que eso sucediera.

—No, no he tocado tu ajedrez —respondió él con seriedad, levantándose del suelo para acercarse a ella—. Pero, si te apetece, podemos jugar una partida.

—No. No me apetece.

Sentía ese malestar tan familiar y, de pronto, le había entrado prisa por perder a Haritz de vista. La ansiedad le oprimía el pecho y comenzaba a sopesar seriamente lo que acababa de suceder entre

ellos. Le acababa de ser infiel a Pierre, aunque supuso que él jamás llegaría a enterarse.

—Recuerdo lo mucho que te gustaba jugar... Te encantaba.

—Me sigue encantando —respondió.

Aunque la verdad era que había dejado de lado muchas de las pasiones de las que disfrutaba cuando vivía en Artziniega. Leer, escribir, pintar, remar... ¿Hacía cuánto que no cogía una piragua y salía al mar? ¿Hacía cuánto que no se perdía en una montaña mientras paseaba sin un rumbo fijo? Su vida en París era totalmente diferente a la que había tenido en Artziniega y sus gustos y aficiones se habían transformado al mismo tiempo que su vida se iba modificando. Cualquiera pensaría que Ainize vivía una vida más tranquila, menos estresante. Pero la realidad era que dedicaba el cien por cien de su tiempo a sus obras, a su casa y, por supuesto, a Pierre. De alguna forma involuntaria y sin necesidad de llegar a un acuerdo verbal, cada uno se había adjudicado unas tareas propias en la casa: hacer la compra, limpiar el suelo, el baño, hacer la cama... Muchos días llegaba la noche y, cuando se sentaba en la butaca del salón, sentía que no había tenido ni dos minutos propios para disfrutar de sí misma. Para conectar consigo misma. Aunque, si era sincera, prefería sin lugar a dudas lo que París le daba. En Artziniega pasaba tanto tiempo metida en su propia cabeza que a veces tenía la sensación de olvidarse incluso de quién era.

Se quedó mirando muy fijamente el tablero. No le encajaba en absoluto la forma en la que las negras habían iniciado la partida. No era una apertura propia de ella y..., aun habiéndola sido, no recordaba haber movido ni una sola de las fichas.

—¿Estás bien?

—Necesito estar sola y pensar, Haritz... Esto —murmuró, señalando a su alrededor— me está superando. Yo tengo mi vida en Francia, ¿sabes? Lejos de todo este estrés.

—Lo sé. Tu vida, tu marido...

—No estamos casados —se apresuró a aclarar, sorprendida porque Haritz supiera de la existencia de Pierre—. ¿Sabías que tenía pareja?

Él se encogió de hombros.

—No. Pero podía imaginármelo, Ainize... Eres guapa, inteligente, testaruda y...

—¿Y?

Haritz sacudió la cabeza negando, reculando de inmediato. Ainize decidió no insistir y dejarlo estar mientras se sentaba frente al tablero.

—No hay casi chacolís rosados —murmuró él mientras se vestía —. Nadie los produce porque ya no están de moda y porque la uva es más difícil de cultivar. Tu padre tenía un par de viñedos de uva roja de chacolí que te podrían ir muy bien para ese vino de autor y para la competición.

—No voy a participar —le recordó.

No pudo evitar observarle de reojo mientras se vestía. Haritz ya no estaba tan en forma, pero seguía conservando ese atractivo y ese *je ne sais quoi* que traía a Ainize de cabeza y cuesta abajo.

—Está bien —concluyó, rindiéndose ante su cabezonería—. Pero si cambias de idea y necesitas ayuda, dímelo.

Ella fingió no escucharle y continuó con la mirada fija en el tablero de ajedrez. No recordar haber realizado aquellos movimientos la estaba volviendo loca de remate y no conseguía desviar su atención hacia nada más.

—Si necesitas algo... —repitió Haritz, dejando la frase en el aire.

Ella se abrazó las piernas y no se molestó en levantar la mirada del tablero.

—Lo sé... —murmuró con un tono apagado—. Que todo te vaya bien, Haritz.

—Sí... que todo te vaya bien —repitió él, preguntándose si aquello era una de esas despedidas de verdad, de las que nunca llegaban a repetirse y de las que implicaban un adiós para siempre.

Suspiró hondo y rezó por que no fuera así.

8

Las ventanas temblaban a causa de la tormenta que tenía lugar fuera.

Ainize intentaba conciliar el sueño sin mucho éxito. Se levantó y se acercó a la ventana para colocar la mano sobre el cristal en un intento absurdo de detener la vibración. Observó el temporal. Las gotas de lluvia golpeaban como pequeños proyectiles contra el vidrio y provocaban un intenso picoteo sobre las envejecidas tejas del caserón. La joven dejó que su mirada vagara por la negrura mientras se preguntaba cómo aquellas vides que su padre había plantado eran capaces de soportar todas las inclemencias que el temporal vasco arrojaba sobre ellas. A pesar del granizo, de la lluvia, de la tierra embarrada y del viento que amenazaba con arrancar aquellos serpenteantes troncos, terminaban dando su fruto. Las uvas.

Por un solo instante, tanteó la posibilidad de participar en la nueva convocatoria del vino de autor. Nunca había mostrado interés por la labor familiar y por la herencia que los Agirregoitia le habían dejado, pero era lo bastante lista para saber que aquel premio podía solventar todas sus inquietudes.

Participar, a su vez, requería de ciertos sacrificios que no estaba convencida de ser capaz de realizar. Dejar atrás París durante una temporada para ocuparse del caserón, de las viñas, el chacolí y de todo lo que durante años había intentado olvidar le proporcionaba la sensación de estar retrocediendo en el tiempo, regresando a esa pesadilla de la que, durante muchos años, se había esforzado por escapar.

Significaba, a su vez, dejar atrás a Pierre y su buhardilla en París. Cambiar el olor a café recién hecho por la mañana, por la soledad de una casa cuyas maderas podridas iban cediendo al descuido humano y al paso de los años. Ainize había comprobado que su padre no se había molestado en mantener aquel lugar en condiciones óptimas.

Seguía teniendo la convicción de que Ramón, a grandes rasgos, no había sido un mal hombre, aunque sí un mal padre. Había sido un

ser solitario que, si podía, evitaba relacionarse con los demás. Si se casó fue porque se enamoró. Y Ainize ya sabía que incluso el más solitario de los corazones y de los Agirregoitia tenía poco que hacer contra los efectos secundarios de la sobredosis de dopamina y oxitocina que un corazón que latía por otro podía causar.

Respiró hondo mientras se esforzaba por poner en marcha su parte más racional y dejar atrás sus miedos. Sacrificar unos meses de su vida quedándose en Artziniega podía solucionar su vida. Incluso aunque su chacolí no resultara merecedor de la subvención, tendría una pequeña producción de vino de autor para vender a las bodegas. Y aunque la joven sabía poco o nada de vinos, era consciente de que el vino de autor siempre tenía un mejor precio y una mejor salida al mercado que un vino tradicional.

Escuchó un extraño crujir que provenía del exterior y los latidos del corazón se le detuvieron en el acto. Recordó de inmediato aquellas largas noches que pasaba dibujando en su escritorio, bajo la escasa luz que proyectaba su lamparita de noche, y cómo se mantenía en silencio intentando atisbar cualquier sonido que indicase que su padre se había desvelado. La había pillado despierta a altas horas de la madrugada en un par de ocasiones y, aunque no se había molestado en regañarla más de la cuenta, Ainize prefería evitar cualquier tipo de conversación con él. El crujido se acentuó más y tuvo la sensación de que alguien empezaba a ascender con lentitud las escaleras desde la planta baja. Respiró hondo y se dijo a sí misma que eran tonterías, que solamente se trataba de un producto de su descabellada imaginación y que fuera no había nada. La única persona que en aquellos instantes habitaba dentro de las paredes de Haize Hegoa era ella. Nadie más.

Se alejó de la ventana y abrió la puerta de su habitación. A pesar de que su padre ya no estuviera y de que nunca fuera a regresar, Ainize había ocupado su antigua habitación y pasaba las noches en su pequeña cama de noventa. No conseguía desprenderse de la sensación de que, en aquel lugar, cada habitáculo tenía su correspondiente propietario. Incluso a pesar de que dicho propietario se hubiera trasladado a un céntrico piso de Bilbao, como Gorka, o habitaba las húmedas tierras del cementerio familiar de los Agirregoitia, como su *aita*.

—¿Hola? —preguntó en voz alta, sintiéndose absurda al hacerlo —. ¿Hola?

Estaba claro que allí no había nadie, pero... otro extraño crujir captó su atención. El sonido le recordaba al quejido del tercer escalón que cedía al peso de un cuerpo humano. Asomó la cabeza por la barandilla y corroboró que allí no había nadie, estaba sola. Aun así, descendió, escalón a escalón, mientras intentaba mantener los nervios bajo control.

Se sorprendió al encontrar la ventana del salón abierta. Desde que había pisado Artziniega, el temporal no había dado tregua y la tormenta no parecía tener intención de amainar, así que, a pesar del olor a lejía y a cerrado de Haize Hegoa, Ainize no se había molestado en abrir las ventanas.

Se apresuró a cerrarla para detener la corriente y el silbido incómodo que el viento que se filtraba dentro causaba y decidió que ya había llegado la hora de seguir esforzándose en conciliar el sueño. Eran más de las tres de la mañana y todas las preocupaciones que burbujeaban en su cabeza impedían que su cuerpo pudiera entrar en ese estado de calma que precisaba para dormirse.

Colocó el pie en el primer escalón. Se disponía a ascender hasta su dormitorio cuando, de reojo, le pareció atisbar una sombra que se deslizaba ante el ventanal del salón. No tenía por qué ser una sombra humana, ni siquiera la de un animal. Podía tratarse, simplemente, del viento que agitaba la rama cercana de algún árbol. Aun así, Ainize no fue capaz de dejar aquel pensamiento de lado y continuar. No podía evitar pensar en esas fichas de ajedrez que no recordaba haber movido o en el extraño crujir de los escalones por el que parecía que un fantasma se había dedicado a ascender y descender con la mera intención de hacerla enloquecer.

Muy en el fondo era plenamente consciente de que aquellos temores y toda esa turbación que padecía solamente existían porque su mente así lo había decidido. No había nada fuera. No había nadie moviendo las fichas negras de aquella partida de ajedrez.

Cogió el chubasquero y las llaves por si la corriente decidía cerrar el portón principal y la dejaba desamparada bajo los rayos que iluminaban el cielo de Artziniega. No había una sola bombilla que alumbrara los terrenos ni los agitados viñedos de su padre. Se ciñó la chaqueta al cuerpo para vencer el frío mientras apuntaba al lateral del porche con la luz de la linterna de su teléfono móvil. No alumbraba en exceso, pero sí lo suficiente como para comprobar que allí no había

nadie. La única persona que luchaba contra el temporal a aquellas tardías horas de la madrugada era ella.

Estaba a punto de rendirse y de regresar al interior de Haize Hegoa, cuando volvió a tener esa extraña y absurda sensación de no estar sola. De que allí, entre todas aquellas vides, había alguien más. Alguien que la observaba en silencio, esforzándose por no ser visto. Alguien que, a pesar de la lluvia y del viento, se mantenía oculto entre las viñas con una pretensión que Ainize no lograba descifrar.

Descendió las escalerillas del porche y hundió sus calcetines en el frío y fangoso terreno. Sintió cómo los pies se le calaban al instante, recordándole en el acto que no se había calzado las botas de agua, ni siquiera las zapatillas de casa.

Reculó y volvió a ascender al primer escalón del porche. El viento cada vez parecía tener más fuerza y el agua helada de la lluvia impedía que su vista fuera más allá de unos metros. La oscuridad tampoco ayudaba. Estaba a punto de regresar a la protección de Haize Hegoa cuando lo vio. Lo vio con tanta claridad que tuvo la firme convicción de que era real. No era un producto de su imaginación ni una figura que ella hubiera creado en su área cortical. Echó a correr sin miramientos, manteniendo el miedo en su interior y armándose de valentía a pesar de que sus extremidades tiritasen para decirle que sentía lo contrario. Que estaba espantada y que, fuera quien fuera la persona que merodeaba por allí, no merecía su tiempo ni su atención.

Su parte más racional le gritaba a voces que regresase a casa y diera un aviso a la policía foral, pero si Ainize pecaba de algo era de evitar rotundamente prestar atención a su parte más lógica. Así que continuó corriendo, con los pies hundidos en la tierra y las piedras que le arañaban la piel. El dolor provocó que se detuviera unos segundos, los suficientes como para levantar la mirada en busca de aquel ser. No había rastro de él. Sintió el corazón desbocado a punto de estallar en su pecho y el pulso acelerado y arrítmico. Apoyó las manos en las rodillas, esforzándose por coger aire mientras luchaba contra el viento que amenazaba con arrastrarla lejos.

—No sé quién eres ni qué quieres —gritó con todas sus fuerzas, dejándose la garganta—. ¡Pero fuera! ¡Fuera de aquí o llamaré a la policía!

9

La escasa y anaranjada luminiscencia del amanecer la devolvió a la realidad. Ainize abrió los párpados con lentitud procurando adaptar su vista al brillo de aquella mañana otoñal mientras sentía sus extremidades entumecidas. Un dolor intenso y punzante le martilleaba el cráneo. Se puso en pie y fue consciente de que aún llevaba puestos los embarrados pantalones de pijama de la noche anterior, así que comenzó a quitárselos a tirones. Recordó que había metido en el bolso, antes de partir de París y de despedirse de Pierre, un par de antinflamatorios por si la migraña decidía hacer acto de presencia durante su estancia en el País Vasco.

De nuevo pensó en Pierre. Solamente llevaba unos pocos días en Artziniega, pero por alguna extraña e incomprensible razón, Ainize tenía la sensación de que ya había pasado allí muchísimo tiempo. Tanto que, poco a poco, empezaba a olvidar la imagen de su amado. Era como si, de pronto, ese pasado del que con tanto esfuerzo había escapado volviera a atraparla entre sus garras. Para hacerla enloquecer.

Caminó descalza y en ropa interior hasta la planta baja y se apresuró a tragar la pastilla mientras se masajeaba las sienes en un acto desesperado por hacer menguar el dolor.

Su teléfono móvil comenzó a sonar en algún lugar lejano de la planta. Ignoró la llamada al suponer que no debía tratarse de nada importante, y se apresuró en busca de su ropa mientras observaba los cielos despejados que envolvían Artziniega. Se tropezó con los calcetines embarrados que yacían en el suelo de la entrada, junto a la alfombra escarlata, y no pudo evitar rememorar la intensa tormenta que había tenido lugar la noche anterior. Se apresuró a vestirse con unos vaqueros, una sudadera y unas deportivas. Su aspecto parisino, con bailarinas y sombrero, no tenía el más mínimo sentido en un lugar como aquel en el que, sin duda alguna, lo esencial era la comodidad.

Descendió colina abajo con paso acelerado mientras disfrutaba

del sol que calentaba su rostro. Alzó la mirada al cielo durante unos instantes y comprobó con una sonrisa que las nubes aún no acechaban los tejados del valle. Ainize era consciente de que el buen tiempo no sería eterno, pero aquellos pequeños lapsos de calma y paz se agradecían.

No había recorrido la mitad del sendero cuando el calor se volvió insoportable. Se quitó la sudadera y se la ató a la cintura mientras aceleraba el paso en dirección a la comisaría. Estaba intentando recapitular cada suceso del día anterior cuando fue consciente del contorno de unas pisadas que se habían quedado encapsuladas en una zona de barro seco. Ainize colocó el pie sobre una de esas huellas y comprobó que, tal y como había sospechado, se trataba de un pie bastante más grande que el suyo. Debía de ser un cuarenta y dos o un cuarenta y cuatro, lo que significaba que, con casi total probabilidad, pertenecían a un pie masculino.

«Podrían ser de cualquiera», pensó mientras aceleraba el ritmo de descenso. A lo largo de aquellos últimos días habían pasado muchísimas personas por los terrenos de Artziniega; el enterrador, Gorka, Haritz, Elsa... Pero muy en el fondo Ainize sabía perfectamente que aquellas marcas eran de «él». Del hombre que la noche anterior la había intimidado al merodear por los alrededores de Haize Hegoa. Respiró muy profundamente y se calmó. La sensación de que alguien la espiaba le causaba un desasosiego difícil de explicar. Allí arriba, en el caserón, la única compañía que tenía era la de sus viñedos y los cuerpos inertes que yacían enterrados en el cementerio familiar. ¿Cuánto tiempo tardaría alguien en encontrar su cadáver descompuesto si le sucedía algo? ¿Cuánto tiempo transcurriría hasta que alguno de sus amigos o familiares fuera consciente de su ausencia?

Aquel último pensamiento la obligó a evocar a su padre. Se había suicidado en la biblioteca de Haize Hegoa y Elsa había tardado más de una semana en entrar en la vivienda. Se imaginó el cuerpo de su *aita* allí colgado, balanceándose de un lado a otro mientras sus microorganismos internos iban devorando los tejidos del cuerpo poco a poco. Aquella imagen la obligó a detenerse en mitad del camino y a contener la oleada de arcadas que la sacudía sin piedad. En ningún momento se había molestado en preguntarle a Elsa cómo había sido todo...

Sintió que le faltaba el aire y se sentó en una de las rocas salientes que flanqueaban el sendero de la colina. ¿De verdad su padre había sido capaz de quitarse la vida sin dejar una mísera nota que explicara los motivos que lo habían llevado a cometer tal acto? ¿Había sido la soledad la que le había arrastrado a aquel estado de locura, o había decidido marcharse por alguna otra razón?

Las interrogantes comenzaron a emerger en su cabeza, lo que contribuía a que su migraña se agravase aún más.

Tardó casi diez minutos en relajarse, pero al final consiguió volver a ponerse en marcha. Descendió con paso firme hasta el pueblo, que a esas tempranas horas de la mañana seguía desierto. Por primera vez en su vida, Ainize se sorprendió al comprobar lo bonito que era el casco viejo de Artziniega. El sol proyectaba su luz contra las piedras medievales, dotándolas de un color dorado que casi parecía irreal. Se permitió pasear despacio mientras observaba las montañas del valle de Aiara, que abrigaban el entorno con sus colores verdosos y amarillentos, y algo parecido a la calma se instaló en ella. Por primera vez en todos aquellos largos años, Ainize fue capaz de encontrar esa paz y esa belleza que el mundo había visto siempre en su pueblo, aunque a ella le pasasen desapercibidas.

Se paró delante del cuartel de la policía local y sopesó la opción de pasar de largo sin armar jaleo. ¿Y si habían sido imaginaciones suyas? ¿Y si en realidad su mente le estaba jugando una mala pasada?

Tocó el timbre de la entrada y esperó con paciencia, hasta que una mujer que tendría pocos años más que ella apareció para atenderla. La uniformada la escrutó de hito en hito, seguramente preguntándose quién podía ser. En Artziniega y alrededores todo el mundo se conocía. Aquel lugar era pequeño y, sobre todo en invierno y otoño, las visitas turísticas descendían en picado.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó.

Ainize también la repasó de arriba abajo, intentando ubicarla en sus recuerdos. Rubia, ojos azules, alta. Pensó si se conocían de antes, del colegio, quizás. Pero no fue capaz de dar con ella.

—Soy Ainize Agirregoitia, propietaria de Haize Hegoa y de sus viñedos —se presentó, extendiendo la mano a modo de formalismo—. Ayer por la noche alguien se coló en los terrenos de mi propiedad y quería poner una denuncia.

La mujer pestañeó varias veces, confusa.

—¿Eres la hija de José Ramón Agirregoitia? —inquirió ella, dubitativa.

Ainize asintió de inmediato, sorprendida por que conociera a su padre.

Ramón podía ser muchas cosas, pero desde luego no era una persona sociable ni carismática. No solía bajar al pueblo más que en ocasiones contadas y en fechas señaladas y, si podía evitarlo, no se relacionaba con nadie. Su padre había sido un llanero solitario que solo había sido capaz de encontrar la felicidad en las desoladas montañas del valle.

La policía se hizo a un lado para dejarla pasar y Ainize entró en la comisaría siendo consciente de que era la primera vez que pisaba aquel lugar, a pesar de todos los años que había vivido en Artziniega.

—¿De qué conocías a mi padre?

—En los últimos meses de su vida también interpuso alguna denuncia, aunque ninguna disparó nuestras alarmas —explicó—. Siento ser tan sincera, pero siempre tuve la sensación de que tu padre estaba... perdiendo la cabeza.

—Y así era —respondió Ainize, aunque no pudo evitar preguntarse si hubo algún desencadenante real—. ¿Qué denunció?

—Nada transcendental —aseguró la agente mientras abría una libreta para tomar notas—. ¿Qué quieres denunciar, Ainize?

«¿Nada transcendental?». El dolor de cabeza se intensificó aún más y sintió cómo una fuerte punzada le taladraba la sien.

—Alguien se coló ayer en mis terrenos —murmuró mientras se masajeaba el cuero cabelludo en un intento vano de mantener el dolor a raya—. Merodeó por los alrededores de mi casa e intentó asustarme.

—Tu padre ha muerto, Ainize —respondió la agente, evitando pronunciar la palabra *suicidio*—, y los chavales son muy morbosos. La gente siente curiosidad por estas cosas, sobre todo los chicos.

—No era un chaval —aseguró la joven, justo antes de cerrar los ojos unos instantes.

La luz blanquecina de la comisaría la estaba torturando y la migraña parecía ir a peor. Aunque los dolores de cabeza solían ser habituales en ella, Ainize llevaba bastante tiempo sin sufrir una cefalea intensa, de esas que la dejaban fuera de combate y en cama durante varios días. Podía sentir cómo el cerebro se le iba hinchando poco a poco, apretándose contra el cráneo y creándole un dolor

insoportable.

Necesitaba aire fresco, oscuridad y calma.

—¿Cómo sabes que no era un chaval? ¿Llegaste a verle? ¿Podrías darme una descripción?

Sacudió la cabeza de lado a lado, negando.

—Era de noche, llovía y... salió corriendo cuando me vio aparecer con la linterna.

—Que saliera corriendo es buena señal —aseguró la agente, aún sin escribir una sola palabra en la libreta—. Mira, voy a dejarte mi número de teléfono y si, por lo que sea, se vuelve a repetir cualquier suceso similar, me llamas. A cualquiera hora, ¿vale? Esta semana me toca guardia y estaré despierta.

Ainize titubeó al aceptar la tarjeta. Era consciente de que la chica no se estaba tomando muy en serio sus preocupaciones, al igual que había despreciado las de su padre. Pero podía presentir que en algún momento de su vida necesitaría aquel número, así que alargó la mano, la cogió y la guardó en un bolsillo del pantalón.

—¿Podrías decirme qué fue lo que denunció mi padre? —suplicó nuevamente Ainize en un intento vano de obtener más información.

«La locura forma parte del gen de los Agirregoitia y Haize Hegoa está maldita», había escuchado aquella frase hasta la saciedad y se había criado con la firme creencia de que, tarde o temprano, todos terminarían dejando este mundo de una forma trágica.

—Pensaba que alguien se dedicaba a estropear sus viñas —explicó la policía—. Investigamos el caso y no encontramos ningún indicio de que estuvieran colándose en la propiedad o envenenando las plantas. La verdad, Ainize, es que este año está siendo difícil para todos los agricultores. El mal tiempo y el granizo están siendo más intensos que de costumbre, así que...

Era mentira, por supuesto. Sabía perfectamente que nadie había investigado las preocupaciones de su padre, aunque en el fondo Ainize también creía que los viñedos no necesitaban ser envenenados para morir. No solo el temporal no ayudaba, sino que las tierras de su padre estaban totalmente abandonadas. Era evidente, totalmente evidente, lo poco que se había preocupado su *aita* por cultivar aquellas uvas como correspondía.

Ainize se despidió de la policía con un gesto y retomó el camino de vuelta hacia Haize Hegoa con aquella tarjeta en el interior del

bolsillo del pantalón. La horrible sensación de que un martillo le aporreaba sin descanso las paredes del cráneo provocaba que la subida al caserón se volviera una verdadera tortura.

Sintió el sol calentándole la cabeza y se arrepintió de haber deseado con tanta fuerza que el temporal amainase. Se detuvo en mitad del camino y se sentó bajo la sombra de un roble, con la cabeza gacha entre las rodillas. Se concentró en el silencio del entorno, en los pájaros que silbaban una melodía común y en el sonido del agua que se percibía desde allí a pesar de que el arroyo no estuviera cerca. Tenía ganas de volver a bañarse en él, de sentir el agua fresca en sus pies. Respiró profundamente, muy hondo, obligando al dolor a remitir mientras inflaba hasta el límite sus pulmones. Liberó el aire despacio mientras un pensamiento descabellado se instalaba en su mente.

¿Y si alguien estaba moviendo las piezas del ajedrez en un intento absurdo de volverla loca? ¿De hacerle perder la cabeza? ¿Y si alguien se estaba colando dentro de Haize Hegoa? ¿Y si la estaban espiando? ¿Y si...?

—¡Ainize!

La joven abrió los ojos.

No sabía muy bien si se había quedado dormida o si, simplemente, había entrado en un pequeño trance. En ocasiones se encerraba con tanta fuerza dentro de su cabeza que no podía evitar que le sucediera. De algún modo, lo que su imaginación proyectaba hacía que la realidad se difuminase hasta que ella casi desparecía.

—¿Estás bien? —preguntó Haritz con la ventanilla del conductor bajada.

Ella asintió, preguntándose cómo diablos había pasado por alto el sonido del motor al acercarse.

—Estoy bien, sí —murmuró en voz baja mientras hacía un esfuerzo por levantarse del suelo—. ¿Qué haces aquí?

Haritz frunció el ceño, sopesando la mejor de las respuestas. En realidad, ni él mismo podía responder con certeza a esa pregunta. No tenía ni idea de qué estaba haciendo allí porque había acudido a las montañas de Aiara guiado por el impulso de volver a ver a la chica que le robó el corazón para después destrozárselo. Sabía que Ainize era bastante parecida a una droga para él, capaz de arrastrarlo a la peor de las locuras. La había querido con todas las células de su cuerpo, aunque sabía que aquellos años locos de la adolescencia no

eran los mejores para demostrar con sinceridad los sentimientos que le profesaba.

La observó fijamente y pudo distinguir el miedo en su mirada. Durante un momento, Haritz pudo ver que había dejado de ser aquella chica hecha y derecha que venía de Francia con una moralidad superior a la de los habitantes de Artziniega, para convertirse en la adolescente perdida y asustadiza que quería salir corriendo pero que no se atrevía siquiera a caminar.

Ella se subió al coche sin mediar palabra y cerró la puerta con suavidad.

La cabeza... el dolor de cabeza era terrible. Ainize no conseguía pensar con claridad, no podía procesar nada.

—¿Estás bien?

Negó rotundamente mientras un pitido ensordecedor le avisaba de que, en cualquier momento, perdería el conocimiento.

10

Abrió los ojos despacio mientras intentaba ubicarse. Necesitó un par de segundos para comprender que se encontraba tumbada en el desgastado sofá de Haize Hegoa. La lámpara de araña, esa a la que le faltaban más cristalitos de los que lucía, colgaba sobre su cabeza amenazadora. Ainize tuvo el extraño presentimiento de que podía caer y aplastarla, desfigurándola por completo. Se levantó de golpe y se dio de bruces con Haritz, que estaba sentado en la butaca frente al sofá.

—¿Estás bien? Te has desmayado...

—La migraña —respondió, resumiendo al máximo la explicación —. Hacía mucho que no tenía una tan intensa...

—¿Necesitas que te lleve al hospital? —preguntó sin ocultar la preocupación en su tono de voz—. ¿Alguna medicación? ¿Quieres que me acerque a la farmacia?

—Necesito descansar —aseguró Ainize, masajeándose con más esmero las sienes.

Sentía aquella zona de su cabeza tan hinchada, que solamente con un pequeño roce superficial ya era capaz de percibir dolor.

—¿Quieres que me marche?

Sopesó la respuesta que estaba a punto de dar, confusa.

Sabía que la presencia de Haritz no le hacía ningún bien a su salud mental: demasiados recuerdos y demasiados sentimientos que, poco a poco, iban emergiendo a flote. Había escuchado en un sinfín de ocasiones aquella frase popular que decía que «el primer amor nunca se olvida», y, en el fondo, siempre había pensado que era una estupidez. Ella estaba loca por Pierre, o eso había creído y sentido hasta que Haritz apareció de nuevo.

—No, quédate.

Lo dijo con un tono firme y decidido, autoritario. No era una súplica, aunque en el fondo rezaba por que no se marchara. Ainize se había construido a sí misma pedazo a pedazo, obligándose a ser la mujer que en el fondo siempre había admirado. A no rendirse, a tener

claras sus ideas, a ser fuerte, convincente, a quererse. Se había prometido que solo unos pocos afortunados serían capaces de ver su interior, de observar lo que albergaba en sus entrañas. Y en aquellos instantes estaba muerta de miedo. Tenía la sensación de que alguien intentaba robarle el juicio y de que en Haize Hegoa no estaba a salvo. No estaba segura.

Y ese sentimiento se intensificó aún más cuando fue consciente de que las piezas negras se habían vuelto a mover. Cerró los ojos y liberó un gruñido extraño, como de animal frustrado y acorralado.

—¿Qué pasa? —dijo Haritz, levantándose de la butaca—. ¿Te duele?

—Lo estás haciendo tú, ¿verdad? ¿Estás moviendo las fichas?

Intentaba que su voz no delatara la histeria que sufría, pero no tenía demasiado éxito. Se notaba lo desquiciada que estaba. Demasiada presión. Demasiado dolor.

—No sé de qué me estás hablando, Ainize... —respondió el chico, angustiado—. Yo no he tocado nada, te lo juro.

—Alguien intenta volverme loca, Haritz... —musitó nerviosa—. Alguien se ha colado en casa... otra vez.

—¿Cómo?

Se levantó del sofá de forma precipitada, casi de un salto, y se apresuró a comprobar que en la planta baja no hubiera nadie más. Haritz la observaba anonadado, sin comprender nada.

—¡Hay alguien más con nosotros! —gritó, histérica—. ¡Alguien está moviendo las fichas!

Ascendió las escaleras de forma precipitada, trastabillando, y comprobó las habitaciones, una por una, mientras experimentaba cómo ese el malestar iba en aumento. Escuchó a Haritz tras ella, pero le ignoró. La habitación de Gorka estaba perfectamente ordenada, tal y como se la había encontrado a su llegada a Haize Hegoa. La habitación de su padre estaba igual, con la colcha tan bien estirada que parecía que alguien acabara de hacer la cama. Miró cada esquina, cada recoveco y armario, hasta que la espantosa idea de que el intruso podía estar escondido en su habitación acudió a su mente. Se dirigió hacia allí y la escrutó desde el umbral con el corazón latiéndole con tanta fuerza que tuvo la sensación de estar a punto de perder la cabeza por completo. Se estaba volviendo loca. Igual que se volvieron locos todos los Agirregoitia que la antecedieron.

La cama estaba sin hacer, embarrada y con las sábanas revueltas. El suelo también estaba sucio y las puertas del armario, abiertas. Allí no había nadie.

—Ainize, por favor, cálmate... —suplicó Haritz, encarcelándola entre sus brazos—. Estamos solos. Aquí no hay nadie.

Lo apartó de un empujón, incapaz de controlarse. Aún le quedaba la buhardilla por revisar y no pensaba rendirse. Era muy consciente de que alguien se estaba esforzando por hacerla perder la cabeza, por volverla loca. Y también era consciente de que lo estaba consiguiendo.

Subió las escaleras de dos en dos. Los latidos de su corazón resonaron en su cabeza con tanta fuerza que creyó que en cualquier instante le reventaría el cráneo. Sintió las lágrimas saladas y calientes descender por su rostro, recorriendo sin control sus mejillas. Contempló la estancia vacía y desvió la mirada hacia la viga del techo que había soportado durante días el peso del cadáver de su padre. Se imaginó la cuerda allí atada, firme, tensa. Se imaginó sus ojos vacíos, con las pupilas perdidas en el interior de aquellos párpados abiertos, y sus labios resecos, que nunca jamás volverían a pronunciar una sola palabra en voz alta, con una baba pastosa colgando por su barbilla. Cerró los ojos e intentó calmar aquel desasosiego que se había apoderado de ella y de controlar su imaginación, esa que a veces podía llegar a ser más cruel que la propia realidad. Cuando se quedó inmersa en la oscuridad, lo vio. Vio el rostro de su padre cambiando lentamente de color, adquiriendo una tonalidad amoratada y blanquecina...

—¡Ainize, joder! —exclamó Haritz, agitándola con fuerza y obligándola a regresar a la realidad—. Pero ¿qué demonios te pasa?

Sujetó el rostro de la joven con firmeza, obligándola a mirarle a los ojos y tendiendo un puente ficticio que la volviera a trasladar a la realidad.

—No lo sé —respondió ella con la voz temblorosa, permitiendo que todas sus barreras se derrumbasen al instante—. No sé qué es lo que me está pasando... Me estoy volviendo loca, Haritz.

La estrechó con fuerza contra su cuerpo y la sintió tan pequeña y desprotegida que ni siquiera fue capaz de responder en voz alta con alguna afirmación coherente y tranquilizadora. Un «Todo está bien» o un «Pronto volverás a tu casa, tranquila». Pero no, no dijo nada. Solamente la apretó con fuerza contra él para detener las sacudidas

del cuerpo de la chica que no había dejado de amar.

¿Y si realmente existía el gen de los Agirregoitia? ¿Y si Ainize estaba perdiendo la cabeza igual que los demás?

11

Haritz avanzaba delante de ella, mientras recorría las hileras de vides trazadas con rigor militar intentando no prestar atención a la conversación que Ainize mantenía por teléfono.

—¿Me vas a contar qué está pasando? ¿Qué ocurre?

Ella intentó trasladarle su malestar y las malas noticias que, el día anterior, Haritz le había comunicado a ella. No necesitó demasiado para comprender que su mellizo no se apenaba ante la situación de endeudamiento en la que se hallaban inmersos. Para él, que no quería vender ni deshacerse de la propiedad, solamente era una forma de ganar tiempo.

—¿Será mejor un embargo? ¿Mantener una deuda y perder la propiedad?

—Tendremos que sacar el viñedo adelante, hermanita —respondió Gorka—. Mañana me pasaré por Haize Hegoa para poder hablarlo con calma.

—No puedo quedarme aquí —susurró en voz baja para que Haritz no pudiera escucharla—. Tengo que volver a casa, Gorka... Esto... esto no es para mí.

—Esa es tu casa, Ainize —le recordó él—. Ahora sí estás en casa.

Estaba a punto de protestar cuando vio que Gorka se le había adelantado cortando la comunicación. Detuvo el paseo unos instantes y cerró los ojos durante un minuto para oxigenarse. Quería abandonar Artziniega cuanto antes y sentía que, por alguna razón incomprensible, el mundo estaba en su contra y ella atrapada en aquel lugar.

Deslizó la mano por las vides lentamente. Aunque se había criado correteando entre aquellas plantas, Ainize sabía poco o nada sobre aquellos viñedos. Aun así, percibió por el color de los frutos que estaba llegando el momento idóneo para la vendimia.

—¿Quién cuida de las viñas? —preguntó con curiosidad, levantando la mirada hacia Haritz.

El joven se encogió de hombros.

—Sé, por las gestiones de la empresa, que antiguamente tu padre había tenido un par de trabajadores contratados, pero las semanas previas al... —Se quedó callado, tragó saliva, y continuó evitando pronunciar la palabra «suicidio»— los despidió a todos. No sé cómo se apañaría para mantener estas plantas en condiciones óptimas solo.

Ainize sonrió de forma irónica. Decir que esas plantas se encontraban en un «estado óptimo» era demasiado decir.

—Creo que ha llegado el momento de vendimiar y... no tengo dinero para contratar a nadie.

—¿Eso significa que vas a intentarlo con el vino de autor? —inquirió él con curiosidad.

No tenía ni idea de vinos, menos aún de chacolís. No sabía cuánto tardaba una vid en dar fruto ni el sistema de poda que requerían aquellas plantas de tronco retorcido. No tenía ni la menor idea de aquella labor que durante toda su vida su padre se había dedicado a desempeñar, pero sí era consciente de que, si se proponía hacer algo, lo hacía bien o no lo hacía.

—Voy a intentarlo —repitió, convenciéndose a sí misma al decirlo en voz alta—. Pero tendréis que ayudarme. Tú, Gorka, Elsa... Cualquier mano amiga.

El chico se quedó mirándola fijamente. No sentía orgullo por su repentina valentía, pero sí un inmenso alivio al saber que no la volvería a perder pronto. Elaborar un vino requería mucho esfuerzo y, por supuesto, tiempo. Mucho tiempo. Esperaba que Ainize fuera capaz de entender eso.

—Hablaré con mi padre y le pediré un poco de carta blanca para los próximos meses. Lo entenderá —aseguró él—. Llevo años sin reclamarle un solo día de todas las vacaciones que me debe.

Ainize procesó aquello de «los próximos meses» con un nudo en el pecho. ¿Era realmente consciente de dónde se estaba metiendo?

—Nos tendrás a todos de tu parte, Ainize.

Sabía que aquella afirmación no era del todo cierta. Si hacía un pequeño balance, tenía las de perder. A aquella convocatoria se presentarían los enólogos más experimentados de todo Álava y ella no sabía siquiera el nombre de las uvas que iba a utilizar. Pretendía tener un golpe de suerte, uno de esos que se suelen atribuir a los principiantes.

Haritz tiró del brazo de la chica, desviándola sendero abajo. A pocos metros de aquel lugar se encontraba el arroyo en el que se habían visto por primera vez muchos años atrás. El arroyo en el que habían pasado la totalidad de los veranos de su adolescencia y el mismo que los había visto besarse bajo el titilar de las estrellas. Sintió la rudeza de los dedos de Haritz aprisionándole la muñeca mientras la instaba a acelerar el paso, y no pudo evitar sentirse como esa chica adolescente que hacía unos años le hubiera perseguido al fin de mundo con tal de mantenerse a su lado.

Se repetía una y otra vez que ya no era esa Ainize. Había cambiado, su paso por Francia la había marcado mucho más que aquel lugar. París le había proporcionado un chute de seguridad y confianza. Una madurez emocional que Artziniega le iba restando poco a poco, gota a gota, como si intentara desgastarla.

Escuchó el sonido del caudal del riachuelo y sonrío de forma inconsciente. El dolor de cabeza había menguado y por primera vez desde que había amanecido se permitió disfrutar del sol y de la buena temperatura de aquel día otoñal. A pesar de las templadas temperaturas y de la fría brisa que corría, tenía calor.

Se sentaron el uno al lado del otro, descalzándose para meter los pies en el arroyo. Ainize se quedó mirándole fijamente durante unos segundos, intentando descifrar las historias que contaban las nuevas cicatrices que tenía en el rostro. Comprendió que, hasta aquel momento, ambos habían evitado hablar del lapso de tiempo que habían pasado separados. Ainize no sabía qué tal le había tratado la vida a Haritz o si su familia seguía bien. Se sintió terriblemente culpable por aquella falta de interés, aunque también era consciente de que implicarse en su vida no contribuiría a facilitar el adiós que tarde o temprano volvería a suceder.

Un adiós que volvería a sacar a relucir el odio y el rencor que durante todos aquellos años ambos se habían profesado de forma inevitable.

—¿Qué has hecho durante los últimos doce años de tu vida? —preguntó ella con un tono jocoso, medio en broma medio en serio.

—Echarte de menos, Ainize —respondió él con voz ronca, mirándola fijamente.

No mentía.

Ella había sido un rayo de luz en aquel lugar tan frío, tan

húmedo, tan desolado. Y de repente, sin previo aviso, se había marchado, llevándose consigo toda esa luz que tanto le calentaba los huesos y le hacía soñar.

Acercó su rostro al de ella hasta que sus narices se rozaron ligeramente. Ainize seguía oliendo tan bien como siempre y Haritz... Él seguía siendo capaz de despertar el vuelo de cien mil mariposas en su estómago. La besó con suavidad, con ternura y con impaciencia al mismo tiempo. Como si con aquel beso intentara atraparla para la eternidad, petrificarla. Tiró de su sudadera hasta sacársela por encima de la cabeza y se abalanzó sobre el cuerpo de la chica en busca de más. Con ella el sexo siempre había sido así: impaciente, excitado, ardiente. Un tango de pasión, de querer buscar la intensidad y descubrir hasta dónde podían llevarles los sentidos. Le quitó la ropa prenda a prenda, intentando contener la impulsividad de sus actos para alargar los segundos, para eternizar cada minuto a su lado.

La excitación ascendió hasta tal punto que Ainize olvidó por completo que se encontraban en plena naturaleza y que cualquier senderista que se hubiera extraviado unos metros de su camino podía encontrarlos allí, semidesnudos, besándose. Las manos de él se paseaban por su cuerpo mientras ella intentaba contener los jadeos. Haritz hizo a un lado las bragas de la joven y, muy lentamente, la penetró por completo. Sin prisa, con calma. De manera exactamente opuesta al encuentro que precedió a aquel. Ella rodeó su cintura con las piernas y lo atrajó con fuerza, para que se hundiera más, para sentirle muy dentro. Notaba cómo cada movimiento se volvía más intenso y todas aquellas sensaciones se amplificaban sin límite alguno. La besó sin cerrar los ojos, mirándola tan fijamente que parecía estar intentando medir la intensidad del placer que cada embestida le provocaba. Le acarició el rostro despacio mientras ella, desesperada, arqueaba la cadera para recibir más, para buscarle. Los besos alargaron, humedeciéndose. Ainize estiró el brazo y hundió los dedos en la tierra, sintiendo cómo el barro entraba entre las uñas y la piel. Tensó aún más el cuerpo. Haritz era capaz de despertar en ella algo que ningún otro hombre había conseguido jamás. Algo más animal, más primitivo. Deslizó la boca por su piel, entreteniéndose en lamer su cuello mientras sus piernas lo apretaban cada vez con más fuerza contra ella, como si de pronto se hubiera transformando en una serpiente. Los jadeos habían evolucionado a gritos de placer y Ainize

se mordió el labio en un intento de ahogar aquellos gemidos involuntarios y descontrolados. El sabor de la sangre inundó su paladar mientras él se hundía con fuerza dentro de ella. Pudo sentir cómo la respiración del chico se agitaba y cómo aquellos movimientos se volvían más fuertes y desesperados, anunciándole en silencio que se encontraba próximo al orgasmo.

Entonces, explotaron. Alcanzaron el clímax a la orilla del arroyo, sobre esa tierra que los había visto crecer y amar. Sobre todo, amar.

12

El cielo había comenzado a cambiar de tonalidad, anunciando que pronto la luz del día se extinguiría para dejar paso a la oscuridad y sus sombras.

Ainize nunca se había considerado cobarde, más bien lo contrario. Pero aquella tarde otoñal de Artziniega se cernía sobre ella asfixiándola, recordándole que pronto estaría sola en mitad de la colina, sin que nadie pudiera protegerla de su persecutor. La idea de que alguien merodeaba cerca del caserón se había instalado con tanta fuerza en ella que ya no conseguía sacársela de la cabeza. Estaba convencida al cien por cien de que no era ella la responsable de que aquellas fichas negras de ajedrez continuaran avanzando hacia el centro del tablero, y eso solamente podía significar una cosa.

Acarició la espalda desnuda de Haritz, recorriendo con lentitud su pronunciada columna. Deslizó los dedos por ella con suavidad, centrando su atención en él. En sus músculos, en su profunda respiración. Habían hecho el amor en el salón, igual que aquella primera vez en la que los besos de un par de adolescentes tontos en el sofá terminaron complicándose por primera vez.

—¿Te quieres quedar a dormir hoy?

Él la miró sorprendido, sin ocultar la sorpresa que le generaba aquella propuesta.

—No quiero quedarme sola —se apresuró a decir—. No sé, Haritz, tengo la sensación de que...

Se calló y evitó continuar la frase porque sabía lo que él podría llegar a pensar.

Haritz la estrechó entre sus brazos y aspiró el aroma del champú que impregnaba su cabello. Intentó recordar si era el mismo que utilizaba antes, pero no estaba seguro. Recordaba el olor dulce de Ainize y esa crema solar que le dejaba la piel con sabor a coco, pero nada más.

—¿Tienes un ordenador en casa? —inquirió—. Necesito acceder a

la nube para poder trabajar y recuperar el ritmo que he perdido por estar por aquí... contigo.

Lo dijo con una sonrisa en la cara, sin culpabilizarla.

—¿Y qué haces aquí si tenías que trabajar?

Se encogió de hombros y la besó en la frente, evitando responder. Podía haberle explicado que, durante años, le había dedicado como mínimo un pensamiento diario, que todas las noches antes de cerrar los ojos se proyectaban en su cabeza las tres sílabas que componían su nombre, aunque después sacudiera aquellos pensamientos para poder conciliar el sueño en paz. Sabía que Ainize volvería a marcharse a Francia y que esa sensación volvería a despertarse en sus entrañas: la sensación de soledad.

Había pasado años sintiéndose como uno de esos héroes de combate que siguen percibiendo los miembros que la guerra dinamitó. Síndrome del miembro fantasma, se le llama. Haritz lo había sufrido cuando ella se fue y lo único que le quedó fue la representación que su cabeza proyectaba de Ainize en cada rincón. Habían compartido los últimos años de su vida con una intensidad tan abrumadora que perderla de pronto significó perderse a sí mismo.

Y allí estaba de nuevo, a su lado. Podía tocarla, sentirla, tenerla. Y en aquel preciso instante, Haritz se convenció de que era capaz de cualquier cosa con tal de alargar aquella efímera sensación de felicidad unas horas más, aunque tuviera que sacrificar su trabajo y su reputación.

—Estar contigo —pronunció al final, al ver que la intensa mirada de ella no se rendía en busca de una explicación—. Disfrutar de ti el tiempo que me dejes, antes de que vuelvas a desaparecer de la faz de la tierra.

Ainize se rio en voz baja mientras se desperezaba y se levantaba del suelo. Recuperó su camiseta de encima del sofá y la deslizó por su cabeza antes de ponerse las bragas. Pensó en Pierre y se sorprendió al no sentir ni un ápice de culpabilidad. A fin de cuentas, él tampoco era un santo y Ainize albergaba serias dudas de que durante su ausencia no fuera a telefonear a ninguna de sus «amiguitas» del curso de arte abstracto que estaba impartiendo.

—¿Sabes? Siempre ha sido ese tu problema...

—¿Qué problema?

Él también se levantó del sofá en busca de su ropa. No hacía frío,

pero la llegada de la noche había provocado un significativo descenso de la temperatura que ambos podían notar.

—Siempre has pensando que Artziniega era el mundo entero y que fuera de este maldito pueblo del medievo no había nada más. ¿Y sabes qué? Que sí lo hay.

No pretendía atacarle con sus palabras, pero la exasperada lo cavernícolas que podían llegar a ser los artziniegatarras en ocasiones. Pensó que solamente le faltaba añadir que la tierra era plana y que aquel pueblucho alejado de la mano de Dios era el epicentro del planeta.

—No he desaparecido de la faz de la tierra —aseguró—, solamente me he mudado a Francia.

—Para mí fue exactamente igual que si te hubieras esfumado —murmuró con un tono meloso mientras la veía perderse escaleras arriba.

Clavó la mirada en los movimientos pronunciados de su trasero y sintió cómo allí abajo su sexo comenzaba de nuevo a crecer. Podrían pasar otros diez años sin verse, que estaba convencido de que, aun así, Ainize sería capaz de despertar todos sus deseos y fantasías.

—¿Te sirve mi antiguo ordenador? —inquirió ella, aunque no tenía demasiadas esperanzas de que el trasto fuera a encenderse después de tantos años olvidado en un rincón.

Lo había comprado un par de semanas antes de hacer las maletas y marcharse a vivir a Francia, aunque no había llegado a utilizarlo demasiado. Fue uno de esos absurdos caprichos que se le antojan a uno pero que después no tardan en quedar en el olvido.

Estaba convencida de haberlo visto en un rincón de la biblioteca, pero no recordaba su ubicación exacta. Rebuscaba en el escritorio cuando se le ocurrió que, quizás, pudiera seguir guardado en el baúl.

Corroboró que así era mientras la voz de Haritz llegaba como un murmullo incomprensible desde la planta baja. Rescató el aparato y el cargador y se disponía a cerrar el baúl cuando vio de reojo su antiguo libro de jugadas de ajedrez, *Los secretos del ajedrez y sus leyendas*. Lo cogió y sopló sobre su cubierta, pero el polvo estaba tan arraigado que no sirvió de nada.

Descendió las escaleras, pensativa, en silencio. Le dio el ordenador a Haritz y, sin perder el tiempo, se dispuso a ojear las páginas de aquel librito mientras revisaba con curiosidad el desarrollo

de la partida. Entendía los movimientos de sus fichas, sabía por qué había movido cada figura y qué pretendía mientras avanzaba. Bueno, en realidad, no estaba jugando con demasiadas pretensiones, solo en un intento vano de defender cada una de sus piezas. En cambio... podía intuir que las negras tramaban algo, que ya tenían una estrategia desarrollada. Una a la que Ainize no era capaz de anticiparse de ninguna forma.

Escuchó a Haritz maldecir en voz alta y quejarse de la lentitud del ordenador, pero ignoró sus protestas para no desconcentrarse. Volvió a sentir cómo el dolor de cabeza regresaba de forma silenciosa y se masajeó las sienes mientras intentaba encontrar alguna lógica a lo que estaba sucediendo. ¿Alguien se estaba colando en su propiedad, pero, en lugar de robar nada, se dedicaba a mover las fichas del tablero de ajedrez? ¿Con qué objetivo? Si el único que había detrás de aquellos allanamientos era el de desquiciarla, entonces tenía que ser algo personal. Alguien que realmente estaba esmerándose por echarla de Artziniega, por espantarla del pueblo.

Pensó, de forma inmediata, que podía ser el socio de su padre, Alberto. Aunque tampoco tenía demasiado sentido. Qué va.

—¿Estás bien? —preguntó Haritz, obligándola a regresar a la realidad y a dejar de lado sus cavilaciones.

Asintió con la cabeza, aunque con la vista fija en el tablero. Sí, estaba claro que alguien intentaba desquiciarla. Quizás estaba jugando sin ninguna estrategia, pero, fuera como fuera, aquella partida de ajedrez empezaba a enloquecerla. Pensó volver a guardar el tablero de donde lo había sacado, pero hacerlo significaba retirarse de la partida. Por alguna razón incomprensible, no estaba dispuesta a rendirse. Quería demostrarle a él —fuera quien fuera— que no podía jugar contra ella, que era más lista. Más astuta. Más perspicaz. Que se había equivocado de contrincante y que, aunque le costase, terminaría ganándole la partida en la vida real.

—Mal año para el negocio del chacolí —murmuró Haritz—. Estoy preparando una hoja excel para el socio de tu padre, Alberto, y... no pinta bien para él.

—No pinta bien para nadie —respondió Ainize de inmediato—. Lo que no sé es cómo algunos pueden sacar adelante la producción de uva con las granizadas que están cayendo constantemente. Es una locura.

—Estoy de acuerdo contigo... En la gestoría, la mayoría de los viticultores están colgando de un hilo o en la bancarrota —explicó—. No hay mucho de dónde sacar y es una pena. La mayor parte de esas familias se han dedicado desde siempre al negocio del vino.

Caminó hasta el ventanal del salón y observó el exterior. Todo parecía estar en calma y, por fin, el temporal prometía concederles cierta paz. Ainize se permitió respirar mientras se decía a sí misma que conseguiría salir ilesa de aquel embrollo en el que se había metido sin pretenderlo. Tenía que conseguir aquella subvención costara lo que costara, y para eso sabía que necesitaba la ayuda de alguien en particular. Elsa llevaba toda su vida viviendo entre viñas y Ainize sabía que ni el mejor de los enólogos podía competir con los conocimientos que la experiencia le había dado a esa mujer.

Podía conseguirlo, estaba convencida de ello.

Desvió la mirada hacia Haritz, que se encontraba inmerso en la pantalla del ordenador con cara de concentración. Su simple presencia en Haize Hegoa ya era capaz de transmitirle paz, seguridad.

—Te dejo tranquilo —murmuró ella.

Él respondió con un gruñido inaudible de aceptación y Ainize se apresuró a desaparecer escaleras arriba.

Subió a la biblioteca y se quedó observando la estancia desde el umbral. No pudo evitar lamentarse de que su padre hubiera escogido aquel habitáculo para decirle adiós al mundo, porque aquel siempre había sido su rincón favorito de Haize Hegoa y sabía que no sería capaz de volver a sentirse igual de cómoda allí.

Evitó que los pensamientos más macabros acudieran a su mente y sacó un lienzo y las pinturas del armario. Siempre solía inspirarse de noche, cuando las luces caían y el mundo se encontraba en calma.

Ainize cerró los ojos unos instantes y rememoró las vistas que tenía desde su buhardilla parisina. No veía campas, pero sí vida. Si levantaba la mirada hacia el cielo, podía atisbar la Torre Eiffel asomando la cabeza entre los bloques de aquel pequeño barrio obrero. Ainize había pasado tantas horas sentada junto a aquella ventana del salón que, a pesar de no conocer a los vecinos de su bloque, sabía hasta el último detalle de la rutina de los habitantes del edificio que tenía en frente: a qué hora llegaban por las tardes, si tenían hijos, si escuchaban *jazz* o *country* o si aireaban la casa nada más despertarse o solamente los días de sol. Y le encantaba. Le encantaba sentir que

estaba metida en una rueda que continuaba rodando y rodando, sin descanso, aunque ella estuviera quieta.

Allí, en Artziniega, no podía experimentar esa misma sensación. Lo único que observaba desde aquellas ventanas eran las silenciosas montañas del valle de Aiara, que transmitían quietud y sosiego, pero también ausencia de vida humana.

Sujetó el pincel y dibujó dos pequeños montículos de diferentes tamaños que trazaban una misma forma. Garabateó en el interior de ambos una mezcla de tonalidades verdes antes de escribir junto a ellos un Agirregoitia en cursiva que le parecía que representaba bien la esencia de su apellido. Se levantó de la silla para alejarse unos metros y contemplar el logo con perspectiva. Sonrió. Una inmensa sonrisa de oreja a oreja se abrió en su rostro cuando su mente imaginó una mesa repleta de botellas de chacolí con aquel logo impreso en la etiqueta.

—Saldrá bien —se dijo a sí misma, insuflándose ánimos.

Todavía tenía que comunicarle a Pierre que, al menos durante las próximas semanas, se quedaría allí, en Haize Hegoa.

En su hogar.

13

Ainize no había bajado la persiana y la luz que la luna proyectaba se colaba dentro de su antiguo dormitorio creando un sinfín de sombras que trepaban por la pared que tenía en frente.

Se esforzaba por conciliar el sueño, pero no lo conseguía. El tac, tac, tac que producía Haritz aporreando las teclas del ordenador ascendía hasta su habitación. El maldito sonido se le había metido en la cabeza y no conseguía deshacerse de él.

Ella, que odiaba dormir con luz, había dejado la persiana subida y la puerta abierta con la intención de sentirse más segura, de mantener su entorno más controlado. Desvió la mirada hacia la puerta, desde allí podía vigilar la puerta del dormitorio de su padre. Recordó el informe del forense, que había leído de forma superficial, en el que se dictaminaba la muerte alrededor de las doce y media de la noche. Comprobó la hora en su reloj de muñeca y corroboró que aún faltaba media hora para que las agujas del reloj se situasen en esa posición.

Conocía poco de las costumbres de su padre. Bueno, en realidad, nada. Sabía que, hasta que ella se fue a París, Ramón siempre tenía la buena costumbre de acostarse sobre las nueve de la noche, aunque desconocía si aquel hábito había cambiado con el paso de los años. No sabía muy bien por qué, pero intuía que no. Aun conociéndole poco, Ainize sabía que su padre era un hombre de costumbres arraigadas.

No quería hacerlo, pero no pudo evitar preguntarse qué era lo que le había llevado a despertarse, hacer su cama, recoger la casa y subir a la biblioteca para anudarse una soga en el cuello. No quería creer que la locura de los Agirregoitia era un gen real, uno que seguía transmitiéndose y que probablemente ella también desarrollaría. No, no quería admitirlo, pero empezaba a pensar que aquella era la única explicación razonable que le daba sentido al repentino suicidio de Ramón.

Cerró los ojos. Quería dejar de pensar, mantener la mente en

blanco y quedarse dormida. Que los días transcurrieran uno detrás de otro con rapidez hasta que, por fin, volviera a encontrarse junto al hombre que amaba. Aquel que había dejado atrás.

Se imaginó a su padre titubeante, dubitativo, ascendiendo un escalón detrás de otro mientras arrastraba la cuerda que había rescatado del sótano. También quería escapar de Artziniega, pero como era todo lo que conocía, utilizó una vía diferente que no solo lo alejaría de aquellas montañas, sino del mundo. De todo lo que conocía y le causaba inquietud, todo lo que le arrebataba el sueño en aquellas noches de insomnio que Ainize también padecía.

Nadie se lo había confirmado, pero intuyó que fue la silla de su antiguo escritorio la que utilizó para poder atar la cuerda en la viga central de la habitación. Supuso que, si se quitó la vida allí, no fue por casualidad. Ella también creía que, en el hipotético caso de poder decidir el sitio idóneo en el que decirle adiós a todo lo que conocía, se hubiera decantado por la biblioteca. Morir rodeado de libros no sonaba tan mal, más bien lo contrario. Quizás aquel pensamiento era un tanto macabro, pero no podía evitar ver en él un aire romántico.

Quería dejar de cavilar sobre eso, pero no conseguía disipar las imágenes que su mente proyectaba. Su padre subiéndose a la silla, anudando la cuerda, atándose la soga. ¿Qué pensó justo antes de saltar? ¿Murió al instante? ¿Cuánto tiempo tuvo antes de que la luz de sus pupilas se extinguiese para siempre?

El rostro amoratado de Ramón ocupaba toda su mente. Se lo imaginó allí, colgando, un día tras otro día tras otro... La soga apretando cada vez más la piel seca y arrugada del cuello, rasgándola mientras las larvas iban devorando con ansiedad el tejido blando de su organismo para dejarlo en los huesos.

Abrió los ojos sobresaltada, con el corazón latiéndole con tanta fuerza que percibía el sonido retumbando en el interior de su cráneo. Intentó adaptar la vista a la escasa luz mientras palpaba ambos lados de la cama en busca de Haritz. Estaba sola, por lo que imaginó que continuaría abajo, trabajando. Notaba la camiseta pegada al cuerpo y un sudor frío que le empapaba la frente. Necesitaba borrar aquella imagen de su cabeza cuanto antes para poder recordar a su padre de otro modo, pero no sabía cómo conseguirlo.

Cerró los ojos, dispuesta a volver a adormecerse, cuando el presentimiento de sentirse vigilada regresó, causándole un desasosiego

aún mayor que el que la pesadilla le había dejado. Se incorporó, agitada, y necesitó un par de segundos para captar la silueta que había pasado por alto. Allí estaba él, en la esquina junto al umbral de la puerta, vestido de negro y con una capucha que escondía de forma cobarde su rostro.

Ainize tardó unos segundos en reaccionar, los suficientes para que él diera un par de pasos al frente, hacia ella. Entonces, gritó. El aullido de espanto y de auxilio abandonó sus entrañas con la suficiente fuerza como para despertar a un vecindario entero. El intruso titubeó, pero terminó reculando y desapareciendo escaleras abajo mientras la joven controlaba el temblor de su cuerpo, causado por la segregación de adrenalina. Necesitó otro par de segundos para salir corriendo tras él sin pensar en lo que estaba haciendo. Corrió sin control escaleras abajo, nerviosa y con las extremidades convulsas. Se encontró el portón principal abierto de par en par y el rostro descompuesto y adormecido de Haritz, que la contemplaba sin entender qué era lo que estaba sucediendo.

No se detuvo a dar explicaciones. Salió de forma apresurada, corriendo tras el hombre del pasamontañas. Notó el aire frío y húmedo de la madrugada acariciándole la piel y el dolor que le causaba la gravilla del sendero que se clavaba en la planta de sus pies. A pesar de ello, no dejó de correr ni disminuyó el ritmo. Continuó moviéndose sin descanso, hasta que lo vio meterse entre las viñas en un intento pérfido de esconderse. Ainize sintió que la agitación del momento anestesiaba su miedo y continuó hacia él, dispuesta a detenerle.

—¡Eh!

Él hombre aceleró el ritmo, colina abajo, en dirección al pueblo.

«No tiene escapatoria», pensó ella, con el corazón a punto de estallarle.

La luna, que seguía brillando sobre sus cabezas, titilaba con la luz necesaria para que ella pudiera ver lo que había más allá de un palmo de distancia. Podía apreciar la silueta del hombre que llevaba días acechándola corriendo sendero abajo. Y aunque él era mucho más veloz y ágil, Ainize tenía una clara ventaja: conocía cada pedrusco de aquel lugar y sabía perfectamente que la desviación por la que aquel hombre había optado no llevaba a ninguna parte. Era un tramo sin salida que terminaba sobre una pared rocosa imposible de escalar. La

joven se había pasado tardes enteras de verano intentando subirla junto a Gorka sin éxito ninguno. Así que resultaba evidente pensar que, de noche y sin conocer la zona, aquel hombre se quedaría atrapado. Se sintió aún más agitada y aceleró el ritmo de la carrera hasta, por fin, alcanzarle. Se había topado de bruces con la pared y la miraba anonadado, sin saber qué hacer o por dónde continuar. Para salir de aquel pequeño claro uno debía retroceder por el mismo camino por el que había llegado hasta allí. Y para hacerlo tendría que cruzarse con Ainize.

La chica se detuvo para encararle y fue en ese preciso instante cuando sintió cómo un dolor agónico e insoportable ascendía desde la planta de sus pies por el largo de sus extremidades, paralizándola. Sabía que el subidón de adrenalina iba cayendo en picado después de la carrera, así que por fin era consciente del dolor, del miedo y, sobre todo, del peligro. Él la mirada con aquellos ojos oscuros y ella, mientras tanto, se preguntaba qué hacer. Había sido la persecutora, pero en aquel instante su rol en el enfrentamiento había comenzado a disiparse. Notó que se echaba a temblar, asustada, pero aun así se esforzó por mantener la compostura y no delatarse.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué no me dejas en paz?

Quería sonar agresiva y mordaz, pero lo único que consiguió fue liberar un hilillo de voz prácticamente inaudible e incomprensible.

Él dio un paso al frente, después otro. Al principio titubeó, pero no tardó demasiado en coger confianza y comprender que la ganaba en cuerpo, fuerza, rapidez, altura. Había sido la presa, pero el verdadero papel que le correspondía era el del cazador y volvía a ser consciente de ello. Él no debía sentir miedo... El miedo debía experimentarlo ella.

Ainize ni siquiera tuvo tiempo a reaccionar. Antes de que pudiera darse cuenta, sintió las manos del hombre rodeándole el cuello y presionándolo. La garganta comenzó a arderle al intentar aspirar oxígeno mientras el poco que contenían sus pulmones se iba agotando. La fuerza de su agresor también iba menguando, lo percibía. Aunque a pesar de ello, Ainize seguía sin conseguir zafarse de las manos que aprisionaban su cuello, estrangulándola poco a poco. Asfixiándola de la misma forma que la soga acabó con la vida de su padre.

Se lo imaginó de nuevo, a su *aita*. Aunque en aquella ocasión lo hizo repitiendo aquellos gestos desesperados y animales que ella

realizaba en bucle. Patalear e intentar con todas sus fuerzas arrancar esas manos de su cuello. Intentaba meter los dedos entre ellas, separarlas de su piel, pero era imposible. En su mente su padre también lo hacía. Se había arrepentido y quería salvarse de aquel trágico final, pero era tarde; la cuerda no cedía a las súplicas silenciosas de sus actos.

Entonces la liberó.

La joven recibió el fuerte empujón con alivio, pero no llegó a ser consciente de lo que sucedía porque su cuerpo chocó contra algo y, de pronto, todo se volvió negro y la luz de la luna se esfumó. Desapareció.

14

—Joder, Ainize... ¡Joder!

La voz de Haritz sonaba agitada, muy nerviosa.

Notó las manos del chico rodeándole la cadera para ayudarla a incorporarse. Ainize pestañeó varias veces en un intento vano de recuperar la compostura y de vislumbrar su alrededor, pero no veía nada y no tenía fuerzas.

—Haritz... —gimió, dolorida.

Le temblaban las piernas tanto que no era capaz de sostenerse. Las plantas de los pies le ardían y la cabeza le zumbaba, como si un millón de abejorros se hubieran instalado en su cráneo para utilizarlo a modo de colmena.

—Pero ¿se puede saber qué diablos pretendías? ¡Joder! —exclamó de nuevo—. ¡Tengo que llevarte a un hospital!

Ainize sintió la sangre viscosa que recorría su rostro. Se llevó la mano a lugar en el que nacía aquella insoportable punzada y sintió la pastosidad de una herida abierta, profunda.

—No voy a ir a un hospital —musitó, esforzándose por reconocer el lugar en el que se encontraba.

Contempló el claro e intentó recordar la razón por la que se encontraba allí, pero precisó de otro par de minutos en silencio para rememorar los últimos acontecimientos y... a él. A su agresor. Lo había tenido a unos centímetros de distancia, pero aun así no había sido capaz de reconocerlo, de desenmascararlo.

¿Qué diablos había pretendido? ¿Matarla? ¿Asustarla?

—Joder, Ainize, joder —volvió a protestar Haritz, muy nervioso —. Tenemos que ir a un maldito hospital. Necesitas puntos.

Le había colocado algo en la frente para taponar la herida y que la sangre dejase de brotar, pero no era suficiente.

Ainize volvió a negar. No quería ir a un hospital y, en la medida de lo posible, pretendía evitarlo.

—Vamos a ir al hospital —sentenció él, nervioso—. Y vamos a

llamar a la policía.

Ella volvió a sacudir la cabeza de lado a lado, negando con rotundidad.

Hizo un heroico esfuerzo por levantarse sin su ayuda en un absurdo acto por demostrar que se encontraba bien. Por supuesto, no era verdad. Un pitido ensordecedor eclipsó la voz de Haritz, que protestaba haciendo aspavientos para conseguir que la chica volviera a sentarse. Ainize pensaba obedecer cuando, de pronto, todo volvió a apagarse a su alrededor.

Se despertó en una habitación blanca, neutra, sin vida. Sobre ella, una luz blanquecina le indicaba que se encontraba en el hospital de Txagorritxu. Escuchaba de fondo la voz de Haritz, la de Elsa y la de un par de desconocidos. También le pareció distinguir la de Gorka, pero de eso último no estaba del todo segura.

Se incorporó con lentitud y percibió la vía que conectaba su brazo derecho con el gotero. Leyó la etiqueta que indicaba que era un analgésico. Quizás varios, no lo sabía. Algunos nombres técnicos de las bolsas que colgaban del portasueros le resultaban desconocidos. El ademán de levantarse de la cama le recordó los cortes que tenía en ambas plantas de los pies y las profundas hendiduras que las ramificaciones de la vegetación le habían provocado en los brazos mientras corría.

La puerta de la habitación se abrió y, tras ella, apareció un hombre de mediana edad vestido con una bata blanca. Ainize intentó escuchar lo que le decía, pero el pitido que le taladraba los pensamientos emborronaba sus palabras. Se llevó la mano a la sien mientras, poco a poco, volvía a la normalidad.

—¿Me escuchas, joven?

Ella asintió despacio. Cada movimiento era comedido y pausado.

—Hemos tenido que coserte parte de la ceja derecha y la frente —explicó—. También has necesitado un par de puntos en un pie y un brazo, nada grave. Lo único que nos preocupa es el traumatismo craneoencefálico... ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

Hablaba rápido, como si tuviera prisa por irse. Ainize asintió con la cabeza, en silencio, mientras observaba la mirada cargada de preocupación que le dedicaban desde el fondo tanto Haritz como Elsa. Gorka no tardó demasiado en entrar a la habitación acompañado de varios agentes de la policía foral.

—Te dejaremos esta noche en observación y, si todo va bien, podrás irte a casa mañana por la mañana —concluyó el doctor—. Y si no tienes dudas ni preguntas, te dejo con la visita... —bromeó, señalando a la policía.

Ainize lanzó una mirada fugaz a los uniformados y reconoció a la agente que la había atendido aquella mañana. Los dos policías se presentaron, pero la chica no se molestó en retener sus nombres. Pasó por alto toda la información innecesaria, hasta llegar a lo que realmente le concernía a ella.

—Me estaba espiando en mi habitación... observándome —murmuró en voz baja, consciente de que, si hablaba, se mareaba.

Elsa observó la palidez de la joven y se apresuró a sostenerla con ternura, colocándole un par de cojines a la espalda. No se encontraba con fuerzas para poner una denuncia, así que fue Haritz el responsable de continuar con el relato de los hechos.

—Escuché un grito y, poco después, un portazo, así que me levanté corriendo para ver qué era lo que sucedía... —narró—. Alguien se había marchado de la casa y Ainize salió corriendo tras él. Yo también lo hice, pero los segundos que necesité para calzarme fueron suficientes para perderlos de vista. Eché a correr por el viñedo y tardé un buen rato en encontrarla. Estaba inconsciente.

—¿Llegaste a ver al malhechor al llegar al claro?

Haritz negó.

—Para cuando llegué, ella ya estaba sola. Intuyo que debía de llevar así varios minutos, quizás un cuarto de hora o más.

—¿Llegaste a ver al agresor en algún momento? ¿En la casa, tal vez? —le preguntó la agente.

Haritz negó con la cabeza, sorprendiendo con aquella confesión a Ainize.

—No. Tampoco. No llegué a verle.

Ni la chica ni los presentes pasaron por alto la mirada suspicaz que se lanzaron los agentes entre ellos, como si ambos pusieran en serias dudas la veracidad de los hechos que la joven narraba.

—Si ese hombre es peligroso y te asusta, Ainize..., ¿por qué salir corriendo tras él? ¿Qué esperabas conseguir?

Sabía que sus actos no tenían demasiada lógica. Pero actuar de una forma razonable en esos instantes de estrés y angustia tampoco solía ser algo habitual.

—No lo sé —murmuró con voz tenue y apagada.

—¿No podríamos dejar esto para otro momento? ¿Para mañana, tal vez? —inquirió Elsa, dispuesta a acudir al rescate mientras masajeaba el cuero cabelludo de Ainize, como cuando era niña—. La pobre está agotada, no puede ni con su alma.

Los agentes se lanzaron otra mirada indescifrable que, evidentemente, ambos eran capaces de comprender sin necesidad de pronunciar una sola palabra.

—Te recomendamos que mañana te pases por la comisaría para dejar la denuncia firmada —explicó la agente a modo de despedida—. Lo suyo sería que no se alargara más de lo necesario, por si acaso.

Ella asintió sin pasar por alto la forma en que la escrutaban. La miraban como a una loca, como si estuvieran ante una psicótica. Y por un momento, así se sintió. Notó que el mundo comenzaba a girar con fuerza a su alrededor hasta que, de pronto, el abrazo intenso y cálido de Elsa detuvo la ansiedad que iba en aumento.

—Ya está, cariño... —murmuró la mujer, estrechándola con dulzura—, ya ha pasado todo. ¿Quieres que me quede en Haize Hegoa hasta que vuelvas a Francia?

Ainize negó.

—Voy a estar un tiempo allí, al menos hasta que la vendimia termine y la producción del chacolí se ponga en marcha —respondió con seguridad Ainize, convencida de que su acosador intentaba expulsarla de Artziniega.

—¿Vamos a seguir adelante con la vendimia, hermana? —preguntó Gorka sin ocultar su sorpresa.

Ainize abrió la boca dispuesta a responder, pero Haritz se adelantó.

—Ya tendréis tiempo de sobra para hablar de los negocios familiares... Ahora lo primordial es que descanse y se recupere.

Gorka estuvo de acuerdo y la joven se permitió cerrar los ojos y descansar, consciente de que en aquel lugar se encontraba en paz y a salvo. Sobre todo, a salvo. Desde que había llegado a Artziniega, se había visto envuelta en extraños sucesos que se alejaban de simples casualidades. Las alarmas se habían disparado en su cabeza y Ainize se sentía incapaz de dejar de lado todo lo que estaba ocurriendo en Haize Hegoa y en sus inmediaciones. ¿Y si el suicidio de su padre conllevaba algún motivo de peso? ¿Y si también lo acosaron y

persiguieron? ¿Y si las denuncias eran ciertas y nadie lo tomó en serio?

Ainize sintió el peso de sus párpados y decidió no resistirse a él. Los analgésicos comenzaban a adormecerla, atrayéndola hacia un sueño reparador que sin duda necesitaba con urgencia.

Se despertó un par de horas más tarde con una sensación extraña de letargo. La silla del acompañante estaba vacía y la puerta de la habitación abierta de par en par, por lo que imaginó que Elsa debía de haber salido en busca de un café. En realidad, no tenía ni idea de quién era la persona que se había quedado con ella —en el caso de que alguien lo hubiera hecho—, pero en aquel instante podría haber jurado que se trataba de ella. Sabía lo testaruda que podía llegar a ser y el afán que tenía, desde siempre, de velar por ambos hermanos. Como la madre que nunca habían tenido.

Decidió estirar las piernas y se levantó de la cama con movimientos lentos, muy lentos. Aún seguía dolorida y sin fuerzas mientras se acercaba a la ventana en busca de un poco de aire fresco. Tiró de la manilla y aspiró una bocanada de oxígeno mientras rememoraba la terrorífica sensación de aquellas manos aprisionando su cuello. La sensación de estar a punto de morir.

Volvió a coger aire. Aspiró con fuerza hasta que sus pulmones no fueron capaces de albergar más y comenzó a soltarlo con parsimonia, disfrutando de aquel acto tan básico como placentero, cuando el olor a tabaco inundó sus fosas nasales. Agachó la mirada y se encontró con Gorka. Estaba en la entrada del hospital, acompañado por un desconocido al que Ainize no conseguía poner cara. Se encontraba demasiado vertical a ellos como para distinguir su rostro. Vio a su hermano aspirar una larga calada antes de lanzar lejos el cigarrillo y despedirse con un profundo abrazo de aquel tipo que Ainize no conseguía ubicar en sus recuerdos. Le restó importancia, consciente de que, después de tantos años de ausencia, había terminado por perderles la pista a la gran mayoría de sus antiguos conocidos.

—Pero... ¡qué haces en pie! —exclamó Elsa, apresurándose hacia ella—. Vuelve a la cama ahora mismo y descansa, que al final te dejarán ingresada por tu cabezonería...

Continuó protestando, pero Ainize dejó de escucharla. Se había visto en la necesidad de soportar innumerables sermones de Elsa y había aprendido a ignorar su voz mientras pensaba en otras cosas. Fue

una de esas habilidades que desarrolló en su adolescencia y que nunca olvidó, incluso a pesar de los años transcurridos.

Volvió a tumbarse en la cama mientras la mujer continuaba hablando, recordándole que había recibido más de quince puntos de sutura y que precisaba descanso para recuperarse, no andar correteando de un lado a otro. Ainize asentía sin escuchar mientras su mente cavilaba muy lejos de aquel lugar. Las ideas burbujeaban sin control, como en una tormenta de ideas sin sentido.

15

—Nani, ya vale —protestó Gorka con voz seria, entre susurros—. ¿No ves que la policía no se ha creído una sola palabra de su relato? ¡Por Dios! ¡Ni siquiera Haritz vio al agresor!

Estaba despierta, pero se mantuvo inmóvil y con los ojos cerrados aguzando el oído para captar el cien por cien de la conversación.

—¿Y qué insinúas? ¿Qué ella misma se ha hecho...? —murmuró en voz baja, como si temiera que Ainize pudiera estar escuchándolos.

—Desde que ha vuelto, no la termino de ver del todo bien —aseguró Gorka—. No sé, puede que esté un poco desbordada. Quizás se imaginó alguna sombra y salió corriendo en la oscuridad.

—¿Y los cortes?

—Nani... Ha dicho que alguien intentó asfixiarla, pero no tiene una sola marca en el cuello —le recordó Gorka—. Imagino que se desorientaría y que terminaría golpeándose contra alguna de las paredes rocosas del claro. No lo sé, pero dudo mucho que nadie...

Un carraspeo inoportuno intervino en la conversación. Ainize continuó fingiendo estar dormida, aunque sentía la rabia y la impotencia recorrerle las entrañas. No le costaba imaginar que la policía pudiera no tomarla en serio. Pero ¿su propio hermano también opinaba lo mismo? ¿De verdad? La sensación de traición aumentó.

—Buenos días a todos —saludó Haritz con voz adormecida—. He traído café y cruasanes. ¿La bella durmiente ya se ha despertado?

—Todavía no —respondió Gorka—. Pero puedes marcharte tranquilo, que ya me encargo yo de llevarla a casa cuando el médico le traiga el alta. Nos han dicho que la noche no ha sido mala y que, si las analíticas están correctamente, no la retendrán más —explicó—. Y gracias por el café, colega.

«Colega». No pudo evitar sorprenderse al percibir el buen ambiente entre ellos. Haritz y Gorka no habían tenido demasiado contacto nunca, pero las pocas veces que se habían cruzado habían chocado entre ellos. Por supuesto, desde entonces había llovido

muchísimo y las cosas habían cambiado.

Ainize se incorporó en la camilla. Le dolían los huesos y notaba sus extremidades aletargadas, como si un tranvía la hubiera pasado por encima.

—¿Quién ha dicho que me lleva a casa? —preguntó en voz alta, esforzándose por sonreír a pesar de sus pocas ganas.

Una hora más tarde circulaban en el todoterreno de Gorka en dirección a Haize Hegoa. Elsa se había empeñado en acompañarlos a casa y en pasar unos días allí con Ainize. Pero ella, por supuesto, tenía otros planes. Prefería disfrutar de la compañía de Haritz, esa compañía que tarde o temprano le pasaría factura.

Sacó la mano por la ventanilla y disfrutó del viento frío. El cielo estaba encapotado y los nubarrones grisáceos que acechaban el valle auguraban las lluvias que tarde o temprano regresarían a Artziniega. Una semana sin ellas era algo que no solía darse muy a menudo.

—¿Vamos a vendimiar para Alberto? —inquirió Gorka.

Ainize se apresuró a sacudir la cabeza de lado a lado.

—No, no vamos a vendimiar para Alberto... Vamos a producir nuestro propio chacolí y vamos a saldar las deudas pendientes del *aita* —explicó ella *grosso modo*, sin entrar en detalles—. Un vino de autor para presentar a concurso... Una producción pequeña, nada exagerada. Algo con lo que poder empezar y hacernos un hueco en este mundo. Ya sabes..., meter un pie dentro.

—¿Y después? ¿Continuaremos produciendo ese chacolí?

Elsa viajaba en silencio en los asientos traseros, prestando atención a lo que decían, pero sin intervenir en la conversación.

—Después ya se verá —explicó Ainize—. Lo primero es saldar deudas y dejar las cuentas a cero... ¿Qué te parece si vamos paso a paso?

Los hermanos se lanzaron una mirada cómplice antes de asentir de forma prácticamente simultánea.

Gorka, como siempre, depositó toda su confianza en su melliza. Si algo sabía de Ainize es que no existía mujer más testaruda y cabezota. Desde niña había tenido la capacidad de lograr todo lo que se proponía, incluso aunque al resto le parecieran ideas locas e imposibles.

La primera gota de lluvia, predecesora de lo que se avecinaba, cayó en la luna delantera. Gorka accionó el limpiaparabrisas y, diez

segundos más tarde, lo aceleró hasta la velocidad máxima. El sol se había extinguido y parecía no tener intenciones de volver a asomarse en los días venideros.

Habían comenzado a ascender la colina cuando Ainize extrañó su buhardilla y su butaca de lectura. Intentó calcular de forma aproximada cuánto tiempo tardaría en poner en marcha la producción, pero no era capaz de realizar esos cálculos con precisión porque era la primera vez que dedicaba su tiempo a algo semejante.

La producción de aquel vino tenía que ser barata. Así que, para reducir costes, tanto Gorka como ella tendrían que aportar en su totalidad la mano de obra.

Aparcaron frente al caserón.

Ainize se sorprendió al encontrar el portón principal medio abierto, aunque no le dio ninguna importancia. Estaba convencida de que la noche anterior Haritz había abandonado el terreno de forma precipitaba, deseando llegar cuanto antes al hospital.

Ascendió con lentitud los escalones del porche antes de acariciar el reverso de la garra de águila que colgaba de la puerta. El metal se había ido oxidando con el paso de los años y, al igual que el resto de la casa, precisaba de forma apresurada un poco de restauración. Cerró los ojos unos instantes y se imaginó cómo era Haize Hegoa cuando ella era pequeña. No había cambiado mucho, pero todo parecía más nuevo. Las cortinas no tenían polvo, la lámpara conservaba todos los cristales, la mesita de centro, hecha de roble antiguo, no tenía picadas que delatasen su edad...

Pasó al salón y se apresuró a sentarse en el sofá para descansar las piernas. Le dolían tanto las plantas de los pies que caminaba en tensión, forzando los gemelos. Observó el tablero de ajedrez una vez más. Las negras habían movido y seguían avanzando. Intentó adivinar los movimientos siguientes, pero le costaba entender la posición estratégica que su contrincante había tomado para sus caballos.

Elsa se sentó junto a la joven y comenzó a quitarse los anillos, de uno en uno, para colocarlos sobre la mesa. Después repitió el gesto a la inversa y volvió a colocarlos en sus manos, pero en esa ocasión en diferentes dedos.

—*Mandatu baten ez ahanzteko, ohi da koropilo baten bere mokanesean egitea*... —murmuró en voz baja, recordándole aquel viejo proverbio vasco: «Para no olvidar un recado, se acostumbra hacer un

nudo en el pañuelo».

La mujer, que siempre había sido supersticiosa, tenía un sinfín de extrañas costumbres a las que Ainize había dejado de prestar atención con el paso de los años. Recordaba alguna de ellas, como, por ejemplo, esa vela amarilla que encendía en su habitación cada vez que empezaba a prepararse para un examen.

—¿Quieres que te eche las cartas del tarot?

Ella negó.

Odiaba aquellas creencias absurdas e intentaba evitarlas a toda costa. Era como la maldición de los Agirregoitia: si todo el mundo te repite una y otra vez que enloquecerás, así será. Tarde o temprano lo interiorizarás y terminarás por perder completamente la cabeza. Pues las cartas, desde la humilde opinión de Ainize, funcionaban de una forma similar: si te decían que sufrirías una desgracia, estarías predispuesto a tropezarte con ella de la misma forma que buscarías el amor si alguien te dijera que terminarás enamorándote.

Elsa ignoró la negativa de la joven y comenzó a barajar las cartas. Las colocó delante de la chica en tres montones y se quedó mirándola unos instantes.

—¿Hay algo en especial que quieras saber?

Ainize negó. No le gustaban nada aquellas majaderías, aunque sabía que para Elsa eran importantes. Decidió ceder y guardar silencio hasta que terminase de pronosticar lo que sería de ella. Elsa se apresuró a sacar cinco cartas. Las dos primeras las colocó con rapidez, anunciando lo que significaban.

—No eras feliz, pero conseguiste la felicidad.

Se refería al pasado, por supuesto.

Ainize pensó que aquel dato no tenía demasiado mérito.

—Ahora mismo estás perdida y angustiada... —continuó ella—, y...

No dijo nada más. Ainize miró las siguientes dos cartas antiguas, las que marcaban su futuro. Una de ellas era la Torre, y la segunda y última era la Muerte invertida.

—¿Elsa?

La mujer se apresuró a recogerlas y las guardó.

—El futuro cambia constantemente —murmuró en voz muy baja —. Si vuelvo a echar las cartas, saldrán otras diferentes. Y eso es porque en una sola milésima de segundo podemos tomar una decisión

que nos acerca más a un camino o a otro.

—Vuelve a echarlas entonces.

—Mejor en otra ocasión... —murmuró la mujer, deshaciéndose la trenza de forma apresurada y nerviosa—. Voy a ver si preparo un poco de café y algo de comer, que se nos está echando el mediodía encima.

No hubo nada más que discutir. Antes de que pudiera protestar, Elsa ya se había ido.

Ainize levantó la mirada con aire pensativo mientras intentaba sacarse aquellas absurdas cartas de la cabeza. Contempló el cielo gris, que en aquel preciso instante quedaba iluminado por un relámpago zigzagueante que partía en varios trozos los nubarrones ennegrecidos. Después volvió a centrarse en el tablero de ajedrez, pero no supo cómo proceder. Sabía que continuar aquella partida era lo más absurdo que había hecho en mucho tiempo, pero no podía dejar las cosas a medias. Lo único que Ainize había dejado sin terminar fue *Anna Karenina*, que se le había atascado cuando en la primera mitad la protagonista ya desaparecía del mapa. Desde entonces, todo lo que había empezado lo había terminado, fuera lo que fuera.

Estaba a punto de levantarse para ayudar en la cocina cuando se dio cuenta de que su libro de estrategias de ajedrez se encontraba abierto en una página muy concreta junto al tablero. Sabía perfectamente que ella no lo había dejado allí ni así. Ainize jamás dejaba un libro abierto. «El ajedrecista fantasma», leyó en voz baja, para sí misma, y siguió por las primeras líneas, en las que se narraba que un aldeano decidió jugar al ajedrez contra un ser extraño, que no parecía humano. El hombre que vivía en una granja y se dedicaba al cultivo, había sufrido fuertes sequias que lo habían arrastrado a la bancarrota y la hambruna. Había conocido a aquel ser extraño en una vieja taberna que se encontraba en lo más alto de la montaña alejada de todos. El ser llevaba una capucha que escondía su rostro y que solamente dejaba entrever unos ojos claros, casi cristalinos, que lo dotaban de un aspecto todavía más inhumano. «Si me ganas, te daré riquezas, y si pierdes, me quedaré con tu alma y con la de toda tu familia».

—¿Ainize? Tenemos un problema —anunció Gorka con gesto de pocos amigos.

16

Los dos hermanos bajaron al cobertizo en el que su padre, durante todos aquellos años de siembra y cosecha, almacenaba la maquinaria y las herramientas necesarias para la labor.

Si debía ser sincera, la chica no había pisado aquel lugar más que en un par de ocasiones contadas y en todas ellas había prestado poca atención a los bártulos a su alrededor. Gorka se apresuró a subirse en una especie de máquina cortacésped gigante. Intentó ponerla en marcha accionando repetidas veces un botón, pero la chatarra no reaccionaba.

—No tenemos máquina vendimiadora, está rota —anunció—, y no podemos permitirnos una nueva. Al menos, yo no puedo.

—¿Cuánto cuesta una?

Pensó que, en un caso de desesperación extrema, podría hablar con Pierre. Desconocía los ingresos reales que la galería le proporcionaba y sabía de sobra que no era desmesurados, más bien lo contrario. Pero si de algo pecaba Pierre era de ser extremadamente ahorrador y previsivo. Sabía que tenía algo de dinero ahorrado.

—Demasiado —respondió Gorka—. ¿Cuántas botellas de chacolí quieres producir?

—Todas las que sean posibles —respondió Ainize con seguridad, aunque había leído las bases de la convocatoria y sabía que con una pequeña producción era más que suficiente para poder optar a la subvención—. ¿Qué alternativas tenemos? ¿Podríamos alquilar una o algo así?

Gorka señaló las tijeras de poda que colgaban en la pared. Había muchas, muchísimas. Y seguramente todas ellas pertenecían a la época en la que sus antepasados realizaban la labor a mano, mojándose bajo el cielo vasco o quemándose la cabeza al sol.

—Tendremos que vendimiar a mano —respondió él, encogiéndose de hombros.

Ainize fue consciente por primera vez de que su regreso a casa

estaba lejos, muy lejos. Algo le decía que, poco a poco, Haize Hegoa iría atrapándola entre sus garras para no soltarla.

Sintió una punzada de dolor en la herida de la frente y recordó el corte que tenía en el pie. No se encontraba en su mejor momento físico, pero si no quedaban más opciones disponibles, tendrían que comenzar cuanto antes con el trabajo de poda.

—Podremos hacerlo —aseguró ella con convicción y optimismo —. ¿Tenemos chubasqueros de sobra?

Gorka respondió con una risotada segundos antes de que cualquier atisbo de felicidad quedase oculto tras el grito desgarrador de Elsa, que provenía del caserón.

Los dos hermanos se apresuraron a abandonar el cobertizo de forma precipitada, y se internaron sin miramientos en la tormenta. La lluvia caía con intensidad mientras recorrían los pocos metros que los separaban de la casa. Ainize tuvo un mal presentimiento; esa mala sensación que con el paso de los días cada vez se acentuaba más. Esa de la que no conseguía desprenderse de ninguna forma. Notó el agua traspasando su jersey, filtrándose hasta su piel. El frío se le había metido en los huesos y para cuando alcanzó el resguardo del porche, ya estaba tiritando sin control.

—¡Nani! —gritó Gorka, asustado.

El chico abrió la puerta con brusquedad y entró de forma precipitada. Entonces, la vieron. Ainize levantó la mirada por encima del hombro de su hermano y se encontró con una asustada Elsa, que tenía aspecto de haberse encarado con el mismo diablo.

—¿Estás bien? ¿Qué sucede? —preguntó él de forma atropellada mientras inspeccionaba a la mujer en busca de alguna lesión—. ¿Qué ha pasado?

Elsa titubeó. Intentaba pronunciar algo en voz alta, pero no era capaz. No conseguía decir nada. Señaló las escaleras y sacudió la cabeza con un gesto de horror y espanto.

—Arriba, en la biblioteca...

Gorka esquivó a la mujer y se abrió camino, y Ainize le siguió de cerca. Podía notar ese desasosiego tan habitual en cada escalón que ascendía, paso a paso.

—Joder... —murmuró él al asomar la cabeza.

Ainize escuchó el zumbido de varios moscones antes de encontrarse con el cadáver despellejado de un pequeño animalito. Un

conejo, quizás un pequeño zorro, que alguien había degollado y colgado de una cuerda en la misma viga en la que semanas atrás su padre se quitó la vida.

Joder.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó de malas formas Gorka—. ¿Qué está pasando aquí?

Ainize sacudió la cabeza mientras observaba la desesperación de su hermano.

—¡He inspeccionado la casa nada más regresar del hospital, joder! ¡Hace una hora aquí no había nada!

Ella guardó silencio, aún impactada por la imagen que tenía ante sí. El animal, al que también habían arrancado los globos oculares, se balanceaba ligeramente mientras las gotas de sangre que resbalaban por sus inertes patas creaban un charco de sangre en el suelo de la biblioteca. Ainize contuvo la serie de arcadas que sacudieron su cuerpo y se esquinó, esforzándose por repeler aquel olor nauseabundo que impregnaba la estancia.

—No ha podido entrar nadie... Aquí... aquí está pasando algo.

Ella levantó la mirada hacia su hermano.

¿Aquello era una acusación? ¿La estaba señalando a ella? ¿Qué diablos pensaba que ganaba ella cometiendo un acto tan siniestro y atroz?

—¿Qué insinúas?

Gorka escondió la cabeza entre las manos, procurando no perder el control y calmarse. Aspiró profundamente y respiró despacio.

—Aquí hay algo que no va bien —murmuró tras varios segundos eternos de silencio.

Tenía los ojos empañados y parecía estar a punto de echarse a llorar. Se sentó junto a su hermana antes de apoyar la cabeza en su regazo, como cuando eran niños. Tenían la misma edad y él siempre había sido el chico fuerte y grande que parecía comerse el mundo con dos pisadas, pero la realidad era diferente. Ainize siempre se había ocupado de cuidarle, mimarle y protegerle. Ella, quizás, había sido emocionalmente más débil, pero su mente analítica la había obligado a tomar las decisiones de su futuro pensando en ella y en nadie más. Dejando atrás los sentimientos y, sobre todo, aquello que era capaz de exprimirle la felicidad.

—Tienes razón, Gorka, aquí hay algo que no va bien...

Acarició el cuero cabelludo de su hermano mientras intentaba tranquilizarle. De fondo, seguía escuchando el zumbido de los moscardones que acechaban el cadáver. Se había acostumbrado ligeramente al olor a putrefacción que desprendía y ya no reaccionaba a él.

—Me encargaré de deshacerme de eso y de limpiar ese desastre —susurró en voz muy baja Ainize, como si hablara más para sí misma que para él—. Creo que Elsa ya se ha llevado bastante disgusto por hoy.

Él levantó la mirada hacia ella.

—No es necesario.

—Lo es, tranquilo. No pasa nada —aseguró con voz apagada—. Vete a casa con tu mujer, que seguro que en estos momentos te necesita más que yo.

Se le hizo extraño pensar que no conocía a la pareja de su hermano y se preguntó si debía proponer un encuentro. Resultaba raro pensar que en unos meses Gorka se convertiría en padre. Y ella en tía. Le costaba, a su vez, comprender el rol que debía desempeñar. Gorka y ella siempre habían vivido en aquella colina, alejados de cualquiera excepto de Elsa y de su *aita*. Sin familia, sin amigos, sin visitas.

Volvieron a guardar silencio, aunque ninguno de los dos hizo ningún amago de desocupar el escalón en el que se encontraban. Se mantuvieron de esa forma, en la misma posición, mientras un millar de interrogantes acudían a su mente. En aquel instante, Ainize quiso pensar en Pierre pero no lo consiguió. Por algún motivo poco coherente, todos sus pensamientos se centraron en su antiguo amor de la infancia. También se preguntó si, en algún futuro lejano, ella también traería al mundo a un bebé. Intuía que no. Los años pasaban y Ainize seguía teniendo la sensación de que el mundo era demasiado cruel para arrastrar hasta él a otro pequeño ser inocente.

—Mañana empezamos con la vendimia —soltó ella, anunciando sus intenciones y su planificación—. Ven cuando puedas, sin compromisos. Sé que tienes tu vida y que no la puedes parar.

Se agachó sobre él y lo besó en la frente.

Era su forma de decirle que, pasara lo que pasase, siempre le querría.

Después se levantó y, tragándose el vómito que amenazaba con ascender por su garganta, se dispuso a liberar aquel amasijo de

vísceras ensangrentadas de la cuerda. Contuvo la respiración al meterlo en una bolsa de plástico que había cogido previamente de la cocina y luego en el cubo de la fregona mientras se preguntaba cómo podría limpiar aquel charco de sangre de la madera.

Estaba convencida de que no era casualidad que, fuera quien fuera la persona responsable, hubiera colgado al animal de esa viga en concreto y en aquel preciso lugar de la casa. Contuvo la respiración y se dispuso a anudar la bolsa de plástico para que el olor a putrefacción no continuara impregnando las paredes y los libros.

Decidió que ya se ocuparía de la sangre en otro momento y descendió escaleras abajo con el cubo en la mano. Elsa estaba sentada en el sofá, aún asustada por su inesperado hallazgo, y Gorka se disponía a marcharse de casa. Abrazó a ambas de forma breve y rápida antes de desaparecer colina abajo en su todoterreno. Ainize se quedó en el porche, a cubierto, mientras veía las luces de posición del vehículo alejarse despacio cuesta abajo. Se quedó allí, inmóvil, hasta que las vio desaparecer. Después salió a la lluvia.

Se había acostumbrado a aquel clima y la humedad había dejado de resultarle tan desagradable. Se puso la capucha del chubasquero y recorrió el sendero que se desviaba hacia la parte de atrás del caserón, justo donde se encontraban el pequeño bosque y el cementerio familiar. Cargaba el cubo con el cadáver en una mano y la pala en la otra. Decidió enterrar el cuerpo en tierra de nadie, pero lejos del sendero, y rezó por que ningún animal carroñero terminara dando con su paradero y desenterrándolo.

Aún sentía el cuerpo débil, pero se esforzó por cavar en profundidad con todas sus ganas. La tierra se había transformado en barro, facilitándole las paladas mientras la lluvia empapaba su ropa. Terminó antes de lo previsto y se dispuso a regresar a Haize Hegoa. Pero no fue capaz.

Se quedó mirando el cementerio desde la lejanía y, al final, caminó hacia él guiada por un impulso que ni ella misma entendía. El cementerio familiar de los Agirregoitia estaba abierto y protegido por un muro circular que rodeaba las tumbas. Nadie se había molestado en vallarlo porque el vandalismo no llegaba hasta aquella altitud del valle de Aiara. En aquel lugar convivían más muertos que vivos, y Ainize tenía ese dato muy presente siempre. Se deslizó entre las tumbas de sus antepasados, hasta llegar al montículo y a la lápida más

reciente: la que le correspondía a Ramón. La que habían hecho para su *aita*.

La lluvia se intensificó aún más. Tenía el rostro empapado y las manos tan frías que no era capaz de mover los dedos. Se quedó allí unos instantes, preguntándose mil cuestiones para las que no tenía respuesta. ¿Por qué? Siempre comenzaba así todo... ¿Por qué? ¿Por qué se suicidó? ¿Por qué la estaban acosando? ¿Por qué Artziniega seguía teniendo ese aire de maldición y soledad?

—Ojalá hubiera podido abrazarte, *aita*... —susurró en voz baja mientras las lágrimas se mezclaban con el agua de lluvia en sus mejillas—, porque no recuerdo la última vez. No recuerdo ni siquiera la última vez que cruzamos una palabra.

Colocó la mano sobre la lápida y se concedió unos segundos de paz para despedirse de él. Para decirle adiós.

Pensó que, al igual que ella hizo en su momento, Ramón también había partido de Artziniega sin molestarse en decir adiós a los que quería. Imaginó que aquella pizca de egoísmo que ambos compartían debía de ser un rasgo común de los Agirregoitia. Ainize también había intentado escapar de su pasado y de quién era, pero no lo había conseguido.

La sangre siempre ganaba a lo demás.

17

Se despertó sobresaltada a las seis de la madrugada.

A pesar de que Elsa se había quedado a pasar la noche en Haize Hegoa, la joven no terminaba de sentirse a salvo. Sabía que el intruso era capaz de traspasar las barreras de aquella morada sin miramientos, sin titubeos.

Preparó café y aferró la humeante taza entre las manos mientras sentía cómo el calor iba extinguiéndose poco a poco de la cerámica. Se sentó en el sofá y contempló el exterior a través de la ventana. No llovía, pero intuía que aquella calma no duraría demasiado. Se fijó en las ramas de un árbol que danzaban sin detenerse un solo instante mientras el frío viento de aquella mañana otoñal las agitaba. Se terminó el contenido de la taza y se calzó las botas de agua. Los cortes de los pies cada vez le dolían menos, pero la profunda herida de la frente no contribuía a frenar los efectos secundarios que la migraña le provocaba.

Su teléfono móvil comenzó a sonar. Era Pierre, por supuesto. Tenía un sinfín de llamadas de él, pero no se atrevía a enfrentarse a esa conversación.

—Hola... —respondió con voz apagada, consciente de que no podría eludir aquel encuentro por más tiempo.

—¿Ainize? —inquirió él, titubeante—. *Qu'est-ce qui se passe?*

Jugueteó con la cucharilla que se encontraba dentro de la taza vacía. No sabía qué responder.

—No puedo volver a Francia... —murmuró—. No aún.

Pierre sabía de sobra que odiaba con todas sus fuerzas Artziniega y que si se quedaba en aquel valle era por fuerza mayor. Tenía que saberlo, ¿no?

—¡Ainize! ¡La exposición! —exclamó con su marcado acento francés, ese que siempre le había encantado y que ahora parecía comenzar a irritarla—. ¿No vas a estar en tu propia exposición?

Se le hacía extraño que se dirigiera a ella por su nombre y no con

alguno de los apodos cariñosos que solía emplear.

—No voy a poder...

—¡Tienes que poder!

—No puedo volver, Pierre. De verdad, aquí me necesitan.

—Yo también te necesito, *ma chérie* —aseguró, suavizando el tono de su voz—. Se suponía que te marchabas para unos días. ¿Cuándo volverás?

—No lo sé, Pierre. No lo sé...

Dos golpes secos en la puerta principal la distrajeron de sus pensamientos y de la conversación. Revisó el reloj de su muñeca y comprobó que era demasiado temprano para una visita.

—Tengo que colgar, llaman a la puerta.

—Ainize... —protestó él sin demasiadas fuerzas.

—Lo siento. Te quiero —dijo, antes de cortar la comunicación sin esperar la respuesta de Pierre.

Se preguntó si aquel último «te quiero» había sonado tan forzado como en su mente. Dejó la taza en el fregadero y se apresuró a abrir la puerta principal, esperando que aquellos golpes tan intensos no le hubieran arrebatado el sueño a Elsa.

Se encontró a Haritz al otro lado del umbral y, de inmediato, sonrió. Junto a él yacían unos cuantos cestones de mimbre vacíos.

—Alguien me ha dicho que ya ha empezado la temporada de vendimia.

—Si el otoño nos lo permite —respondió Ainize, señalando hacia el cielo—, así será.

Chispeaba ligeramente, pero nada a lo que no estuvieran acostumbrados. En el País Vasco uno debía habituarse a vivir con un sirimiri constante sobre la cabeza.

La joven se apresuró a colocarse el chubasquero y las botas antes de salir a la intemperie junto a él. Mientras caminaban en dirección al viñedo, no pudo evitar preguntarse por qué. ¿Por qué estaba allí, a su lado? ¿Por qué la estaba ayudando?

—¿Está Elsa en Haize Hegoa?

Ella asintió.

—Aún duerme —respondió Ainize mientras intentaba calcular qué hora era—. Estaba agotada después del susto de ayer.

Haritz la miró de reojo sin comprender a qué se refería con aquello del susto, y ella optó por sacudir la mano en alto, restándole

importancia al asunto. No quería que su preocupación empeorase y contarle lo del animalillo agravaría su inquietud.

Ambos se detuvieron en la primera zona de viñas y comenzaron a podar las paredes verdosas que se erguían ante ellos. Ainize no sabía muy bien cómo se procedía, pero se dejó llevar por la intuición y la lógica. Cortó los racimos, deshaciéndose en el proceso de selección de las malas hierbas que sobresalían.

—No tengo ni la menor idea de lo que estoy haciendo —se rio ella.

—Y así es, ¿no? Creo que a todos nos pasa cuando realizamos una tarea por primera vez... Pero tranquila, terminarás cogiéndole el tranquillo y dentro de poco serás una verdadera experta en la materia.

Ella no supo qué contestar. Esperaba no tener que repetirlo las veces necesarias como para transformarse en una experta. Aunque evitaba decírselo a Haritz, estaba contrariada consigo misma. Una parte de ella deseaba que aquella pesadilla alcanzara su final. Quería regresar a Francia y que Artziniega quedara, para siempre, en lo más hondo de sus recuerdos. Por otro lado, sabía que el día en el que eso sucediera, el adiós entre ellos sería definitivo y no volvería a ver nunca más al chico que durante años le había robado los suspiros.

Se quedó observándole mientras él, concentrado, cortaba los racimos y los iba lanzando a los cestos. Por una milésima de segundo, Ainize tuvo la sensación de que volvían a ser esos dos adolescentes tontos que aprendían a besarse cuando nadie los miraba. Aquellas primeras veces topes y descoordinadas en las que se daban cabezazos mientras se arrancaban la ropa. Haritz se giró hacia ella sin previo aviso.

—¿Se puede saber qué miras?

Solamente llevaban fuera un par de minutos. Quizás diez. Pero habían sido suficientes para que ambos se encontraran empapados de pies a cabeza. El sirimiri parecía leve, pero conseguía calar hasta los huesos.

—¿No puedo mirarte? —se rio ella.

Necesitaba un momento de desconexión, de no pensar y de no preocuparse por los sucesos que rodeaban Haize Hegoa. O, mejor dicho, que la rodeaban a ella.

Haritz dejó caer al suelo el racimo y las tijeras de poda que sostenía en las manos para caminar un par de metros hacia ella,

acortando la distancia que los separaba.

Levantó las manos, que estaban cubiertas de tierra y barro, para aprisionar su rostro entre ellas.

—Dios, Ainize... Ojalá fueras capaz de comprender que lo importante no es el lugar, sino las personas que lo habitan —murmuró Haritz con un tono meloso que incitaba a la reconciliación—. Te equivocaste al marcharte.

—Y me voy a volver a ir, Haritz —aseguró ella sin titubear—. Este lugar nunca jamás fue para mí. Estos valles... No quiero estar aquí. Me hacen diferente a lo que soy.

Él respiro hondo.

Si algo definía a Ainize, por supuesto, era su cabezonería sin igual.

Apartó las manos, dejando la huella emborronada de sus dedos en ambas mejillas de la joven, y presionó sus labios con fuerza en un intento absurdo por retenerla a su lado. No quería volver a perderla y estaba dispuesto a cualquier cosa por que así fuera, aunque escapara a su control.

—¿Eres feliz en París? —preguntó él, incapaz de controlar su curiosidad.

Durante años se había imaginado cómo debía de ser la vida de Ainize allí, en la ciudad del amor. Aquellas cavilaciones de su mente solían ser dolorosas y carecían de un claro objetivo, así que terminaba deshaciéndose de ellas y concentrando su atención en alguno de sus ligues. Durante aquellos diez años, Haritz había compartido su cama con muchas mujeres, pero ninguna de ellas había conseguido tocarle el corazón. Ainize se había ocupado de sacudírselo con la fuerza suficiente como para que nadie más pudiera acceder a él.

La había echado de menos. Mucho, muchísimo. Si de algo estaba seguro Haritz es que jamás encontraría otra mujer como ella. Era... peculiar. Un espécimen único que pocos sabían apreciar. Ainize tenía algo, algo que la hacía diferente. Una forma de conectar con el mundo que la dotaba de una magia sin igual. Era risueña, sensible y suspicaz. Sabía lo que quería y cuando algo se le metía en la cabeza, peleaba con todas sus fuerzas por obtenerlo. Era la mujer más guerrera con la que se había tropezado y, aunque habían estado diez años sin verse, ahí estaba, dándole al mundo y a Artziniega una nueva lección mientras intentaba sacar aquellas tierras adelante.

Si alguien se merecía conseguirlo era ella. No importaba la lluvia, ni las tormentas, ni el hecho de tener que vendimiar a mano. Lo que importaban era las ganas que le ponía.

Hundió la nariz en su cuello y aspiró el aroma de su perfume mientras la estrechaba con fuerza. Percibió la humedad y el frío de su chubasquero. La joven tenía las manos congeladas y, aunque no se había quejado un solo instante, no podía dejar de tiritar.

—¿No vas a responderme, por favor? —insistió sin soltarla—. Me encantaría saberlo. ¿Eres feliz allí? ¿Con él?

Ainize sintió cómo una lágrima sigilosa se deslizaba por su rostro. Se apresuró a hacerla desaparecer de un manotazo y asintió.

—Claro que soy feliz con Pierre —aseguró, zafándose de los brazos de Haritz para continuar con la vendimia—. Soy muy feliz en París.

No era ninguna mentira.

París le había dado paz y seguridad en sí misma, y Pierre le había enseñado que uno podía seguir soñando con los ojos abiertos, siempre y cuando no tuviera miedo de caer.

Se dio la vuelta y continuó con la poda, cortando los racimos de uno en uno. Ya llevaban un buen rato trabajando cuando un par de truenos hicieron retumbar el tejado de Haize Hegoa, anunciándoles la tormenta que estaba por llegar. El temporal era peor que nunca. En Artziniega, y en el País Vasco en general, no solían contar con demasiados días de sol. La gente siempre bromeaba diciendo que aquella zona no contaba con cuatro estaciones, si no con dos: una de invierno que se hacía eterna y otra de verano que duraba dos días. Pero aquel año la lluvia y las tormentas estaban siendo mucho más intensas que de costumbre. O, al menos, esa era la sensación que tenía Ainize.

Aceleró el proceso de poda mientras alzaba de vez en cuando la mirada hacia el cielo. En cualquier instante el leve sirimiri que caía sobre sus cabezas se transformaría en un intenso chaparrón. Los cestos ya estaban llenos, era casi mediodía y estaba agotada. Imaginaba que Haritz también, por supuesto.

—¿Ya sabes dónde vas a hacer el proceso de maduración? ¿En la fábrica de Alberto?

—En los depósitos de mi padre —respondió ella sin titubear. No quería saber nada de Alberto—. Sé que no dan para una producción

muy alta, pero para sacar unas pocas botellas de vino de autor no necesito más.

Una vez terminada la vendimia y pasado el periodo de fermentación regresaría a Francia. Tenía pensado dejar el vino reposando junto a sus lías al menos durante cinco meses y después regresaría a Artziniega para el embotellamiento. La etiqueta aún no estaba lista, pero el logo que había garabateado la noche anterior le parecía perfecto para su pequeña producción.

—¿Crees que tengo alguna opción real de ganar la subvención?

Haritz se encogió de hombros.

—Yo diría que sí —aseguró sin dudar, aunque tampoco podía prever el futuro—. Estos días he estado investigando un poco las bases y lo que el jurado valorará. Tendrán en cuenta no solo la calidad del vino, sino a los nuevos emprendedores y la situación económica que presente cada empresa —explicó—. Tu padre siempre exportó sus uvas a diferentes bodegas, pero la producción de vino que hizo nunca salió de las puertas de Haize Hegoa. Así que..., sí. Puedes conseguirlo, por supuesto.

Un relámpago parpadeó en el cielo segundos antes de que las nubes retumbasen. La lluvia comenzó a intensificarse de forma precipitada y tanto Ainize como Haritz se apresuraron a llevar los cestos al cobertizo. Parecía que no, pero pesaban más de lo que la joven podía soportar y necesitó un par de paradas de descanso por el camino. Haritz terminó con sus cestos y se apresuró a ayudarla. Diluviaba tanto que la manta de agua les impedía ver más allá de un palmo. Él, nervioso, se aproximó a coger el cesto de forma precipitada provocando que varios de los racimos terminasen en el suelo. Ainize se echó a reír, recopilándolos mientras le pisaba los talones.

Estaban empapados de pies a cabeza. Ella no podía parar de tiritar y él intentaba parecer un tipo duro a pesar de no sentir las puntas de sus extremidades.

Se lanzaron una mirada cómplice justo antes de romper a reír. Ni siquiera sabían por qué, pero eso daba igual. Necesitaban ese instante de complicidad, de sosiego y calma. Desde que había pisado Artziniega, todo había sido demasiado intenso y arrollador. Ainize había sentido que se lanzaba desde un barco a una corriente de agua que la arrastraba con fuerza hacia las rocas puntiagudas de un acantilado. Tenía la sensación de estar a punto de chocar y de que, de

alguna forma, el mundo tal y como lo conocía se extinguiría en el mismo acto.

De pronto, las repentinas carcajadas de la joven se transformaron en llanto. Ainize pensó que su estabilidad emocional era exactamente igual que una montaña rusa y no pudo evitar sentirse débil. Haritz acarició su rostro con ternura, en silencio.

—Todo va a salir bien, Ainize... Ya lo verás —prometió.

Aquellas palabras eran justo lo que necesitaba escuchar.

En lugar de responder, se acercó para besarle con fuerza. Deslizó la mano detrás de su nuca para atraerle hacia ella. Sus lenguas comenzaron un baile de pasión mientras sus manos se arrancaban la ropa con cierta impaciencia. Chubasqueros, jerséis, camisetas. Las prendas iban cayendo una a una al suelo del cobertizo, ese que durante meses parecía haber estado totalmente olvidado. Ainize se fijó en que la piel morena del joven se había quedado pálida y amoratada por el frío, aunque no tardaría demasiado en volver a entrar en calor. Recorrió su torso con la palma de las manos, disfrutando de cada centímetro. Los besos de Haritz se intensificaron justo antes de que su lengua descendiera con placidez por el cuello de la chica. Ainize se quedó inmóvil, disfrutando de cada caricia. Sintió la humedad de su boca recorriendo sus pechos, mordiendo sus pezones. Se olvidó del frío, de la lluvia y de la vendimia. Se olvidó de Pierre y de Haize Hegoa. Se olvidó del mundo y se concentró en cómo Haritz continuaba descendiendo poco a poco por su vientre, besándola. Lamiéndola. Se entretuvo en su ombligo y continuó bajando hasta su sexo. Ainize lo sintió entre sus piernas y se rindió al placer, permitiéndose desaparecer. No le importó que, más allá de aquel cobertizo, pudieran escucharse sus gemidos. Sabía que la tormenta era capaz de eclipsarlos con los estruendos que liberaba.

Cerró los ojos y se dejó llevar.

Las caricias de Haritz aumentaron de ritmo y ella tuvo la necesidad de más. De sentirle, de que ambos se transformasen en uno. Le sujetó por los hombros y le lanzó una mirada suplicante repleta de desesperación. Él le apretó las nalgas, aupándola antes de hundirse en ella. Ainize lo rodeó con las piernas y se restregó contra aquel cuerpo en busca de más placer, más intensidad y más calor. El frío se transformó en fuego, fuego que Haritz desprendía en su mirada. Sus cuerpos, antes temblorosos y amoratados, se habían impregnado de

sudor y ardían de ganas y deseo. Clavó las uñas en sus hombros, sujetándose con fuerza mientras descendía y ascendía, más fuerte, más intensamente. Él, que la tenía sujeta por las nalgas, se movía con desesperación en busca de más. Eran dos animales salvajes que buscaban su placer, alejarse del mundo y... reencontrarse con ellos mismos y con los que habían sido en el pasado.

Ainize sintió cómo el orgasmo le sacudía el cuerpo y, pocos segundos después, la intensidad con la que él la apretaba contra su cuerpo le indicó que también estaba a punto de llegar. Estallaron en el éxtasis, oprimiéndose con tanta rudeza que parecía que estuvieran intentando fusionarse.

Se quedaron de esa forma varios minutos, hasta que la fuerza del chico comenzó a menguar. Ainize descendió y pisó suelo firme. Sintió sus piernas agarrotadas y una oleada de frío que le provocó un escalofrío en la espalda. Se abrazó para intentar protegerse sin mucho éxito de la corriente de aire que recorría el cobertizo.

—¿Te acuerdas de aquel verano con la liana y la cabaña del árbol? —preguntó Haritz.

El joven tomó asiento sobre un baúl que estaba cubierto de mantas antiguas y empolvadas. A diferencia de ella, él no parecía sentir ni un atisbo de frío después del esfuerzo que había realizado.

—Me acuerdo de la cara que se te quedó cuando me viste aparecer con un martillo y clavos junto al arroyo —se rio Ainize, y caminó hacia él.

Se sentó sobre su regazo y permitió que la abrazase contra su cálido y sudoroso cuerpo. Haritz emanaba el mismo calor que una estufa.

Dejó caer sus párpados para rememorar aquel verano. Por alguna razón incomprensible, los mejores recuerdos de su infancia transcurrían en aquella limitada época en la que el sol brillaba en el cielo y el temporal los dejaba respirar y disfrutar del entorno. Pero aquel verano en concreto lo recordaba con más cariño de lo normal.

Fue el verano en que Haritz le confesó, por primera vez, que la quería. Eran dos preadolescentes de doce años que se creían con la razón y el conocimiento suficiente como para entender el mundo. Por aquel entonces, ella pensaba que el amor era algo eterno que sobrevivía al paso de los años y que él siempre estaría ahí, a su lado. Podría decirse que, a sus doce, la chica aún no había perdido su

inocencia ni sus ganas.

Ainize evocó en su mente una noche de septiembre en concreto. Recordaba la época con tanta exactitud porque el pueblo había engalanado sus calles para recrear un antiguo mercado medieval de trueques. Aquel afán por retroceder en el tiempo cinco siglos se realizaba cada año en honor de la cosecha y de la patrona del municipio, Nuestra Señora de la Encina. Artziniega cerraba aquellas fechas señaladas con un castillo de fuegos artificiales que los pirotécnicos lanzaban desde lo más alto de las montañas de Aiara.

Ainize y Haritz estaban en aquella pequeña cabaña que se caía a pedazos, que consistía en poco más que cuatro tablas mal clavadas a un árbol. La habían construido juntos, y por esa misma razón el lugar tenía una magia especial para ellos a pesar de su deplorable apariencia.

Se suponía que, a esas tardías horas de la noche, ambos debían de estar ocupando sus camas. Ainize se había escapado de Haize Hegoa sin ser vista, escabulléndose entre las viñas para reencontrarse con Haritz.

—Si Gorka se entera de que me he marchado... —murmuró con cierta preocupación.

Hasta la llegada de Haritz, los dos hermanos habían sido uña y carne. Habían compartido el cien por cien de su tiempo correteando por aquellas colinas e inventándose juegos de dragones y mazmorras. Pero a Ainize ya no le interesaban aquellas niñerías, ya era mayor y pensaba en otras cosas. Prefería estar con Haritz que con su hermano, por supuesto.

—No se dará cuenta —aseguró él, acariciando el interior de su brazo con ternura—. Han dicho que este año los fuegos eran de una empresa alemana —dijo, cambiando de tema—. Deben de ser los mejores pirotécnicos que hay en el mundo.

—Qué bien... —respondió ella.

Si debía ser sincera, los fuegos artificiales no le interesaban lo más mínimo.

Levantó la vista hacia el firmamento. El cielo se había cubierto de colores dorados y blancos que reventaban bajo las nubes de Artziniega.

—¿Sabes qué, Ainize?

Desvió la mirada hacia él. Haritz la observaba con tanta fijeza

que parecía estar intentando meterse en su mente.

—¿Qué?

—Que te quiero —soltó, pillando a la chica desprevenida con aquella confesión.

Ainize sintió que algo se le removía dentro y que se quedaba sin palabras. Intentó responderle, pero solo consiguió tartamudear algo sin sentido. Nunca nadie le había dicho que la quería, jamás. Ni su padre, ni su hermano, ni Elsa. Era la primera vez que alguien pronunciaba aquellas dos palabras juntas pensando en ella: te quiero. Volvió a abrir la boca para responder, pero no fue capaz de pronunciar nada más que un leve bisbiseo carente de sentido.

—¿Eso significa que también me quieres? —preguntó él, riéndose.

Estaban viviendo aquella maravillosa época en la que se sentían adultos sin llegar a serlo.

—Eso significa que siempre estaré contigo —prometió Ainize, recuperando el habla.

E incluso ella fue consciente de la magnitud de aquella promesa y de lo difícil que sería cumplirla. En aquel instante, Haritz era su mundo entero, esa vía de escape que la ayudaba a olvidar Haize Hegoa y la soledad de los viñedos y de la colina.

Otro trueno la alejó de sus recuerdos y la obligó a regresar al mundo real. Estaban en otoño, en época de vendimia, y tenían bajo sus pies cuatro cestos repletos de uva *hondarribi zuri*. Necesitaba centrarse y dejarse de absurdos romanticismos, porque si algo le había demostrado la vida era que el amor no movía montañas, ni muros, ni absolutamente nada. El amor solo servía para aletargar los sentidos y nublar el juicio de aquellos ilusos que lo padecían.

—Tendré que comprobar que la despalilladora y los depósitos funcionan correctamente —anunció en voz alta, alejándose de aquellas noches de verano y despejando su mente—. ¿Me ayudas?

Caminó, desnuda y descalza, hasta el fondo del cobertizo.

Haritz no pudo evitar clavar la mirada en la espalda de la joven y en aquellos pronunciados hoyuelos que marcaban el final de su espalda y el inicio de su trasero. La piel de la chica se había transformado, al igual que su carácter. Ainize ya no era esa niña inocente a la que golpeó en la cabeza, sino una mujer con garra dispuesta a no amedrentarse ante cualquier inclemencia. Ninguno de

los dos eran los mismos que antaño, aunque no podía evitar preguntarse si quedaba algo del amor que llegaron a profesarse en su juventud.

—¿Crees que funcionarán?

La chica se encogió de hombros antes de tirar de los toldos que cubrían la maquinaría. Se sorprendió al encontrarla tan limpia y reluciente como recordaba en su infancia, sin un solo rasguño externo que pudiera indicar lo contrario.

Al parecer, su *aita* no se había molestado en darles demasiado uso.

18

Apretó las rodillas contra su pecho, envolviéndose a sí misma en un abrazo mientras mantenía la mirada clavada en el tablero de ajedrez. Se había quedado trabada y no sabía cómo continuar, porque los caballos y las torres de las fichas negras comenzaban a asfixiar sus movimientos, a ahogarla.

—¿De verdad le encuentras sentido a jugar contra ti misma? —preguntó Haritz, sentándose a su lado.

—No estoy jugando sola —murmuró en voz baja, concentrada en la partida y evitando dar más explicaciones de las necesarias.

—¿Entonces?

Las negras acababan de avanzar con un peón y ella comenzaba a quedarse sin fichas, la estaba acorralando y ganar la partida parecía imposible. Respiró hondo, nerviosa. No podía perder y necesitaba ganar tiempo, pensar...

—Él está moviendo las fichas negras —explicó.

Decirlo en voz alta la hacía comprender lo disparatado que parecía aquello. Que el intruso se estuviera colando en la casa para jugar con ella una partida al ajedrez parecía una locura.

—¿Él?

Ainize levantó la mirada hacia Haritz.

—Creo que me quiere volver loca... No sé por qué, pero quiere que pierda la cabeza.

Hizo una pausa, dejando la partida de lado para recapitular los sucesos que habían tenido lugar desde su llegada a Haize Hegoa.

—Empezó moviendo las fichas negras de mi tablero, colándose en la casa, merodeando por el viñedo y... espiándome mientras duermo. Recordándome que no estoy sola y que me tiene vigilada.

Él la observaba boquiabierto, sin comprender por qué alguien podría estar haciendo algo semejante.

—Quiere hacerme creer que tengo la locura de los Agirregoitia —continuó ella, pensativa—. Quiere echarme de Haize Hegoa, pero no

entiendo por qué.

—¿Quién quiere echarte de aquí?

Se encogió de hombros, confusa.

—No lo sé. No entiendo nada...

Pensar en ello hacía que la migraña resurgiera y que el malestar y la ansiedad aumentasen de forma exponencial. Cerró los ojos unos instantes, calmándose.

—Elsa ha llamado dos veces para comprobar si estás bien —contó Haritz, dejando el tema de lado al ser consciente del desasosiego que le causaba—, y ha preguntado si necesitabas ayuda.

—Mañana la llamo. Es increíble que treinta años después siga ejerciendo de madre y siendo la única persona dispuesta a cuidarnos.

—Siempre ha sido maravillosa, sí.

Ambos se quedaron mirando la partida, nerviosos. Estaba claro que las fichas blancas jugaban en desventaja, y danzaban por el tablero con la única intención de protegerse. Ainize se masajeó las sienes. Era un tic involuntario que llevaba a cabo cuando le dolía la cabeza o cuando los pensamientos le borboteaban con demasiada intensidad. Tenía que cambiar de estrategia, jugar con intenciones.

Percibió que Haritz se levantaba de su lado. Un par de minutos más tarde, regresaba al sofá con un par de copas de vino y una botella de chacolí.

—Creo que es un vino de la casa —señaló.

Desvió la mirada y la atención hacia la botella y comprobó que estaba embotellada de forma casera y sin etiqueta. Podía ser de su padre o de cualquiera de los viticultores de la zona. Fuera como fuese, Ainize nunca le decía que no a un chacolí, a pesar de que durante su estancia en Francia solo hubiera consumido vinos tintos.

Esos años comenzaban a parecerle muy, muy lejanos.

Artziniega la había absorbido de tal forma que tenía la sensación de llevar allí mucho tiempo. Le dio un sorbo al vino y apoyó la espalda contra el respaldo del sofá. Faltaba poco para recibir el mate y no sabía cómo evitarlo. Él la tenía acorralada, había ido dejándola sin defensas, acabando con todas las murallas que había levantado alrededor de su rey. Tenía que dejar de lado el juego defensivo y pensar en una estrategia, al igual que había hecho en la vida real.

—¿Qué tienes planeado, Ainize? ¿Qué piensas hacer con todo esto?

Se sorprendió al escuchar esas preguntas. Tuvo la sensación de que el chico era capaz de leerle los pensamientos, aunque sabía que en realidad todo radicaba en que la conocía muy muy bien.

—No tengo ni idea —respondió ella—. Lo primero de todo, librar la herencia de las deudas y evitar el embargo. Después..., negociar con Gorka. Me gustaría vender mi parte de Haize Hegoa y los terrenos y olvidarme de todo esto.

—Hay otra opción más enriquecedora.

—Quiero vivir en paz, Haritz —aseguró ella, cortándole. Podía intuir perfectamente lo que estaba a punto de decir—, y Artziniega no me trae paz.

Él suspiró.

Escucharla decir aquello anunciaba una despedida para la que no estaba aún preparado.

—Podrías dirigir una pequeña producción de vinos desde Francia y venir aquí un par de veces al año. Sería una forma de obtener unos ingresos extras y...

Lo silenció con un beso dulce, rozando la punta de su nariz con la suya. Haritz empezaba a causar ese efecto balsámico en ella. Tenía la impresión de que aquel lugar la envenenaba lentamente y de que podía encontrar en el chico ese antídoto que necesitaba para mantenerse cuerda. Como en su adolescencia.

En el fondo sabía que Haritz tenía razón: mantener Haize Hegoa y aquellos terrenos familiares podría repercutir positivamente en su situación económica. Contaba con que sus obras empezaran a venderse bien, pero también sabía que París estaba repleto de artistas que intentaban hacerse un hueco y sacar la cabeza entre todos los demás. Era difícil, y vivir de Pierre, abusivo. El francés le había propuesto que se encargara de la recepción y de las redes sociales de la galería, pero aquella opción no terminaba de convencerla.

El salón del caserón parpadeó varias veces, iluminado por un relámpago que centelleaba entre las nubes de tormenta. Ainize siempre había sentido repulsión por aquel mal tiempo, pero, poco a poco, empezaba a encontrar cierta belleza entre aquella tempestad que sacudía constantemente el valle. Sabía que, sin aquellas lluvias, el verde que rodeaba Haize Hegoa tampoco sería posible.

Se levantó del sofá con la copa en la mano y se acercó al ventanal del salón. Contempló la oscuridad que se cernía sobre la colina

mientras se imaginaba la vida que llevó su padre durante todos aquellos años en Haize Hegoa. Tan solo, tan triste, tan aislado. Sintió lástima por él y experimentó esa pequeña culpabilidad que durante los últimos días la atosigaba. A pesar de lo mucho que odiaba aquello, sabía que podría haberse dignado a telefonear de vez en cuando.

Haritz caminó tras ella y la abrazó por la espalda. Retiró su cabello castaño hacia un lado y la besó en el cuello con suavidad.

—Da miedo, ¿verdad?

—¿El qué?

—La oscuridad y la tormenta —respondió él.

—A mí me parecen una combinación perfecta.

Ainize se giró hacia el chico para devolverle el beso en los labios y él la apretó contra su cuerpo.

—Elsa me ha dicho que tenemos unas viñas de uva roja al fondo del terreno —explicó ella—. Vamos a hacer ese rosado que sugeriste, algo que no esté explotado aún. Algo poco visto.

Él empezó a reírse.

—Te dije que encajaba contigo, por ser tan diferente al resto, tan innovadora.

—Imagino que por eso Artziniega se me quedó pequeño.

Haritz estuvo de acuerdo.

Sabía que Ainize necesitaba mucho más de lo que aquel pueblito medieval podía darle. Lo que le dolía no era que se le hubiera quedado pequeño, sino que él no hubiera sido lo bastante importante para ella como para magnificar aquel lugar solo con su presencia.

Volvió a besarla, acallando todas esas voces que le recordaban que Ainize volvería a marcharse y que, una vez más, desaparecería de su vida.

«Ojalá nunca te hubieras marchado», pensó, pero no fue capaz de decirlo en voz alta.

19

Observó cómo la hoja seca, puntiaguda y marrón de un abeto recorría el caudal río abajo, zigzagueando para esquivar los salientes rocosos que flanqueaban el recorrido del agua.

Paseó por el sendero contiguo, contemplando su trayectoria y sumida en sus propios pensamientos. Estaba pensando en sus obras y en la buena acogida que tendría la exposición en la galería de Pierre. Se lamentaba de no poder estar allí para disfrutarlo cuando se dio cuenta de que había llegado a un pequeño lago desconocido.

Frunció el ceño e intentó rescatar aquel lugar entre los recuerdos de su infancia. Pero no lo ubicaba. Ella, que siempre se había jactado de conocer aquel valle como la palma de su mano, había terminado perdiéndose en sus bosques.

El lago reflejaba los destellos del sol y creaba un intenso titilar en su superficie. Ainize se acomodó bajo la protección de una encina que dotaba de sombra al terreno. Apoyó la espalda contra su tronco y se permitió olvidar el estrés de los últimos días escuchando el canto de unos juguetones petirrojos que danzaban por encima de su cabeza.

¿Echaba de menos a Pierre? ¿De verdad era feliz en Francia?

Empezaba a dudar de todo aquello que, hasta la fecha, había tenido claro. Durante su estancia en París había vivido un periodo de adormecimiento extraño del que las lluvias vascas la habían arrancado. Demasiada paz. Demasiada calma. ¿O quizás estaba boicoteándose con aquellas ideas absurdas?

Suspiró con desgana y contempló las agujas marrones que flotaban sin rumbo por la superficie del lago. Se levantó del suelo, se quitó las sandalias y caminó hasta la orilla. Hundió su pie hasta el tobillo, corroborando la profundidad de aquellas aguas cristalinas. Estaba fría, pero no le importó. Metió el otro pie y caminó un par de pasos mientras se remangaba la falda por las rodillas. El canto de los petirrojos resonaba con tanta fuerza a su alrededor que tenía la sensación de estar perturbando la paz de los animalillos de la

montaña. Deslizó un dedo por la superficie y creó una serie de ondas simétricas que se ampliaron con rapidez. Estaba a punto de volverse hacia la orilla cuando notó la presencia de alguien a su espalda.

Se giró con rapidez, asustada, pero no tuvo tiempo suficiente para verle el rostro. Sintió el tirón de pelo y las punzadas de dolor que se clavaron en sus hombros mientras la hundía bajo el agua. De forma instintiva, intentó coger una última bocana de aire y gritar. Gritar con todas sus ganas, con toda la fuerza de sus pulmones. Pero antes de que pudiera darse cuenta, él ya la había hundido hasta el fondo. Pataleaba intentando escapar, como un pez atrapado en una red. Intentó zafarse de las manos que la sujetaban, pero no podía. Él era más fuerte, más corpulento, y estaba en una posición más ventajosa. Sus pulmones se iban quedando sin oxígeno y suplicaban aire. Tragó agua y comenzó a balbucear y a toser. Volvió a tragar agua una vez más y fue capaz de percibir cómo sus pulmones se encharcaban. Experimentó una quemazón en el pecho y como un llanto que la abrasaba por dentro. De pronto, sus fuerzas comenzaron a extinguirse y una extraña calma invadió su cuerpo. Ainize sabía perfectamente que aquella repentina calma era el proceso previo a la muerte, a su ahogamiento. Su cuerpo se había rendido, había dejado de luchar. Su visión comenzó a emborronarse, lenta, muy lentamente...

—¡Ainize! —exclamó Haritz, sacudiéndola—. ¡Es una pesadilla, despierta!

Abrió los ojos sobresaltada y lo primero que hizo fue coger una fuerte y profunda bocanada de aire. Llevaba varios segundos conteniendo la respiración, quizás un minuto. Empezó a toser por los nervios mientras sus ojos se empañaban de inmediato. Estaba en Haize Hegoa, en su antigua habitación. Haritz estaba a su lado y la estrechaba con fuerza contra su pecho. Ella se mantuvo en silencio unos instantes, esforzándose por recuperar la calma perdida mientras escuchaba el retumbar de los latidos del corazón del chico.

—¿Estás bien?

—Estoy bien, tranquilo. Solo ha sido una pesadilla.

—Sí, una pesadilla.

Tardó unos minutos, pero terminó recuperando el control de sus temblorosas extremidades y se levantó de la cama con normalidad.

Habían dormido, tal y como empezaba a acostumbrar, con las persianas y las cortinas abiertas. El cielo continuaba encapotado y las

campas estaba húmedas por las últimas lluvias de la madrugada, pero en aquel instante no llovía.

Se acercó a su maleta para coger algo de ropa y vestirse. Aún no había conseguido deshacerse por completo de la mala sensación que le había provocado la pesadilla. Tenía el presentimiento de que, tarde o temprano, aquel hombre volvería a dar con ella para terminar lo que había empezado.

Haritz había bajado a la cocina y el olor a café inundaba el caserón. Descendió las escaleras con cuidado al comprobar que la antigua barandilla cada vez se balanceaba más peligrosamente. Se dijo que, si decidía quedarse en Haize Hegoa, aunque fuera a temporadas, tendría que arreglarla. La barandilla, la lámpara y todos aquellos desperfectos que el paso del tiempo y el uso habían ido causando en el caserón.

Antes de dirigirse a la cocina, pasó por el salón. El tablero seguía exactamente igual que el día anterior. Era su turno de mover ficha, pero continuaba sin saber muy bien por qué movimiento optar. Empezaba a pensar que no podría librarse de la encerrona y que dentro de poco estaría ahogada, sin piezas que poder desplazar en contra de las negras.

Los dos caballos del contrincante amenazaban a su rey, que por ahora continuaba protegido por un peón y una torre. Ainize podía intuir las próximas dos jugadas y sabía que aquella protección terminaría desapareciendo más pronto que tarde.

No tenía opciones y tampoco tenía mucho margen de maniobra ni demasiadas piezas. Contempló la fila de fichas blancas que se amontonaban a un lado del tablero y la escasa hilera de negras que se vislumbraba al otro lado. Iba perdiendo, por supuesto. Y lo que más rabia le daba era que las negras estaban consiguiendo lo que pretendían: desarrollar su estrategia sin sobresaltos. Por muchas vueltas que le daba, Ainize no acababa de desenmascarar las intenciones de aquel avance, de aquellos movimientos tan extraños como efectivos.

Alguien golpeó la puerta, distrayéndola.

Sacudió la cabeza de lado a lado, como para eliminar aquellas preocupaciones de su mente, y se encaminó a abrir. Imaginó que podía tratarse de Elsa, o de Gorka. Pero no contaba con que fueran... todos.

—¿Qué hacéis...?

Ainize tanteó la mirada entre su hermano y la desconocida que se encontraba junto a él. Era morena, con el cabello ondulado y el rostro pecoso. No necesitó pensar demasiado para entender que se trataba de la pareja de Gorka. Tenía unas facciones redondeadas y el rostro rellenito, sin arrugas. Ainize calculó que debían de ser más o menos de la misma altura y pensó que hacían buena pareja. Detrás de ambos estaba Elsa.

—Hermana, te presento a Lucía. Lucía, te presento a mi hermana, Ainize.

Desvió la mirada hacia su vientre y comprobó que, en efecto, no había rastro de que albergase una vida. Tenía una constitución fuerte y se la veía bastante deportista.

Lucía, a la que Ainize calculó no más de treinta y cinco años, dio un paso al frente para estrecharle la mano. Ainize se encogió de hombros antes de abrazarla, consciente de que esa mujer era un nuevo miembro de la familia. Elsa sonreía en silencio, alegrándose de que por fin todos volvieran a reunirse en paz y en Haize Hegoa.

—¿Qué diablos hacéis aquí? —preguntó, sorprendida, la más pequeña de los Agirregoitia.

—Nos han contado que es época de vendimia, así que hemos venido a colaborar.

Ainize titubeó.

—¿Y el trabajo? ¿No tienes que ir a la fábrica?

Gorka sacudió de lado a lado la cabeza.

—He pedido un día libre por asuntos personales, igual que Lucía —explicó fugazmente—. Aún no sé cómo nos las apañaremos para que no tengas que encargarte tú sola de ese vino de autor, pero he pensado que podríamos ir solucionando problemas sobre la marcha. Poco a poco.

—Suena bien —contestó, feliz por aquel encuentro.

Se hizo a un lado para dejarlos pasar al interior de la casa. La mueca de sorpresa de Lucía delataba que debía de ser la primera vez que pisaba el antiguo caserón. Le sorprendió que durante todos aquellos años Gorka jamás la hubiera llevado a Haize Hegoa. Vivían cerca, a menos de una hora de viaje en coche.

Haritz apareció unos segundos más tarde, alertado por el barullo que procedía del vestíbulo de la casa.

—¿Qué...?

—Haritz —saludó Gorka—, te presento a Lucía.

Él, que venía de preparar el desayuno en la cocina, se frotó las manos en los pantalones vaqueros antes de acercarse a la recién llegada. Dos besos después, y con las presentaciones ya formalizadas, todos se sentaron a la mesa del comedor mientras Elsa preparaba unos huevos revueltos y Haritz servía el café.

Ainize tanteó la mirada de todos los ocupantes de la mesa y sintió algo que muy pocas veces había experimentado. Sintió que estaba en familia, en casa. Respiró profundamente mientras recordaba cómo eran las Navidades en Haize Hegoa. Elsa, que por aquel entonces aún tenía a sus dos hermanas en Artziniega, pasaba los festivos con su familia, dejándolos a solas con su *aita*. Antes de marcharse al pueblo, solía dejarles comida de sobra preparada y la mesa del comedor puesta para la ocasión. Gorka y Ainize se sentaban a las ocho en punto a cenar, ya fuera Nochebuena, Nochevieja, o un miércoles cualquiera. Ramón, en aquellas ocasiones, presidía la mesa mientras todos ingerían los alimentos sumidos en un sepulcral silencio. Un silencio que ninguno de los dos hermanos se atrevía a romper. Ambos sabían que su padre siempre había sido un hombre de pocas palabras y ninguno de los dos se esforzaba por modificar ese hecho. Con el paso de los años, se habían ido acostumbrando a tenerse el uno al otro y, sobre todo, a valerse por sí mismos.

Gorka, que se había levantado de forma precipitada para coger una bandeja que Elsa le tendía, derramó su taza de café sobre el mantel y distrajo a Ainize de sus pensamientos. Lucía se apresuró a secar la mancha con un trapo sucio mientras Haritz les contaba que, tras un breve vistazo al viñedo el día anterior, había podido comprobar que las vides estaban en mejores condiciones de lo imaginado a simple vista. Lucía se reía, explicándoles que ella no tenía ni idea de viñedos, ni de vides, ni de vinos.

Ainize volvió a desconectar de la conversación para regresar a París. Allí su familia era Pierre. Aquel francés de mirada triste y sueños intensos había sido el encargado de hacerle sentirse completa. Las Navidades con él eran de dos, cenando a solas con una vela en la mesa. Pero aquellas fechas señaladas en el calendario habían estado repletas de risas, besos, caricias y amor. Mucho amor. Tenía que regresar junto a aquella persona con la que había compartido los

últimos diez años de su vida.

—¿Y cómo va el embarazo? —preguntó Elsa, sin poder contenerse—. ¿Ya se empieza a dejar notar la criatura?

Lucía negó con timidez.

—Aún no la siento —explicó, consciente de que todos escuchaban atentos su respuesta—. Pero va muy bien, el médico dice que el bebé viene grande... Imagino que eso es bueno —señaló con una sonrisa, encogiéndose de hombros—. No tengo náuseas, ni cansancio... Estoy bien. Va todo bien.

Ainize escuchó con atención mientras se imaginaba ese pequeño y diminuto ser que dentro de pocos meses ocuparía un lugar en el regazo de aquella mujer. Un ser que llevaría sus genes, su sangre. Un pequeño bebé que le otorgaría un nuevo título: el de ser tía.

—Me muero de ganas por conocerla —soltó Elsa, radiante de felicidad.

—Aún no sabemos si será una niña...

Antes de que Lucía pudiera añadir nada más, la mujer se apresuró a sujetar su mano derecha por la muñeca y a girarla para ver su palma.

—Una niña —aseguró—. Va a ser una niña. No hay ninguna duda.

Gorka soltó una risotada antes de terminarse el café de un trago.

—No sé para qué vamos a esas absurdas revisiones teniéndola a ella —bromeó Gorka, señalando a la mujer que los había cuidado desde que eran unos niños—. Si Nani dice que será una niña, no hay nada más que hablar.

Haritz rodeó la mesa hasta colocarse tras Ainize y, en un gesto cariñoso, apretó sus hombros para recordarle que no estaba sola.

Unos minutos más tarde abandonaban todos juntos Haize Hegoa para perderse en el espesor del viñedo. Ainize se fijó en Elsa, que ya estaba mayor y se movía con torpeza. Sopesó la idea de suplicarle que se quedara en casa, pero sabía que se tomaría la petición como una ofensa y que solo serviría para provocar una absurda discusión. Decidieron distribuirse por los terrenos para abarcar así la mayor superficie posible. Ainize ascendió colina arriba seguida por Haritz, que parecía dispuesto a aprovechar hasta el último de los segundos a su lado.

Repasó con los dedos las uvas rojas de chacolí, las *hondarribi*

beltza. Ainize se había informado y sabía que, para que fuera denominado rosado, tendría que poseer más de un cincuenta por ciento de esa variedad de uva en su elaboración. Echó un vistazo rápido a las viñas que tenía enfrente, y comprendió que, aun utilizando cada racimo de uva en su totalidad, la cantidad de *hondarribi beltza* que tenían no llegaría ni un veinte por ciento del cuerpo de su chacolí.

—Lo bueno de un vino de autor es que no cumple unos estándares —le recordó Haritz antes de besarla con suavidad en la nuca—. Va a ser tu creación, única e irrepetible. Al igual que tus pinturas... Este chacolí será una más de tus obras.

Ainize sonrió.

Por supuesto, el chico tenía razón. Aquel chacolí no precisaba de una fórmula exacta, sino de una fórmula única. Algo que lo transformase en un vino completamente diferente a todos los que los jurados de la Asociación habían probado hasta el momento.

Se agachó junto a una vid y comenzó con la poda de los racimos. Sobre ellos, el cielo continuaba encapotado, aunque la lluvia parecía estar dispuesta a concederles una tregua. La tierra había comenzado a secarse, facilitando la tarea a los Agirregoitia. Ainize pensó en su abuelo, y en su bisabuela. ¿Hacía cuántos años que nadie vendimiaba aquellos terrenos a mano? Sabía que, mucho tiempo atrás, hombres y mujeres de su familia habían dedicado días y noches a plantar las viñas y a recoger las uvas.

Recordó un relato en concreto, uno que había pasado de generación en generación junto a la maldición de la locura familiar. Su bisabuela, que siempre había encontrado su pasión labrando aquellas tierras que rodeaban el caserón, se había despertado al alba para comenzar con la vendimia de aquellos primeros días de otoño. No era nada fuera de lo común ni poco habitual, porque cualquiera que la conociera sabía que María Julia Agirregoitia era una de las mujeres más trabajadoras de todo el valle de Aiara. Fue su hijo, el abuelo de Ainize, el que vio algo extraño cuando se despertó unas horas más tarde. Se asomó por la ventana, tal y como hacía cada mañana al despertar, y encontró a su madre vestida con el traje celeste que siempre se ponía para las ocasiones especiales. Estaba quieta en medio del viñedo, y aunque desde la ventana del cuarto del pequeño no podía apreciarse, llevaba encima sus joyas más preciadas. El niño

salió corriendo en busca de la mujer que, en silencio, se mantenía firme y erguida entre las viñas, en silencio.

—Por fin te has despertado, pequeño —murmuró.

El niño se fijó en sus zapatos. Llevaba los de tacón blancos, esos que se ponía en Nochebuena y que jamás se hubiera calzado para pisar las embarradas tierras de los viñedos. Sujetó al pequeño de la mano y comenzó a caminar entre las vides serpenteantes. «¿A dónde vamos, *ama*?», preguntaba el niño una y otra vez, sin obtener respuesta. Estaban llegando a los acantilados cuando ella respondió que «por fin se reencontraría con todos». El pequeño la miró a los ojos y comprendió que algo no iba bien. Esa extraña sensación de malestar con la que había amanecido se intensificó en el niño, que comenzó a recular mientras su madre tiraba de él.

—No quiero ir.

—Tienes que venir —decía—. Nos vamos a reencontrar con todos.

Consiguió zafarse de ella justo en el preciso instante en el que la mujer alcanzó el acantilado. Se giró hacia su hijo y, sonriendo, se despidió con un silencioso y tierno gesto.

—Nos veremos pronto, *maitia* —murmuró antes de saltar al vacío.

Ainize se había criado con aquellas historias. Con la locura de su bisabuela y del resto de los Agirregoitia. La lista de trágicos sucesos que rodeaban a su familia y a aquellas tierras aumentaba en cada generación, y sintió lástima de que, dentro de aquellos relatos familiares, fuera a incluirse la muerte de su padre. Pensó en su madre y suspiró hondo al ser consciente de que había sido la única en escapar a tiempo. En huir antes de que la locura la atrapara.

Se prometió que enterraría todos aquellos relatos en lo más profundo de su memoria y que, si alguna vez tenía descendencia, jamás se los transmitiría.

Estaba convencida de que pensar en la locura terminaba enloqueciéndote. O, al menos, eso sentía ella y eso era precisamente lo que siempre había dicho su madre. Aquellos días en Haize Hegoa le habían hecho replantearse muchas cosas, entre ellas lo que era real y lo que no. Intentaba discernir la realidad de lo que su mente proyectaba, de todo aquello que su imaginación iba creando.

Pensó en la partida de ajedrez y sintió cómo un escalofrío la recorría de pies a cabeza. Sabía que, en un movimiento o dos, todo

terminaría. Estaba a punto de perder y no tenía escapatoria posible, aunque sí la opción de rendirse. De guardar el tablero, derribar las piezas que seguían en pie y concluir aquel juego que la estaba empezando a arrastrar a la demencia.

Llevaban más de tres horas vendimiando cuando el sol comenzó a filtrarse entre los nubarrones negros, reclamando protagonismo. Ainize lanzó las tijeras de poda a un lado y se sentó en la tierra, que había perdido su viscosidad habitual y empezaba a secarse. Miró al frente y se sintió una entrometida al encontrarse con Gorka y Lucía besándose entre las vides. Ella se reía a carcajadas mientras él fingía morderla en el cuello, también entre risas. Parecían felices. Gorka aparentaba ser realmente feliz. Hinchó el pecho, cogiendo aire y alegrándose por él. De forma inconsciente, pensó que no necesitaba conocer en profundidad a Lucía para quererla. Podía sonar extraño, pero ya la sentía de la familia. Después de tantos años de soledad en aquella colina, Gorka por fin había encontrado su lugar y su familia, y Ainize solamente necesitaba eso para sentirse dichosa por él.

Se tumbó en la tierra mientras el sonido de aquellas carcajadas resonaba de fondo. Sintió los rayos de sol calentando su rostro y bajó la cremallera del chubasquero lentamente para que el resto de su cuerpo también pudiera recibir aquel extra de vitamina D que tanto se echaba de menos en el valle de Aiara. Hundió sus dedos en la tierra. Aunque la capa más superficial se había secado, continuaba estando húmeda y viscosa. Disfrutó de esa sensación, la de sentir que estaba conectada con la naturaleza. Mientras yacía allí tumbada, ajena a cualquier problema que pudiera cernirse sobre su vida, pensó en aquellas uvas y volvió a percibir la increíble fuerza que tenían aquellas plantas. La capacidad de crecer en aquel clima, de sobrevivir a las tempestades y de dar sus frutos a pesar del caos que las aprisionaba en esa colina le resultaba tan maravilloso como escalofriante. Tenían una fuerza que, sin duda, ella jamás poseería.

Sintió que algo la rozaba y abrió los ojos en esa dirección. Sonrió. Haritz se había quitado el jersey y la camiseta y, semidesnudo, yacía a su lado. El chico estiró el brazo y entrelazó sus dedos con los de la joven.

—¿Qué hicimos mal, Ainize? —preguntó en voz alta—. ¿En qué nos equivocamos?

Ella se encogió de hombros, pensativa.

No tenía una respuesta para aquella inquietud.

—No hicimos nada mal —respondió sin mucha convicción—. Éramos demasiado niños, demasiado jóvenes. Creo que ninguno de los dos tenía muy claro lo que quería... Ninguno era capaz de ver con claridad su futuro.

—Yo sí —respondió Haritz con sinceridad, sin titubear—. Siempre fui consciente de que mi futuro estaba aquí, contigo. O mejor dicho..., de que mi futuro eras tú.

Ainize tragó saliva mientras él apretaba con fuerza su mano. Sintió que una lágrima se deslizaba por su rostro, pero no se molestó en ocultarla. ¿Por qué había abandonado a Haritz si él lo había sido todo para ella? ¿Por qué había dejado atrás a aquel chico que había logrado captar su atención lanzándole una piedra a la cabeza?

En el fondo lo sabía, por supuesto. Conocía de sobra la respuesta, aunque se había molestado en ocultársela incluso a sí misma. Evitaba ser sincera consigo porque admitirlo significaba reconocer que era débil. Que había huido.

Podía haberse quedado en Artziniega o podía, incluso, haber esperado unos años a que Haritz se marchase de aquel valle con ella. Pero no. Ainize había hecho la maleta y se había escapado de la tierra húmeda y de las tormentas esperando, de esa forma, huir de aquella maldita locura que parecía pisarle los talones. Había hecho exactamente lo mismo que su madre. Cada día, cada mes, cada año en aquella casa y en aquel lugar le recordaba que era una Agirregoitia.

Sintió otra lágrima en el rostro y ese nudo que le apretaba la garganta impidiéndole tragar saliva. No necesitaba esforzarse mucho en volver atrás para recordar a esa adolescente que se pasaba las noches en vela contemplando la roída lámpara de bronce de su habitación mientras se preguntaba por la forma en la que abandonaría el mundo. Pensaba en cada uno de los Agirregoitia que yacían en el cementerio familiar y en las fechas de sus respectivas lápidas. ¿Cuál sería su fecha? ¿Dónde la enterrarían? ¿Cómo se quitaría la vida?

Día tras día podía sentir cómo aquella maldición familiar se cernía sobre ella. Ese era el verdadero y único motivo por el que Ainize, diez años atrás, había huido. La triste razón por la que la joven nunca volvió a contactar con su *aita*, ni con Gorka, ni con... él. Era curioso que, sin pretenderlo, ella también hubiera actuado de la misma forma que su madre. Había dejado a Haritz atrás, porque

mantenerlo a su lado hubiera significado llevarse consigo algo que provenía de Artziniega y de aquellas tierras malditas. Algo que le recordase su casa, a su bisabuela, la colina en la que Haize Hegoa tenía sus raíces y esas vides de tronco serpenteante. Ojalá fuera como aquellas plantas. Ojalá pudiera retorcerse, resistir y continuar floreciendo a pesar del dolor.

Se incorporó y desvió, una vez más, la mirada hacia su hermano. Sabía que, en el fondo, Gorka también había huido de su hogar por el mismo motivo. Había intentado escapar de la borrasca y, por el camino, se había tropezado con un claro de luz que le reconciliaba con la vida.

—No podía quedarme, Haritz —respondió, tragándose la congoja que le anudaba con fuerza la boca del estómago—. Tenía que irme, lo siento.

Levantó la mirada hacia el cielo y comprobó que los nubarrones grisáceos se habían disipado. La luz había ganado la batalla, había sido más fuerte. Había resistido.

20

Estaba agotada. Intentó recordar alguna otra ocasión en la que se hubiera sentido tan exhausta, pero no fue capaz. Vendimiar era, quizás, la tarea más dura que había llevado a cabo. Sentir el sol abrasando su cabeza durante tantas horas mientras las hileras de viñas se tornaban un laberinto infinito era demoledor.

Contempló las carretillas repletas de uva y los cestos que yacían junto a la entrada del cobertizo. Sonrió. Había sido agotador, pero había merecido la pena y podía percibir ese orgullo que el trabajo bien hecho dejaba en uno.

—Estás sangrando.

Todavía le quedaba un largo proceso por delante. Debía preparar los depósitos para que las uvas no se oxidasen y perdieran sus propiedades. Cogió una *hondarribi beltza* que tenía en el bolsillo del chubasquero y la probó. El sabor afrutado y azucarado inundó su boca. Según el calendario idóneo, habían comenzado tarde la vendimia. Era una suerte que las semanas de demora no se percibieran en el sabor de las uvas.

—Ainize, estás sangrando —repitió Gorka, captando su atención.

La joven arrugó la frente y notó que un par de gotas de sangre le recorrían el párpado derecho.

—Se te ha debido de saltar algún punto de la herida —explicó Elsa—. Ven aquí, niña, que eso no puede quedarse así o la herida cicatrizará mal.

Ainize se puso de pie lentamente.

Si a ella, que solo contaba con treinta primaveras a sus espaldas, le dolía cada centímetro de su cuerpo, no podía ni llegaba a imaginar cómo debía de sentirse Elsa.

Ainize se sorprendió de su dureza y de que, aun así, la mujer no mostrara ni un solo signo de cansancio o debilidad. La siguió al interior de la casa y caminó tras ella hasta la segunda planta. Sonrió al recordar que, desde que tenía uso de razón, aquella mujer de cabello

grisáceo y trenzado siempre había sido la encargada de sanar sus heridas y su corazón. Eran innumerables las ocasiones en las que le había desinfectado una herida y las noches de insomnio y miedo en las que Elsa se había tumbado a su lado en la cama, prometiéndole que no permitiría a ningún mal ni demonio de la noche colarse en su habitación. Si cerraba los ojos un instante, podía volver atrás y sentir cómo apretaba su mano por debajo de las sábanas mientras guardaba silencio, ocultándole la verdad: que todos los miedos que le robaban el sueño y la paz provenían de su propia mente y no de lo que se escondía entre las sombras de la noche.

—Siéntate —ordenó, señalando la tapa del retrete.

Ainize, que volvía a sentirse como una chiquilla, obedeció sin rechistar las órdenes de la mujer.

—¿Vas a contarme qué está pasando entre vosotros dos?

—¿Nosotros dos? —repitió con fingida inocencia.

Sabía de sobra que se refería a Haritz.

—No voy a meterme donde nadie me llama, Ainize..., pero recuerda que tienes a alguien esperándote en Francia. Alguien que todavía piensa en ti.

La joven se quedó callada, siendo muy consciente de que, como siempre, Elsa tenía razón en todo lo que le decía. Su reencuentro con Haritz iba sanando con lentitud las heridas del pasado, pero aún mostraba las cicatrices con las que había quedado marcado su corazón. Esas mismas cicatrices que, en unos días o semanas, volverían a desgarrarse cuando cerrara la maleta, como en un *déjà vu* infinito que parecía estar condenado a repetirse en la eternidad.

—¿Piensas en él?

Contempló a la mujer cortando pequeñas tiras de espadrapo y colocándolas junto al lavabo. No era enfermera, pero Elsa había sanado más heridas que la mayoría de los titulados que trabajaban en el hospital de Txagorritxu y Ainize confiaba plenamente en sus capacidades y conocimientos. En aquellos treinta años de su vida, jamás había conocido a una mujer más sabia ni trabajadora que ella.

—No lo sé... —murmuró en voz baja.

Elsa suspiró profundamente antes de besar la frente de la chica con delicadeza.

—*Burla minena, egia dioena*[1] —le recordó—. No lo olvides.

—No lo olvido —aseguró Ainize. Sí, la verdad dolía, no era

demasiado joven para saberlo.

Elsa apretó con fuerza para cerrar la piel abierta con las tiras de espadrapo. Unos puntos de aproximación rudimentarios, pero igual de efectivos que los que se podían comprar en las farmacias.

—Deberías de volver al hospital para que te echen un vistazo.

—Me sirve con tu apaño —aseguró Ainize de forma apresurada —. Aún tengo que meter todas las uvas en la despalilladora. Tengo mucho trabajo por delante.

Se levantó de golpe con un gesto brusco y apresurado y de pronto sintió cómo un millar de lucecitas se encendían en su mente nublándole la visión. Empezó a marearse y un pitido ensordecedor la aisló del mundo. Elsa la sujetó por el brazo y, con un gesto cariñoso, la obligó a volverse a sentar sobre la taza del retrete.

—Creo que por hoy es más que suficiente, Ainize —aseguró con voz ronca y seria, con una firmeza que la chica había visto en ella en muy pocas ocasiones.

Era el mismo tono que, en su infancia, empleaba para poner orden cuando Gorka y ella comenzaban alguno de esos peligrosos y tentadores juegos que todo el mundo sabía que terminaría en llanto y, probablemente, con algún chichón.

—Estoy preocupada por ti —continuó—. Esas cartas del otro día... Algo no va bien, Ainize, algo no va bien.

La joven, que seguía mareada, intentaba prestar atención a lo que le decía sin demasiado éxito. Percibía la voz de Elsa lejana, muy lejana y emborronada. Cogió aire despacio y comenzó a soltarlo de la misma manera, esforzándose por recuperar la compostura.

—No sé, creo que estar en Haize Hegoa no te está haciendo bien... Puedo sentir algo... negativo.

Elsa apoyó la mano en el pecho de la joven y cerró los ojos. Ambas se quedaron en silencio mientras Ainize se recuperaba poco a poco.

—Tienes que volver a Francia —le aseguró.

Sus ojos acuosos y emborronados por la edad proyectaban el espanto y la más sincera de las preocupaciones. Ainize no supo qué responder.

—Lo sé, lo sé... Voy a volver a Francia, pero antes tengo que terminar lo que he empezado y sacar esto adelante. Tengo que terminarlo —repitió.

Ainize podía sentir cómo la angustia iba *in crescendo* dentro de su pecho. Y algo le decía que, en el fondo, Elsa también empezaba a percibir la locura que se iba apoderando de su mente. Ese veneno que consumía su cerebro, desquiciándola y devorando su razón como una larva hambrienta que siempre precisa de más. Estaba intentando mantenerla oculta, pero a ella no conseguía escondérsela.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Gorka, asomando la cabeza desde la puerta.

Ainize ni siquiera le había escuchado subir.

—Sí —respondieron las dos prácticamente al unísono, aunque el gesto de preocupación del rostro de Elsa evidenciaba la falsedad de la afirmación.

—Tu hermana está algo mareada... Deberíamos dejarla descansar un rato y que duerma.

Ainize estuvo a punto de protestar, pero al final cambió de idea y asintió. Cerrar los ojos un par de minutos no le parecía tan trágico y sabía que en aquel momento lo necesitaba casi tanto como respirar.

Bajó al salón y se acurrucó en el sofá mientras escuchaba el murmullo de las voces que provenían del porche. El olor a tabaco inundó la estancia e imaginó que Gorka debía de haberse encendido un cigarrillo. Los tres charlaban en un tono amistoso, felices, y Ainize no pudo evitar una sonrisa de oreja a oreja, una de esas sonrisas que transmiten paz. Lamentaba la repentina muerte de su padre, pero también tenía el presentimiento de que aquella pérdida había servido para unir de nuevo a las personas que se habían ido perdiendo a sí mismas con el paso de los años y la distancia.

Estaba a punto de cerrar los ojos y rendirse al cansancio cuando escuchó a Haritz cantar con voz tenue y melosa. A pesar de que las puertas estaban abiertas, Ainize percibía la melodía de forma suave y lejana, como si fuera irreal y proviniera de un sueño. La reconoció al instante; estaba cantando «Txoriak, txori».

Hegoak ebaki banizkio
nerea izango zen,
ez zuen aldegingo...
Bainan, honela
Ez zen gehiago txoria izango...
Eta nik...

Txoria nuen maite...[2]

Haritz repitió los últimos versos una y otra vez mientras ella, en un estado de somnolencia, se preguntaba si un pasado ella había sido aquel pájaro que tanto amaba...

Eta nik...
Txoria nuen maite...

Se preguntó a sí misma cómo habría sido su vida si, en lugar de haberse marchado a Francia, hubiese permanecido allí, en Artziniega. Quizás su padre seguiría vivo o quizás la locura la habría atrapado a ella en lugar de a él y habría terminado colgándose de una viga con una cuerda anudada en su cuello. Fuera como fuera, pensar en ello no tenía demasiado sentido.

Ella, como aquel pájaro... había volado.

Lejos, muy lejos, con la intención de ser libre.

21

Entreabrió los ojos con sosiego. El sonido de las risas que provenían de la cocina la habían arrancado de sus profundos sueños para arrastrarla de vuelta a la realidad. La lámpara de araña, esa que cada día estaba más escuálida y que parecía a punto de venirse abajo, colgaba sobre su cabeza recordándole que ni en el sofá de su propia casa uno podía sentirse a salvo del mundo.

Ainize se incorporó dispuesta a unirse al jolgorio, pero no fue capaz de levantarse del sofá sin fijar su atención en el tablero. Dos caballos, una torre y un peón habían comenzado a acorralar a su rey de manera muy peligrosa. Hacía rato que había perdido a la reina junto a la otra gran parte de sus piezas, y una torre flanqueada por un lento peón era la única protección con la que en esos momentos contaba su rey. Calculó que solamente le quedaban un par de jugadas con vida si no cambiaba de estrategia. Dos, como mucho tres, antes de recibir el mate definitivo.

Decidió arriesgar y mover al rey, descubriéndolo. No se le ocurría ninguna otra forma de avanzar y sorprender a su contrincante. Levantó la pieza y la movió una casilla. Estuvo tentada de lanzarlo todo por los aires y de terminar con aquella locura definitivamente. Pero no pudo. Prefería perder la batalla que rendirse antes de tiempo.

Recordó el libro de ajedrez, aquel pasaje en el que hablaba del jugador fantasma y del alma de la familia aldeana que vivía alejada del resto de la sociedad. Ainize sentía aquel relato ficticio como muy real. Ella, que vivía alejada del mundo en un caserón que sobresalía en la colina, estaba a punto de perder su alma —si es que todavía la tenía—. Su agresor, fuera quien fuera, había dejado el libro abierto en aquel pasaje con la clara intención de asustarla, por supuesto. Pero no iba a conseguirlo... O, al menos, no tan fácilmente.

Mientras se dirigía a la cocina, volvió a preguntarse si de verdad estaba jugando contra el intruso o si, por el contrario, ella estaba perdiendo la cabeza. Porque, si no, ¿cómo diablos conseguía aquel

tipo continuar colándose en Haize Hegoa sin ser visto? ¿Qué diablos pretendía con aquella partida de ajedrez?

Abrió la puerta del comedor y sonrió al ver que todos estaban allí, disfrutando de un marmitako y de una empanada casera, de esas irresistibles que Elsa preparaba cada fin de semana justo antes de regresar al pueblo. Recordaba que su padre, Ramón, sentía verdadera adoración por aquella empanada. Y, por supuesto, no era para menos. Elsa sabía hacer magia en los fogones, y cualquiera que hubiera tenido la suerte de degustar uno de sus platos lo sabía muy bien.

—*Gabon*... —murmuró a modo de saludo, dando las buenas noches para anunciar su llegada.

Haritz le dedicó una sonrisa sincera y tiró de la silla que tenía a su lado, invitándola a tomar asiento. Aceptó de buena gana mientras su estómago rugía, hambriento después del esfuerzo realizado en el viñedo.

Se sirvió un par de cucharadas de marmitako mientras escuchaba el sonido de una txalaparta mezclándose con un pandero de fondo. Desvió la mirada hacia el antiguo tocadiscos de su padre y se sorprendió al comprobar que el vinilo giraba bajo la aguja, sin descanso.

—¿Funciona? ¿De verdad ese trasto sigue funcionando después de tantos años?

—Tenemos una reliquia familiar, hermana —bromeó un sonriente Gorka mientras abrazaba a su mujer.

Lucía parecía estar cansada. Tenía los mofletes sonrojados y el escote enrojecido por haber pasado tantas horas de trabajo bajo el sol. Los vio allí, abrazados, y no pudo evitar pensar en Pierre. ¿Encajaría su serio y bohemio francés en aquella mesa de la misma forma que encajaba Haritz? Algo en su corazón le decía que no. Sí, Pierre y ella se querían..., pero Haritz conocía sus raíces y a su familia, conocía lo que Haize Hegoa era capaz de proyectar en la gente y la locura que podía causar la soledad de aquella casa en mitad de la colina.

Abrieron una botella de chacolí detrás de otra mientras la música continuaba sonando de fondo. Ainize se sentía mareada, pero estaba disfrutando tanto de aquel encuentro que se negaba a retirarse la primera de la mesa. Intentó recordar alguna ocasión en la que el comedor de Haize Hegoa se hubiera llenado de anécdotas y risa, pero no fue capaz. No recordó que nunca las copas se hubieran ido

vaciando encima de la mesa y que todos los presentes hubieran sentido que ahí encontraban calma y paz.

Gorka se sentó junto a su hermana, dispuesto a repasar aquello que tenían entre manos y en mente.

—¿Te apetece un poco de aire? —preguntó, guiñándole un ojo.

Ainize cogió la botella de chacolí y la copa y se encaminó hacia el porche. Se sentaron a la intemperie y disfrutaron de la humedad de la noche apoyados en las escaleras. La chica miró el entablado y comprobó que un par de maderas estaban sueltas. Se imaginó aquel porche de otra forma, con unas cuantas hamacas y una mesita en la que poder apoyar las copas. Haize Hegoa siempre había sido un lugar lúgubre, pero eso no significaba que no tuviera opciones de dejar de serlo.

—¿Crees que lo del vino de autor saldrá bien? —inquirió Gorka, rellenando la copa.

Apoyó la cabeza en el hombro de su hermano y respiró aire fresco, sintiéndose en paz consigo misma. Aquella sensación de agotamiento extremo le proporcionaba un grado de satisfacción personal indescriptible. Se sentía realizada.

—No tengo ni idea, pero no perdemos nada por intentarlo... ¿No crees?

—Tienes razón.

Guardaron silencio durante unos segundos que terminaron transformándose en minutos, pero ninguno de los dos se sentía incómodo. Allí fuera no se escuchaba nada más que a los grillos y la música de la txalaparta que alcanzaba el porche de forma muy tenue y distante. Los dos tenían la mirada perdida en la oscuridad y parecían sumidos en sus propios pensamientos.

—Mañana será la feria enológica de Artziniega —le recordó Gorka—. ¿Asistirás?

Él tenía que regresar a Bilbao, así que no le quedaba más remedio que delegar aquellos quehaceres en su hermana.

—Sí, tenía pensado pedirle a Haritz que me acompañase. Es una buena ocasión para formalizar la inscripción y de echar un vistazo a nuestra competencia —explicó, medio en broma medio en serio.

Volvieron a guardar silencio.

Ainize no podía dejar de pensar en Pierre y en que, por primera vez en su vida, se sentía a gusto entre aquellos lúgubres viñedos.

Respiró muy hondo y abrazó a Gorka, estrechando el cuerpo de su mellizo contra el suyo.

—¿Vas a marcharte de nuevo?

La pregunta la pilló por sorpresa.

—Sí, eso tengo pensado —respondió con sinceridad—. Solo me quedaré lo estrictamente necesario, hasta que el vino esté reposando con sus lías. Luego volveré a Francia... Aunque imagino que después de esto nada volverá a ser igual.

—¿A qué te refieres con que nada volverá a ser igual? —quiso saber su hermano.

—Pues... que no podré desaparecer del todo. Esta vez, no... —murmuró, pensativa—. Tendré que volver de vez en cuando, comprobar cómo avanzan las cosas y..., no sé, venir a visitar a mi sobrina, ¿no?

Elsa les había metido en la cabeza que esperaban una niña y, desde entonces, no concebía otra opción. Gorka sonrió al escuchar eso último. Le gustaba pensar que Ainize estaría allí, con ellos. Le gustaba imaginar que, de vez en cuando, todos volverían a reunirse bajo la luz de la luna de Artziniega para descorchar un par de botellas de chacolí y escuchar uno de los viejos vinilos de su *aita*. Quizás aquella vieja y desdeñada casa comenzara a transformarse en un bonito punto de reencuentro familiar, dejando atrás todas las supersticiones que habían rondado a la familia durante tantos años. Imaginarlo hacía que una sonrisa surgiese en su rostro.

—Sobrina o sobrino —respondió.

Aunque él también había comenzado a pensar en el bebé como si fuera una niña.

—Da igual lo que venga —respondió Ainize—, va a tener el mismo hueco en mi corazón.

Pensar que la familia comenzaba a crecer se le tornaba extraño. Ya no eran Gorka y Ainize contra el mundo, vagabundeando por aquellas tierras sin saber muy bien cuál era el lugar que les correspondía.

—Me dolió mucho que te marcharas... —confesó él—. Fue tan repentino que no tuve tiempo de encajarlo.

—Lo siento.

—No lo sientas —aseguró—. Hiciste bien. Cuando apareció Haritz en tu vida, me enfadé mucho, porque pasaste a tener a alguien

y yo, en cambio, pasé a sentirme muy solo. Os veía juntos y moría de envidia... Y luego, de repente, desapareciste. Al principio no me importó, porque llevaba tiempo pensando que ya te había perdido. Pero Haize Hegoa se quedó vacía, con *aita*... No sé. Todo se volvió muy extraño, muy negro. Él nunca me hablaba y yo solamente pensaba en cómo seguir tus pasos y huir.

La joven no pudo evitar sentirse culpable. Ainize tardó en darse cuenta de que el egoísmo tan característico de los Agirregoitia estaba bien arraigado en ella. Pocas veces se había parado a pensar en cómo sus actos afectaban a los demás

—Los mismos pasos que nuestra madre ya había dado antes y que tú decidiste seguir —añadió Gorka.

Ella se quedó en silencio mientras hacía un esfuerzo por retroceder en el tiempo, a aquel instante en el que dejaron de ser una familia para estar rotos.

—¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas el día que se marchó? —inquirió Ainize con un millar de sensaciones a flor de piel.

—Recuerdo ver la maleta abierta encima de la cama y al *aita* discutiendo con ella, suplicándole que no se marchase.

La joven cerró los ojos y evocó el instante del que hablaba su hermano. La voz de su madre llegó muy tenue a su cabeza. Gorka y ella eran muy pequeños cuando ella hizo la maleta para marcharse y no volver, abandonándolos. Habían pasado tantísimos años que Ainize no lograba recordar muy bien cómo sonaba su voz, aunque sí ese tono tranquilo que siempre empleaba al hablar.

—Esto no es para mí, Ramón. Yo no soy feliz aquí —había dicho mientras corría la cremallera de la maleta, dispuesta a abandonar Haize Hegoa para siempre.

Si hacía un esfuerzo, podía ver a su padre caminando nervioso de un lado a otro de la habitación, casi histérico.

—¿Y los niños? ¿También vas a abandonar a los niños?

Ainize podía revivir con tanta claridad la escena que sentía el miedo que entonces le recorría las entrañas mientras espiaba a sus padres en silencio desde la rendija de la puerta abierta. Gorka estaba a su lado, llorando de forma desconsolada. Estaba asustado, por supuesto. Igual que Ainize, aunque ella no lo mostrase.

—Yo nunca quise esta vida, Ramon. Nunca quise nada de esto —repetía su madre, una y otra vez.

Escucharon cómo ambos bajaban las escaleras y cómo, unos segundos después, Haize Hegoa se quedaba sumido en el silencio después de un sonoro portazo con el que la mujer que tan vagos recuerdos les había dejado decía adiós para siempre. Solamente los gemidos de Gorka, que no conseguía calmarse y dejar de llorar, se atrevían a romper aquel silencio sepulcral que se instaló de forma permanente en el caserón.

Muchos años después, casi en la adolescencia, Ainize intentó localizar a la mujer a la que había llamado *ama*. Se sorprendió cuando no quiso saber nada de ella, negándose a responder sus llamadas y a atenderla al teléfono dos minutos. Si se paraba a pensarlo, intuía que su idea de abandonar para siempre Artziniega nació tras aquel rechazo. Aunque, por supuesto, ella no había tenido la misma sangre fría a la hora de dejar todo atrás.

—No suelo pensar mucho en ella —confesó Ainize—. Soy muy consciente de que Elsa es la única madre que hemos tenido.

Su hermano asintió, corroborando que opinaba lo mismo que ella, antes de quedarse en silencio un par de minutos.

—Que sepas que Haritz también se quedó destrozado —confesó Gorka, pillándola desprevenida y dejando atrás los vagos recuerdos que aquella mujer dejó en sus mentes—. Creo que incluso peor que yo.

—¿De verdad?

—Lo veía casi todos los días merodeando por la colina, paseando por el arroyo o entre las viñas de Haize Hegoa —explicó—. Siempre caminaba solo y, si me veía, cambiaba de rumbo y se daba media vuelta. Creo que se sentía avergonzado por no poder continuar sin ti... Un día empezamos a hablar y, de pronto, Haritz dejó de ser mi enemigo para convertirse en mi aliado. Es un buen tío, Ainize. Un muy buen tío —repitió, haciendo hincapié en lo último.

—Pierre también lo es —aseguró ella, como si aquello fuera una competición—. Y sé que se merece a alguien mejor que yo.

Gorka la apretó con fuerza contra su cuerpo. Los dos estaban un tanto ebrios, así que habían comenzado a confesar sus sentimientos dejando de lado la vergüenza. A Ainize, que siempre había sido una persona muy hermética, le costaba abrirse en canal y soltar todo lo que durante tantos años había ido reprimiendo. Gorka y ella podían ser muy parecidos, pero en el fondo no tenían un solo rasgo común más allá del físico.

—Eres mejor de lo que te piensas, hermana —aseguró él—. Ojalá algún día tenga la misma fuerza que siempre has tenido tú.

Ella sonrió antes de acercar la copa de chacolí a su rostro. Olfateó el vino e intentó apreciar todos los matices que desprendía. Quizás se debía a su estado de embriaguez, pero podía percibir ciertos cítricos en el vino. Ingirió un pequeño sorbo. También era cítrico, aunque seco.

—Quiero que nuestro chacolí sepa más dulzón —confesó, cambiando de tema radicalmente—. Dulce, afrutado y aromático. Quiero algo diferente a lo que se cultiva en el valle, algo que desentone y que los jueces no hayan probado antes.

—No tenemos ni idea de chacolís —se rio Gorka—. A ninguno nos había interesado nunca... hasta ahora.

—¿Y por qué has querido quedarte con la herencia? —inquirió Ainize, sorprendida—. Si nunca te han interesado los viñedos y si intentaste huir de Haize Hegoa, como hice yo, ¿por qué no quieres vender y olvidarte de todo esto?

Gorka se encogió de hombros.

—Haize Hegoa me ha dejado muchos malos recuerdos —explicó, justo antes de golpear la madera del porche con los nudillos—. Pero entre estas montañas también he vivido todo lo bueno y bonito que hay en mi vida. Decirle adiós no es tan fácil... Es como desprenderme de una parte de mi vida, de algo que me marcó hasta el punto de moldearme y hacerme quien soy ahora. ¿Lo entiendes?

Ainize asintió, aunque en el fondo no era capaz de comprenderlo.

Podía apreciar que un hilo invisible ataba a Gorka a aquel lugar. El mismo hilo que a ella la asfixiaba. Ainize suponía que Gorka no experimentaba esa locura que Haize Hegoa acentuaba en ella, esa que le hacía temblar de miedo cuando las sombras se cernían sobre el valle.

Respiró hondo y se levantó del porche.

—¿Y después? Cuando consigamos salvar este lugar de las deudas, ¿qué? ¿Qué vamos a hacer con todo esto?

Apoyó los codos en la barandilla y contempló los troncos serpenteantes que se alzaban como pequeñas paredes verdosas, creando pasadizos secretos, ocultos y siniestros frente al caserón. De pequeña le gustaba imaginar que aquellos viñedos eran corredores eternos de uvas entre los que uno podía perderse para inventar nuevos

mundos. La imaginación era algo que siempre había desbordado a Ainize, y quizás por esa misma razón había sido capaz de soñar con pequeñas colmenas de hadas que habitaban entre las uvas, danzando en las oscuras noches del valle de Aiara e iluminando los campos. Había soñado con pueblos submarinos en los que diminutas sirenas convivían bajo las aguas frías del arroyo, o con duendes enfermizos y malignos que se colaban por la ventana de su habitación para aspirarle la vida mientras ella, indefensa, dormía. Aquel mágico lugar siempre había estado plagado de fantasía, aunque también había sido nicho de todas sus pesadillas.

Ainize intentó hacer un esfuerzo por recordar su infancia con mayor exactitud. Si retrocedía en el tiempo, no recordaba una sola época en la que su padre y el resto de los trabajadores no hubieran trabajado las tierras. A lo largo del invierno podaban las vides, dejando solamente los troncos a la vista. Las plantas se transformaban en pequeños esqueletos que parecían emerger de la tierra, como fantasmas intentando escapar de un purgatorio.

En verano el trabajo era más arduo... Recordaba un año en el que su padre pensó que la filoxera había infectado las plantas, destrozando de esa forma la producción íntegra de todas las estaciones. Por suerte, el hongo que había comenzado a crecer entre las vides resultó ser otro mucho más inofensivo y fácil de erradicar, y las uvas se salvaron. Los otoños de vendimia podían ser demoledores. Ainize se había criado entre aquellas campas y, aunque nunca había prestado el más mínimo interés por aquello, se había visto obligada a experimentarlo con la suficiente cercanía como para instruirse levemente en ello. Sonrió al recordar aquellas primaveras en las que los esqueletos empezaban a florecer, dotando de vida aquel lugar tan húmedo.

Gorka también se levantó. Colocó la copa sobre la barandilla y entrelazó la mano con la de su hermana. Ella intentó pensar en la última vez que lo había sentido tan cerca, pero no fue capaz. Los años habían ido haciendo mella en sus recuerdos. Notó que los ojos se le empañaban y que le costaba contener la emoción. Quería a Gorka, lo quería con todo su corazón. Y aunque se había esmerado en olvidar todo lo que tiempo atrás había querido, no podía obviar lo que él decía: en Haize Hegoa estaban sus raíces.

—Todavía recuerdo esas noches en las que te escuchaba salir a hurtadillas de casa para reunirte con Haritz.

—¿De verdad te dabas cuenta? —se rio ella.

—Por supuesto. Y creo que el *aita* también, aunque prefería hacerse el ingenuo a tener que ejercer como padre y echarte un sermón.

Ella soltó una pequeña risita, conforme con lo que estaba diciendo Gorka. A Ramón, aquello de ser padre nunca se le terminó de dar demasiado bien. Menos mal que Elsa siempre había estado ahí para proporcionarles ese cariño y esa ternura que ambos hermanos tanto precisaban.

—Ojalá no tuvieras que volver a Francia, de verdad —aseguró él —. Sería bueno tenerte aquí y poder contar contigo... Cuando llegue el bebé, todo será un caos.

—Lo vas a hacer genial —respondió ella—. Vas a ser todo lo que el *aita* no fue, y esa pequeña niña no necesitará a nadie más que a vosotros dos.

—No necesitará a nadie más, pero tenerte le hará bien. Ojalá algún día podamos sentarnos a esa mesa y ver que somos demasiados para las pocas sillas que hay.

—Ojalá —asintió Ainize, aunque intuía que ese día no llegaría nunca.

Levantaron la vista hacia el cielo. Entre las nubes que lo encapotaban brillaba una pequeña estrella. Ainize recordó la clase de ciencias en la que estudiaron los astros, esa en la que aprendió que las estrellas podían llegar a vivir miles de millones de años antes de que su luz se extinguiese para siempre. Aquel pequeño punto resplandeciente de allí arriba los había visto crecer, llorar y reír. Pero no solo a ellos. Aquel astro había visto cómo la erosión moldeaba la colina, cómo la lluvia daba forma a aquellas tierras embarradas y cómo sus antepasados fueron construyendo, piedra a piedra, la casa que en aquellos precisos instantes los cobijaba.

Haize Hegoa tenía una maldición, pero también mucha tradición. Y Gorka no permitía que eso se borrara de su memoria.

22

Acarició el torso desnudo del chico lentamente, deslizando sus dedos de forma lenta y paulatina, sin ninguna prisa. Ainize aún podía sentir esa sensación de embotamiento que el chacolí había dejado en su cabeza. No había dormido demasiado porque las cortinas abiertas provocaban que se despertara de forma involuntaria con los primeros colores anaranjados del alba.

Besó la clavícula de Haritz con pequeños y juguetones besos mientras su mano descendía con la misma lentitud bajo las sábanas. Habían dormido semidesnudos, en ropa interior, y el calor que ambos cuerpos emanaban se iba acumulando bajo las pesadas mantas. Él abrió los párpados y ella le dedicó una sonrisa pícara que anunciaba sus intenciones. Se acercaba el momento de decirse adiós. Los encuentros en Haize Hegoa, esos que les recordaban los furtivos besos que se habían dado tiempo atrás, tenían fecha de caducidad. Una fecha que comenzaba a estar muy próxima.

Ainize se deslizó sobre él, deshaciéndose en el proceso de la ropa interior que impedía aquel perfecto acto de piel con piel. Besó su boca, se incorporó de rodillas y descendió lentamente sobre su sexo, sintiendo cómo Haritz se clavaba en ella. Comenzó a mecer las caderas de forma rítmica pero pausada, disfrutando de un placer tan intenso que le nublaba la mente. Las manos del chico ascendieron hasta sus pechos para tocarlos, masajearlos. Jadeó, incapaz de contener tanto dentro de ella. Él apretó su cintura, guiando aquellos movimientos para que se acentuaran más, para que aumentasen el ritmo.

—Ainize... —gimió.

Ella comenzó a moverse más deprisa. Cerró los ojos y continuó meciéndose. Sentía el cuerpo sudoroso y cansado, pero no se detuvo ni un instante y continuó restregándose contra él. Cada movimiento contribuía a que el deleite de ambos fuera mayor, más potente.

Haritz la sujetó por la cintura e, impulsándola con las piernas, la derribó a un lado. Rodó sobre ella y la penetró con más ansia, con más

desesperación que la que ella mostraba. Ainize rodeó el cuerpo del chico con las piernas y lo aprisionó contra ella. Sus labios se encontraron, provocando un ligero choque de dientes que se transformó en una sonrisa discreta en ambos rostros. El beso se hizo aún más profundo. Sus lenguas ya conocían aquel baile salvaje y no parecían dispuestas a perder el tiempo. Ainize lo apretó con más fuerza, alzando las caderas para recibir cada embestida. Los jadeos se convirtieron en gemidos. Haritz se precipitó a taparle la boca para ahogar aquellos gritos de placer que podían despertar al resto de la casa. Ambos se buscaban de forma constante con la mirada, retándose, provocándose y gritándose en silencio que querían más. Necesitaban más. Se necesitaban el uno al otro, aunque ninguno de los dos parecía dispuesto a aceptarlo en voz alta.

Ainize tensó los músculos, aferrando a Haritz dentro de ella. Percibió el cuerpo tembloroso del chico y notó cómo, casi de forma simultánea, alcanzaban el éxtasis. Se quedaron así, abrazados y en silencio, mientras la habitación con cama de adolescente y pósteres de los grupos de música de los noventa se iba tiñendo de colores cálidos. El sol se filtraba por la ventana de forma sigilosa, como un invitado que llegaba a Haize Hegoa sin hacer ruido ni llamar la atención.

Ainize le propinó un beso cariñoso y juguetón en la punta de la nariz. Un gesto inmaduro que a su treintena podía parecer infantil, pero que a Haritz le encantaba. Se levantó de la cama de repente y caminó hasta la maleta abierta, esa que ni siquiera se había molestado en vaciar. Se preguntó cuál era el motivo real por el que no había sacado la ropa y la había colocado en el armario, pero no supo qué responderse. En el fondo, creía que no lo había hecho porque de esa forma seguía teniendo la sensación de que solo estaba en Artziniega de paso, sin pretensiones de instalarse en el caserón familiar.

Se vistió de forma cómoda y deportiva, con unas mallas y una camiseta que no le importaba manchar ni romper, y se calzó las sandalias. Aun intuyendo el frío que debía de hacer fuera, Ainize no se sintió con fuerzas de ponerse unos zapatos cerrados. Echó un vistazo rápido a sus pies y se sorprendió al comprobar que la ampollas se habían transformado y que tenían muy mal aspecto. El día de vendimia continuaba pasándole factura, aunque no era de extrañar después de las tantísimas horas que había pasado en pie, caminando entre las viñas.

—Voy a trabajar... Hoy toca llenar los depósitos —anunció en voz baja, sin siquiera girarse hacia Haritz.

Podía notar cómo los sentimientos que le profesaba cada día crecían más. No solo por lo que en un pasado habían sido, sino por lo que el presente les estaba entregando. Haritz estaba ahí, junto a ella, compartiendo cada segundo de aquella aventura para la que no se sentía preparada y a la que no se quería enfrentar.

Estaba siendo su amante, su amigo y su apoyo. Y esas tres cualidades contribuían a que Ainize, poco a poco, se fuera alejando más y más de Pierre.

Le dolía cada centímetro del cuerpo y sentía las extremidades agarrotadas. Abrió el cobertizo, tirando con todas sus fuerzas del portón mientras notaba sus ligamentos temblar por el cansancio extremo. Jamás se había exigido tanto a sí misma, pero tampoco se había sentido tan realizada.

Se quedó observando los cestos de uvas que se apelotonaban junto a los depósitos y se preguntó de dónde diablos sacaría la fuerza necesaria para cargar con ellos escaleras arriba y lanzar los racimos dentro de la despalilladora. Ainize recordó a su padre realizando aquella labor, y por un instante, uno pequeño, llegó a comprender la verdadera razón por la que nunca jamás les había dedicado tiempo. Debía estar agotado, sin duda, como para perseguir a dos niños rebeldes colina arriba, colina abajo.

Cogió unas cintas y se ató el cesto más pequeño a la espalda. Ascendió por las escaleras mientras sus rodillas protestaban, espasmódicas y débiles, hasta llegar a lo más alto del depósito y lanzar el contenido del cesto dentro. Se sentía exhausta, pero continuó repitiendo el proceso sin descanso, una y otra vez. Haritz no tardó demasiado en llegar al cobertizo. Llevaba un termo de café y un trozo de bizcocho casero de nueces, ese que Elsa había dejado preparado la noche anterior. La joven se permitió descansar y se dejó caer junto a los cestos mientras observaba cómo su pecho subía y bajaba.

Compartieron la labor en silencio, con pequeños descansos para recuperar fuerzas, hasta que por fin cargaron hasta la última de las uvas vendimiada.

Se lanzaron una mirada cómplice y sincera, una de unión que despertó

con todavía más fuerza ese instinto de protección que Ainize solía tener. Algo le decía que empezaba a enamorarse de Haritz otra vez y que la despedida dolería todavía más que en la primera ocasión.

Tenía que poner distancia... Tenía que reprimir esas ganas que tenía de besarle cada vez que se aproximaba a ella.

Se tumbó en el porche de Haize Hegoa y permitió que el aire fresco acariciara su piel sudorosa. Había que levantarse, vestirse y continuar. A sus treinta años Ainize experimentaba la sensación de que sabía poco de la vida, pero una cosa sí tenía clara: los ganadores nunca miraban atrás. Siempre seguían caminando hacia delante a pesar del dolor, de la desgana, del cansancio.

—Elsa se ha debido de marchar mientras trabajábamos porque la casa está vacía —explicó él, tumbándose a su lado.

Ainize se incorporó y se dejó caer levemente contra su pecho. Sintió sus manos rudas y agrietadas acariciándole la nuca. Ella sabía que estaba descuidando su trabajo por ayudarla, y que después tendría que recuperar todo lo que había ido posponiendo y arrastrando. Se sintió agradecida, aunque también desbordada. Tenía la sensación de que jamás podría devolverle todo lo que estaba haciendo por ella y que, de algún modo, aquello descompensaba la balanza y la endeudaba con él.

—Deberíamos comer algo y bajar a Artziniega... Tenemos una feria a la que asistir —le recordó Haritz.

Ainize asintió y se levantó del porche con notoria desgana.

Se arrastró al interior de la casa, encaminándose hacia la ducha mientras se iba desprendiendo prenda a prenda de la ropa sudorosa que se adhería a su piel. Abrió el chorro de agua fría y no se molestó en esperar a que el agua se templara. Se metió bajo ella, permitiéndose unos minutos de paz mientras se preguntaba si todo aquel esfuerzo que estaba realizando por Gorka y por esa herencia que tanto desdeñaba terminaría dando sus frutos o no.

23

Existían pocas ocasiones en las que se pudiera apreciar la vida y el jolgorio inundando las medievales calles de Artziniega.

Una de ellas era la feria del vino que se celebraba cada otoño para festejar el fin de la vendimia y el buen año de cosecha que san Vicente, patrón de los viticultores, les había otorgado.

Ainize se quedó plantada a unos metros de la plaza principal mientras su cabeza iba procesando aquel estallido de recuerdos que la sumergían en su infancia. Recordaba aquella feria con cariño, cuando Gorka y ella descendían sin avisar a su padre, colina abajo, para recorrer los puestecitos de los viticultores y agricultores, entre la música y los niños del pueblo que jugaban y disfrutaban en grupos. Gorka y ella, a diferencia del resto, siempre estaban solos.

Aunque todos se conocían, los dos hermanos que vivían aislados del pueblo nunca habían terminado de encajar con el resto de los niños. Ainize y Gorka siempre habían sido diferentes, peculiares. Y siempre habían sido uno solo hasta que Haritz apareció aquella tarde de verano.

El día estaba nublado, pero parecía que iba a mantenerse sin lluvias. De vez en cuando, las nubes se abrían y permitían que unos escasos rayos de luz cayeran sobre el pueblo, en los antiguos caserones de piedra que eran la esencia del lugar.

Un grupo local tocaba la *trikitixa* en una de las esquinas de la plaza, animando el ambiente. Ainize se quedó mirándolos un rato, ensimismada con la letra de las canciones que una chica pelirroja cantaba. En una de ellas hablaba de la guerra, de Francia y de todos aquellos que dejaban atrás sus hogares para no volver. De todos aquellos que decían adiós a lo que conocían sin saber si, en algún momento, terminarían reconciliándose con su pasado.

Escuchó varias canciones con la sensación de que los segundos quedaban suspendidos en el aire y detenían las agujas del reloj. Haritz regresó a su lado con un poco de comida y un mosto casero, el que

doña Begoña fabricaba en el sótano de su caserío. Todos en aquel lugar conocían a doña Begoña, cuya casa era la encargada de marcar el inicio del pueblo con una preciosa placa de piedra que lucía el nombre de Artziniega en lo más alto de la fachada.

Haritz se sentó en el muro de piedra, junto a Ainize, en silencio. Los dos necesitaban unos minutos de paz y tranquilidad, de desconexión. Habían dejado los depósitos funcionando a toda máquina y, a partir de ese instante, poco más podían hacer.

El momento de regresar a su hogar se acercaba. Se imaginó marcando, cifra a cifra, el número de Pierre y esperando pacientemente que los tonos continuaran hasta escuchar su voz. Podía recrear esa conversación en su cabeza sin mucho esfuerzo, esa en la que le comunicaba que volvía a subirse a un tren y que pronto estaría a su lado.

Ainize era consciente de que las uvas requerían reposo, unos cuatro o cinco meses de espera y paciencia antes de comenzar con el proceso de embotellamiento y etiquetado. Desvió la mirada hacia los puestecitos de los vinicultores locales, imaginándose que en algún futuro no muy lejano la botella de chacolí con la etiqueta de los Agirregoitia se hallaría entre todas las demás. Desconocía el resultado que obtendría de aquel porcentaje extraño de uvas *hondarribi zuri* y *beltza*, una mezcla común pero un tanto descompensada que no solía ser frecuente encontrar entre los vinos de la zona.

Se encontraban en la caseta de la Asociación, inscribiendo su chacolí entre todos aquellos que optaban a la subvención, cuando su mirada se cruzó con la de Alberto. En otra ocasión, quizás hubiera pasado de largo sin haberle reconocido ni prestado atención, pero había algo en aquella forma siniestra en la que observaba a Ainize que no permitió a la joven obviar su presencia sin fijarse más detenidamente en él.

Titubeó, confusa, antes de acercarse a aquel hombre que durante tantos años había sido alguien muy cercano a la familia.

—¿Cómo va la vendimia, Ainize? —preguntó a modo de saludo, directo al grano.

Se notaba que aquel encuentro le desagradaba y que no pretendía andarse con rodeos innecesarios.

—La vendimia bien, mejor de lo previsto —respondió ella, intentando que el tono de su voz denotase cierta arrogancia—.

Aunque siento comunicarte que no podremos cumplir los plazos de entrega que mi padre pactó en su momento. Tendremos que llegar a otro acuerdo que nos compense a ambos.

Alberto soltó una carcajada descomunal que captó la atención de varios de los presentes mientras la joven se obligaba a aguantar el tipo sin perder la compostura. Sabía que pretendía empequeñecerla y sentirse superior a ella, pero Ainize no era una de esas que se dejaban amedrentar fácilmente.

—¿Un acuerdo que compense a ambos? —rio justo antes de sacar de su bolsillo una cajetilla de tabaco—. Dudo mucho que eso sea posible si tenemos en cuenta la situación financiera que el bueno de Ramón Agirregoitia os ha dejado a ti y a tu hermano.

Ainize cogió aire, esforzándose por no perder los modales con aquel tipo.

Tenerle ahí, delante de ella, provocaba que un sinfín de instantáneas de su padre y Alberto acudieran a su mente. Instantáneas que recordaban buenos momentos entre dos amigos, de risas y tardes de verano. Alberto y su padre no se había asociado por casualidades de la vida, no. Ambos se conocían desde niños, desde que cursaron la secundaria en el mismo centro.

Resultaba estremecedor corroborar lo que el dinero y el poder podían hacer a las personas, sobre todo a aquellas que nunca habían tenido nada y que habían construido su fortuna desde cero.

—¿Sabes qué, Ainize? —dijo justo antes de tragarse una larga calada del cigarrillo—. Voy a hacerte una oferta. Y que quede muy claro que solamente la hago por el cariño que le tuve a tu padre todos estos años.

El tono de voz con el que había pronunciado esa última frase evidenciaba que lo decía con cierta ironía. Alberto liberó el humo en el rostro de la joven, provocando en ella un repentino y desagradable ataque de tos.

Haritz acababa de regresar a su lado y contemplaba la escena como un mero espectador, sin interceder en ella.

—Quiero quedarme la casa y los viñedos, todo lo que tienes en ella —explicó el hombre—. Liberarte de las deudas y de los plazos que no vas a cumplir.

—No estamos planteándonos la venta de Haize Hegoa —respondió ella con un tono bajo y dubitativo.

Era cierto, Gorka ya había dejado muy claro que vender la propiedad no era una opción viable para él. Aun así, estaba dispuesta a escuchar lo que aquel hombre tan desagradable tenía que decir. Tendrían que tener un as en la manga por si, al final, no resultaban merecedores de la subvención. Una escapatoria viable por si terminaban viéndose entre la espada y la pared.

—No estoy diciéndote que quiera comprarte Haize Hegoa —rio. El tonito de ironía resultaba repulsivo—. Te estoy diciendo que lo quiero todo y, a cambio, me ocuparé de las deudas y de todas las cargas que os haya podido dejar de herencia.

Ainize se tensó de forma instantánea, incapaz de concebir lo que Alberto decía. ¿De verdad pretendía que le regalasen su hogar? ¿De verdad tenía la caradura de ofrecer semejante majadería en serio? Tenía que ser una broma.

—Estás loco si crees que vamos a regalarte nuestras propiedades, Alberto —respondió de forma cortante, dejando muy claro que no había opción a discutir aquellos términos—. Le pediré al padre de Haritz que nos mande el contrato que tenías firmado —añadió— y procederemos a pagarte lo que corresponda a modo de compensación. Haize Hegoa no está en venta.

Alberto aspiró otra larga calada del cigarro antes de liberar el humo con parsimonia sobre el rostro de la chica. Ainize dio un paso atrás mientras comenzaba a toser de nuevo. En ese preciso instante, mientras la rabia carcomía sus entrañas, recordó la mirada de odio del hombre que la había agredido en los terrenos, ese que casi la estrangula sin piedad ni miramientos. Su mirada intensa, de odio y rencor. La misma que en aquellos instantes Alberto les estaba dirigiendo.

—Terminarás deshaciéndote de Haize Hegoa, Ainize —se rio él, sin alterarse ni un ápice—. ¿Me has escuchado? Nada de venderla..., deshaciéndote. En esa maldita colina no puede crecer nada, todo lo que se siembra termina ahogándose en el barro.

Ella sintió cómo el corazón se le aceleraba de forma salvaje. Podía sentir cada latido con tanta fuerza que temía sufrir un paro cardíaco allí mismo, en medio de la feria. Sintió las manos de Alberto rodeándole el cuello, apretando con fuerza para acabar con su vida. Intentó calmarse, recordarse que ella estaba allí y que, al menos por el momento, seguía teniendo el control de su vida y de la situación.

Sonrió. No tenía ganas ni fuerzas, pero con el paso del tiempo Ainize había aprendido a ponerse una careta y a fingir muy bien, a saber mantener la compostura aunque por dentro se encontrase hecha añicos.

—Buena suerte, Alberto —dijo a modo de despedida—. Espero que todo te vaya muy bien.

Se dio la vuelta con el corazón en un puño y echó a caminar para salir de la plaza. Podía sentir la presencia de Haritz a su espalda, siguiéndola muy de cerca, pero sin decir una sola palabra en voz alta.

Cuando dobló una esquina y escapó del campo de visión del antiguo socio de su padre, aceleró el paso y corrió hasta llegar a una zona tranquila y apartada en la que poder protegerse de las miradas indiscretas de los viandantes con los que se cruzaban.

Se agachó sobre sus rodillas y liberó el grito que permanecía ahogado en sus pulmones, justo antes de sentir que sus ojos se empañaban. Haritz tardó un par de segundos en alcanzarla. La miró sin ocultar su preocupación y su confusión, sin comprender qué es lo que había pasado, mientras ella recreaba cada momento de esa noche en la que casi pierde la vida.

Intentó respirar con normalidad pero no fue capaz. Podía ver cada instante de los últimos sucesos como un puzle desarmado, pieza por pieza. Alberto acababa de darle la última, la que hacía que todo encajara. Entendía por qué Alberto había intentado dañarla, desquiciarla, la razón que había tras el acoso a Haize Hegoa

—¿Qué ocurre? —inquirió Haritz, nervioso—. ¿Qué está pasando, Ainize?

Ella negó con la cabeza, con las lágrimas recorriendo sus mejillas. Estaba hiperventilando y no conseguía recuperar la compostura.

—Es él... —murmuró al final, acongojada.

Haritz frunció el ceño sin comprender a qué se refería.

La mente de la joven funcionaba a gran velocidad y sin descanso, hilando cada escena y cada conversación. Cogió aire. Haritz estaba a su lado, acariciándole la espalda en silencio, brindándole su apoyo. Los dedos del chico ascendían y descendían de forma constante.

—Ha sido Alberto... El que intentó estrangularme, el que merodea por el viñedo, el que se cuela en Haize Hegoa... Siempre ha sido él —anunció en voz alta, casi gritando—. ¡El que despellejó al animalillo!

Estaba intentando explicarse con coherencia, pero no lo conseguía. La ansiedad se había apoderado de ella.

—¿De verdad? —inquirió él, que se había acuclillado junto a la joven, en el suelo, para quedar a su par—. ¿Y todo por las uvas? No lo entiendo...

Ainize se encogió de hombros.

Aquella pieza aún no había conseguido encajarla en ningún lado, aunque... parecía claro ahora que su propósito inicial había sido desquiciarla, hacerla perder la cabeza para que aceptase regalarle Haize Hegoa sin esperar obtener nada a cambio de todo lo que su familia les había dejado como herencia. No se le ocurría ningún otro motivo de peso por el que Alberto hubiera podido llegar a traspasar el límite de lo legal. ¡Por Dios! ¡La había intentado asesinar! O, al menos, había llegado hasta el punto de simularlo en el intento de enloquecerla.

Ainize no podía dejar de repasar los últimos sucesos de forma obsesiva, uno por uno, en su cabeza. La pisada de hombre que había visto en la bajada al pueblo, el visitante nocturno, el extraño en su habitación, la partida de ajedrez, el animalillo muerto, desangrándose y colgando de la misma viga que su padre semanas atrás. Respiró hondo mientras otra idea echaba raíces en su cabeza. ¿Y si todo aquel descabellado plan por obtener Haize Hegoa venía de antes? ¿Y si Alberto había seguido aquel mismo proceso con Ramón? ¿Y si el propósito de aquel hombre había sido desde un principio deshacerse de ellos para robarles los terrenos?

Había algo que no terminaba de encajar, y es que, aunque Alberto lograra deshacerse de Ainize, siempre le quedaría Gorka de por medio. Y si algo tenía por seguro era que su hermano no quería vender la propiedad.

—Tenemos que ir a la policía —sentenció con seguridad Haritz, sin andarse con rodeos.

Otra instantánea acudió a su mente. Una que a Ainize le hubiera gustado ser capaz de eliminar de sus recuerdos. Se vio en la ventana del hospital, observando cómo su hermano charlaba con un desconocido después del accidente. Estaban lejos, pero no lo bastante para titubear a la hora de reconocer a alguien. Después de haber tenido frente a frente a Alberto, ya no albergaba dudas. Gorka hablaba con el exsocio de su padre... Rezó internamente porque aquello no

significase nada en especial y se esforzó por sacudir aquellos pensamientos de su mente. No, Gorka jamás hubiera permitido que alguien le hiciera daño. Podían pasarse años sin verse, pero en el fondo sabía que su hermano estaba ahí para ella, para cualquier cosa que pudiera necesitar. Tenía que haber otra explicación para dicho encuentro, algo que diera sentido a todo.

—¿Me estás escuchando, Ainize? —repitió Haritz, cuyo nerviosismo también iba en aumento—. ¡Tenemos que denunciarlo a la policía!

La joven sopesó aquella opción con rapidez. Tenía la sensación de que la cabeza le funcionaba a mil por hora y de que los pensamientos se le iban amontonando uno encima de otro, incapacitándola para razonar con coherencia.

—No podemos ir a la policía... —respondió con seguridad.

No tenía nada, absolutamente nada que sirviera como prueba incriminatoria contra Alberto. Y una acusación de tentativa de asesinato debía hacerse con la suficiente seriedad, seguridad y prudencia.

—Ainize, no podemos permitir que...

—Volvamos a Haize Hegoa —respondió deprisa, cortándole—. No quiero estar aquí. Necesito volver a casa.

Los dos se miraron unos segundos. De un simple vistazo, Ainize podía percibir la complicidad que tenían y la conexión que durante esos días habían recuperado. De algún modo, sentía que Haritz era capaz de descifrar todo lo que le rondaba la mente, incluso aunque ella no fuera capaz de entenderse a sí misma. Una sensación que nunca había tenido con su bohemio francés.

Haritz se incorporó y le tendió la mano.

—Volvamos a casa —concluyó, ayudando a la chica a levantarse.

24

Ainize se dejó caer en su antigua cama y se permitió cerrar los ojos durante unos minutos mientras Haritz preparaba la cena. Ambos estaban agotados, pero ella se sentía realmente exhausta. Como si Artziniega ya le hubiera robado casi todas las fuerzas que tenía en su llegada. De alguna forma, podía sentir cómo día a día se había ido apagando hasta quedarse vacía. Sin nada dentro.

Respiró hondo intentando alejar todos los pensamientos negativos que le rondaban la mente. Podía asimilar y procesar que Alberto los hubiera intentando boicotear, incluso que quisiera eliminarla de la ecuación, pero no concebía la idea de la traición de Gorka.

Intentaba ordenar toda la información que tenía en la cabeza sin mucho éxito, cuando sintió una oleada de arcadas sacudirle las entrañas. Se levantó de la cama deprisa y corrió al cuarto de baño. No tuvo tiempo suficiente para abrir la tapa del retrete y terminó vaciando el contenido de su estómago en la bañera. Se agarró a los bordes, convulsionada y sin aire. Todo le daba vueltas y un pitido ensordecedor eliminaba cualquier otro sonido. Terminó de vomitar y se sentó en las frías baldosas del baño, apoyando la espalda contra la bañera mientras intentaba recuperarse. Notaba la mente agitada, nublada. Por mucho que intentara relajarse, Ainize no conseguía dejar de darle vueltas a todo lo que había sucedido desde su llegada a Artziniega y... se estaba volviendo loca. En cualquier instante explotaría.

Notó un hilillo de sangre que le recorría la frente y se levantó del suelo con las piernas endebles, exánime y frágil. Observó la imagen que le devolvía el espejo con cierta repugnancia. Solamente quedaba el fantasma de la chica que el taxi dejó a los pies de la colina unos días atrás. Había adelgazado y su cara parecía más afilada que de costumbre. Los pómulos también se le marcaban más de lo normal y sus ojos parecían hundidos en las cuencas, rodeados por un marco

oscuro y amoratado. Su mirada, que siempre había sido de un marrón oscuro, ahora parecía tan negra como la noche. Alzó la mano hasta una mejilla y se acarició con lástima. Ainize se había transformado en un reflejo tenue y apagado de lo que era antes de llegar al valle.

Los puntos de aproximación que Elsa había improvisado se habían despegado y provocado que la herida volviera abrirse. No era nada grave, así que descartó enseguida la opción de acudir al médico. Sacó el esparadrapo del cajón y cortó un trozo grande y ancho. Nada tan comedido como los de Elsa. Aproximó con los dedos los bordes de la herida, juntando la piel. Una pequeña punzada de dolor la sacudió mientras colocaba la tira adhesiva sobre la herida. Volvió a desviar la mirada hacia el espejo, consciente de que había comenzado a llorar.

El rostro le ardía de rabia, de nervios, de dolor... De impotencia. Su aspecto debía asemejarse más al de aquellos que ocupaban las bolsas de los forenses que al de los vivos que paseaban por las calles. Escuchó los pasos lentos de Haritz ascender por las escaleras y esperó su llegada.

—¿Estás bien? —preguntó él con ternura.

Alternó la mirada entre la joven y el vómito de la bañera. Parecía preocupado.

—Estoy bien —aseguró sin convicción, consciente de que no conseguiría engañar a nadie con esa fingida firmeza—. Solamente es cansancio acumulado.

Rezó porque esa última parte sí que fuera verdad.

Ainize pensó que, a diferencia de ella, él estaba guapísimo. Durante aquellos días le habían crecido tanto el cabello, que llevaba enmarañado y desenfadado, como la barba. Admitió que le gustaba cómo le quedaba la barba. Además, el sol del que habían disfrutado los últimos días parecía haber aclarado su mirada hasta transformarla en un verde intenso, claro y brillante.

—Venga, baja... Estoy seguro de que después de cenar te sentirás mejor...

Ainize fingió una sonrisa y asintió, aunque dudaba de que fuera capaz de ingerir un solo bocado sin echarlo de nuevo.

Bajó con Haritz, que la acompañó hasta el sofá. El pitido ensordecedor de sus oídos se había atenuado, aunque podía seguir percibiéndolo de fondo en su cabeza. Su maldita cabeza. Tenía tanto barullo dentro que le costaba pensar con claridad, distinguir entre lo

que era real y lo que no.

Se quedó sola, en silencio, mientras él terminaba de preparar la cena. Haritz siempre había sido así de bueno y de caballeroso, siempre tan atento a lo que ella precisaba. Se alegró al comprobar que no había cambiado en esencia y que, tras tantos años de distancia, seguía cuidando de ella del mismo modo que antaño. Una pequeña sonrisa se escapó de sus labios, aunque el gesto no tardó en desaparecer cuando comprendió que la partida que se había ido desarrollando en el tablero había llegado a su fin. Las negras habían hecho mate. Habían ganado.

Se quedó contemplando la última jugada, sintiéndose ridícula. Había perdido.

—¿Vienes a cenar? —preguntó Haritz desde la cocina.

Ainize asintió sin levantar la mirada, consciente del error que había cometido con su último movimiento. Los caballos y la torre de su oponente habían impedido la salida del rey. Se había dado quedado ahogado en el centro del tablero.

Notó que una mala sensación se apoderaba de ella, un desasosiego extraño. Recordó el relato del aldeano y el fantasma y un escalofrío la recorrió de pies a cabeza, provocándole un temblor estremecedor. Quizás no fuera a perder su alma —si es que aún la tenía—, pero intuía que aquel final no era un buen presagio, sino una manera de augurar el mal que estaba por llegar.

Se levantó del sofá con unas inmensas ganas de llorar y de huir. De cerrar la maleta y escapar para siempre de aquel lugar sombrío que se hallaba alejado de todo en mitad de una colina maldita. Pero entonces, mientras sentía cómo la oscuridad se cernía sobre ella para engullirla, sus ojos tropezaron con los de Haritz y una extraña calma se adueñó de ella.

—¿Cenamos? —repitió él.

Ella asintió.

Dio un par de pasos en su dirección, pero acabó dándose la vuelta para regresar al tablero de ajedrez. Se quedó contemplando la posición de las piezas unos segundos, interiorizando aquella última jugada con la que había recibido el jaque mate definitivo. Y, sin comprender el impulso repentino que la obligaba actuar así, se agachó sobre el tablero y derribó de un manotazo todas las piezas que quedaban sobre él. Escuchó el repiqueteo de cada una de ellas al rodar

por el suelo del salón, hasta que todo se quedó en silencio de nuevo.

—¿Estás bien?

Ella asintió, aunque su mirada perdida no decía lo mismo. Haritz se aproximó a la joven y la arropó entre sus brazos, estrechándola con todas sus fuerzas contra él para protegerla.

—¿Te cuento algo? —murmuró él en voz baja—. Ya está. Ya está todo en proceso y lo único que tenemos que hacer es esperar... No importa lo que Alberto quiera o pretenda, ni sus amenazas. Ya no puede boicotearnos.

Había utilizado el verbo en plural, incluyéndose en el bando de los Agirregoitia. Le dolía pensar que, de forma inconsciente, ella también lo veía de esa forma: como parte de la familia. Y, aun así, sabía que lo que sentía por Haritz era un imposible y que su vida estaba muy lejos de aquel pueblucho, aquellos viñedos y aquella colina.

Se dirigieron al comedor. Haritz había llenado la mesa de pequeñas velas y había descorchado una botella de chacolí local. Ainize sonrió y dejó de lado su falta de ganas, dispuesta a dejarse llevar y a disfrutar. No les quedaba demasiado tiempo juntos, así que dejaría sus preocupaciones de lado para poder disfrutar de él.

Se llevó la copa de chacolí a los labios y le dio un pequeño sorbo de prueba, esperando que no le sentase mal. Tras la vomitona, su estómago parecía haberse asentado y poco a poco iba recuperando algo de fuerza. Quizás Haritz tenía razón cuando decía que solo necesitaba un poco de alimento para recomponerse.

—¿Crees que saldrá algo decente?

Él soltó una risotada.

—Va a salir un chacolí inmejorable, no te preocupes —respondió, tan positivo como de costumbre—. Esa subvención ya lleva el apellido de los Agirregoitia.

Ainize le devolvió la sonrisa, aunque no estaba tan convencida como él. Prefería tener los pies en la tierra a que, en el último instante, todo se viniera abajo. Mientras degustaba la lasaña de verduras que Haritz había preparado, pensó que cuando regresase a Francia, ya instalada, tendría que volver a replantearse la búsqueda de un comprador para Haize Hegoa por si todo salía mal y se veían en la obligación de vender la propiedad en contra de los deseos de su hermano. Era consciente de que no sería una venta sencilla, porque

aquel año había estado plagado de tempestades y las cosechas habían sido mucho más escasas de lo habitual.

Volvió a pensar en Gorka y la imagen de él charlando con Alberto acudió a su mente. No podía poner en duda la buena voluntad de su hermano, porque aquel pensamiento sí que sería capaz de envenenarle la mente. Decidió que, le gustase o no, tendría que sentarse y hablar con él seriamente para que estuviera alerta respecto a Alberto. Alguien tenía que vigilar Haize Hegoa en su ausencia y, por supuesto, dedicarse al cuidado de las viñas. Eso o pensar que, quizás, alquilarlos podría ser una buena opción. Gorka no quería deshacerse de la propiedad y los terrenos, pero tenían que pensar un plan alternativo para mantener todo aquello en marcha mientras ellos estuvieran ausentes.

—¿Me vas a contar qué te ronda la mente?

Ainize tragó saliva.

Algo le decía que había llegado el momento del adiós. Tenían que poner las cartas sobre la mesa y pensar que aquel reencuentro llegaba a su final.

—En sacar el billete de tren —respondió sin andarse con rodeos, decidida a sacar el tema—. Poco más puedo hacer aquí... Ya hemos formalizado los papeles de la herencia y está todo en marcha... Tengo que regresar a casa y seguir con mi vida donde la dejé.

Haritz pestañeó varias veces, confuso, sin saber qué decir.

—Ya sabías que...

—No te marches —soltó sin pensar, aún consciente de que suplicar no serviría para nada—. No vuelvas a marcharte, Ainize.

Ella no supo qué responder. Aquel ruego inesperado la había pillado por sorpresa, enmudeciéndola.

—Mi vida esta...

—Tu vida está donde tú quieras que esté —la cortó de nuevo, incapaz de ocultar su desesperación. La miraba con fijeza, con los ojos acuosos y el corazón en un puño—. Y aquí tienes mucho, Ainize. Mucho más de lo que crees... Aquí tienes a tu familia.

—¿A mi familia? —repitió con una sonrisa irónica en los labios —. Yo nunca he tenido familia. Gorka y yo siempre hemos estado solos, Haritz. No sé qué es tener familia.

Golpeó la mesa, nervioso, sintiendo cómo la impotencia se adueñaba de él.

—Elsa, tu sobrina, Gorka y... ¡yo! —exclamó con un tono de voz mucho más alto del que pretendía—. ¡Yo, joder! ¡Yo!

—Haritz...

—¿Piensas dejarnos atrás de nuevo? ¿Fingir que no existimos mientras vives en una absurda burbuja parisina con un tipo que ni siquiera te conoce?

—Pierre me conoce muy bien —respondió Ainize con calma, sin perder los papeles.

Sabía que estaba dolido y que soltaba todo aquello sin antes meditarlo. Ya había imaginado que la reacción de Haritz no sería buena y que aquella conversación no sería fácil para ninguno de los dos.

—No te conoce, Ainize —aseguró con rabia—. Hay veces que ni siquiera tú te conoces a ti misma... Te crees que no tienes límites, que no necesitas ayuda, que tú sola te vales en la vida... Pero mírate, mira lo que ocurre cuando no haces caso a tu mente, a tu cuerpo... —añadió, señalándola—. Estás destrozada y prefieres ocultarlo a pedir ayuda.

—Haritz...

—¿Crees que no sé por qué te marchas a París? ¿Piensas que soy estúpido?

—Haritz, por favor...

Sentía que la cabeza comenzaba a zumbarle de nuevo y que ese pitido que casi había desaparecido volvía a adquirir volumen. Se llevó la copa a los labios y le dio otro sorbo, uno mucho más intenso. Creía estar preparada para mantener aquella conversación, pero se equivocaba por completo. No tenía fuerzas para enfrentarse a Haritz porque, por poco que le gustase admitirlo, estaba siendo su muleta. Esa pieza clave que la mantenía erguida y la impedía caer.

—Quieres marcharte de Artziniega porque tienes miedo de acabar como todos los demás... —escupió—. Tienes miedo de perder la cabeza porque sientes que hay algo que no va bien en ti, igual que algo no iba bien en Ramón, en tu abuelo, en tu bisabuela...

—Eso no es verdad... —murmuró ella, mintiendo.

Sabía que a Haritz no podía engañarlo. Se conocían tan bien que cada verdad que se decían arañaba, dolía. Era como echarle sal a una herida abierta.

—¿Te acuerdas de aquella vez en el desfiladero? La vez del

paseo, esa en la que subimos a ver el atardecer...

Asintió con pesar.

Ainize sabía perfectamente a qué día se refería. Solo eran un par de niños, unos adolescentes de poco más de dieciséis años que despedían el curso escolar para darle la bienvenida al verano. Habían subido a lo alto de las montañas para ver atardecer y Ainize, inconscientemente, se había quedado ensimismada observando el vacío y la caída. Pensó en su bisabuela y en ese saltó que dio, en esa forma de morir. Le pareció romántica. Pensó que si ella tuviera que elegir cómo hacerlo, también optaría por lanzarse a la nada. Cerrar los ojos y caer, caer y caer, como si el mundo dejase de existir y la tierra se abriera bajo tus pies. No podría asegurar cuánto tiempo se mantuvo así, callada e imaginándose esa muerte. Intentando recrear cómo sería el momento exacto en el que su cuerpo se estrellase contra el suelo. Solamente recordaba que, al final, fue Haritz quien rompió el silencio y la trajo de vuelta a la realidad. Lo hizo sujetándola con fuerza del brazo y tirando de ella, porque se había acercado de forma peligrosa al precipicio y ella ni siquiera había sido consciente.

—Lo recuerdo —respondió mientras una lágrima resbalaba por su mejilla.

¿Por qué estaba llorando? ¿Qué era aquello que tanto le afectaba?

—Lo vi en tu mirada..., supe que temías perder el juicio y que, a su vez, a ratos sentías que ya lo habías perdido —le dijo en voz baja —. Pero eso no es verdad, y si lo fuera..., ¿crees que en París será diferente? ¿Qué escaparás incluso de lo que llevas dentro de ti?

—Lo que sí sé es que en Artziniega...

—En Artziniega siempre estarás a salvo, Ainize —dijo él, sujetándola del brazo casi de la misma forma que aquella vez en el desfiladero—. No importa lo que sientas, lo que tengas dentro — añadió, antes de darle dos pequeños toques en el pecho con el dedo—, porque no pienso dejar que saltes al vacío jamás. Yo... estaré aquí siempre. Conmigo nunca tendrás que fingir ser perfecta ni ocultar tus miedos como lo haces con él.

Estaban llorando los dos.

Ainize sentía cómo algo se le rompía por dentro, cómo su corazón se desgarraba de forma irremediable. No iba a quedarse allí, no podía. Por mucho que quisiera a Haritz, Artziniega no era su sitio. No era su

lugar.

—Lo siento mucho —respondió, porque no sabía qué otra cosa podía decir.

Se colocó de puntillas y le besó con ternura en los labios. Pudo sentir el sabor de sus lágrimas saladas en aquel beso, aquel beso que significaba un adiós. Se permitió permanecer de esa forma unos segundos antes de separarse de su cuerpo. Él la atrajo hacia sí, impidiendo que se marchara. La besó con más fuerza y rudeza que nunca, en un intento absurdo de mantenerla a su lado y de alargar aquel instante lo máximo posible.

Al final, terminaron separándose para coger aire. Los dos lloraban por el mismo motivo, aunque ninguno de ellos parecía ser consciente.

—Márchate, por favor —suplicó ella.

—Esta vez puede ser diferen...

—Márchate —repitió.

Él no hizo ademán de moverse de donde estaba y ella sintió cómo el dolor la entumecía, la aprisionaba. Cogió la botella de chacolí y salió del comedor mientras las lágrimas se deslizaban sin control por su rostro.

Ascendió las escaleras corriendo y trastabilló dos veces, pero no se cayó. Cerró la puerta de su habitación de un portazo, como había hecho en un sinfín de ocasiones en las rabietas de su adolescencia, y se apoyó sobre ella mientras se dejaba caer hasta quedar sentada en el suelo. Lloraba sin control y su cuerpo se sacudía de forma involuntaria. Sabía que no conseguiría calmarse por mucho que se esforzara, porque aquel nudo que la apretaba por dentro se había tensado tanto que la única manera de deshacerlo era aquella: liberándolo. Liberándose.

No escuchó la puerta de Haize Hegoa al cerrarse, pero sí el gruñido del motor del coche de Haritz al alejarse del caserón. Se deslizó hasta la ventana a gatas y contempló cómo las luces se iban disipando en la oscura lejanía. Se le agudizó el llanto porque sabía que ese adiós era definitivo y, en efecto, esa segunda ocasión había sido aún peor que la primera.

Le dio un trago a la botella de chacolí. Estaba rota por dentro, hecha pedazos, y esperaba que el alcohol difuminase todo ese dolor que la devoraba sin piedad.

Intentaba recomponerse cuando vio la luna llena brillar. El cielo

de Artziniega se había despejado por completo y millones de pequeñas y resplandecientes estrellas parpadeaban en el firmamento salvaguardando las montañas de Aiara. Ainize sintió que, entre tanta paz, un huracán la abrasaba por dentro.

Un impulso de rabia la tentó a lanzar la botella de chacolí contra la pared. Quería hacerla pedazos, reventarla y ver cómo todo se llenaba de cristales, cómo se rompía en añicos. Necesitaba saber que ella no era la única que se había roto y que ya no tenía reparación. Quería... desaparecer. Subirse al altillo de la casa y colgarse de una viga había dejado de parecerle una locura, y ese pensamiento volvía a provocar que tuviera miedo de sí misma.

Bebió otro sorbo y lloró sin consuelo hasta que, al final, la madrugada la abrazó con un profundo sueño. Se quedó dormida en el suelo de la habitación con la cabeza sobre la maleta abierta, esa que todavía no se había atrevido a cerrar.

Y justo antes de dormirse, fue consciente de que Haritz tenía razón en una cosa: él era el único que la conocía realmente bien.

25

Ainize se había bebido la botella entera de chacolí. Quizás por esa razón tardó tanto en percibir el olor a humo que se filtraba por la puerta y ventanas de Haize Hegoa con el alba de un nuevo día. El fuego teñía también el cielo y la tierra, y era difícil de discernir dónde empezaba uno y terminaba la otra.

La cabeza le dolía horrores y se sentía agarrotada, entumecida. No fue consciente de lo que estaba sucediendo hasta que se levantó del suelo y miró afuera. El humo había creado una cortina delante de la ventana y le dificultaba la visión. Tembló de pies a cabeza, sintiendo cómo un escalofrío la paralizaba. Su ritmo cardíaco se aceleró y comenzó a sentir con intensidad las palpitaciones de su corazón, casi como si estuviera al borde de una taquicardia. Entonces, reaccionó.

Se apresuró a buscar su teléfono móvil, se encontraba sin batería. Prácticamente no le había dado uso desde su llegada a Artziniega. Notó que los ojos se le empañaban mientras lo conectaba al cargador de la mesilla. Comenzó a pulsar de forma repetitiva el botón de encendido hasta que consiguió que reaccionase. Desde allí, podía comprobar cómo el fuego ingería todo a su paso: los viñedos, las tierras, los arbustos. Todo iba quedando arrasado por las llamas.

Marcó los números de emergencia, pero le temblaban tanto las manos que el teléfono se le resbaló en un par de ocasiones. A la tercera consiguió pedir auxilio, pero le temblaba tanto la voz que no estuvo segura de si la operadora había conseguido captar el mensaje. No podía perder el tiempo porque, si no detenía las llamas, llegarían al cobertizo.

Sus neuronas aún se encontraban adormecidas y le costaba pensar con lucidez. Intentaba decidir cuál sería su siguiente paso mientras descendía escaleras abajo. Abrió la puerta principal de Haize Hegoa y aspiró el humo, de tal manera que sintió que le abrasaba la garganta. Se colocó la camiseta en la cara, tapándose la nariz y la boca

para protegerse, y corrió hacia la manguera de riego mientras intentaba recordar dónde se encontraba el botón general de los aspersores. En aquel maldito valle llovía tanto que pocas eran las ocasiones en las que se precisaba regar.

Notó el calor que abrasaba su cuerpo, provocando que su temperatura fuera en ascenso de forma peligrosa. Podía sentir cómo la combustión iba consumiendo el oxígeno del valle y cómo el simple acto de respirar cada vez se volvía más difícil.

El calor iba en aumento y las llamas cada vez estaban más cerca de Haize Hegoa, pero sobre todo del cobertizo. Abrió el paso del agua de los aspersores y corrió hacia la manguera mientras veía las chispas que saltaban desde el incendio y alcanzaban su piel. Ainize se había imaginado muchas maneras de morir, pero jamás pensó que el final de su vida tendría lugar en medio de un incendio, mientras intentaba proteger su futuro chacolí de autor de las llamas.

Levantó la manguera y dirigió el agua hacia el incendio. Sabía que, si no se aproximaba a las llamas, no conseguiría extinguirlas. Comenzó a acercarse despacio. Estaba mareada y tenía la sensación de que en cualquier instante perdería el conocimiento pues la falta de oxígeno hacía mella en sus capacidades. El agua de los aspersores dejó de ser visible, y Ainize supuso que el fuego los había consumido. Podía ver cómo las llamaradas la acorralaban contra el cobertizo y cómo el fuego alcanzaba el porche de Haize Hegoa y comenzaba a trepar por él, escaleras arriba.

Se mojó las manos, las tenía abrasadas, mientras se imaginaba cómo reaccionaría su cuerpo al fuego, cómo alcanzaría la muerte. ¿Sentiría mucho dolor? Siempre había escuchado que a partir de los cuarenta y pocos grados llegaba, de forma irremediable, la muerte cerebral. Eso significaba que no alcanzaría a experimentar ningún tipo de sufrimiento. Mantuvo la manguera en alto con todas sus fuerzas para que el agua alcanzase más terreno.

No habían pasado más que unos pocos minutos cuando empezó a escuchar las sirenas a lo lejos. Los bomberos debían de estar cerca, aproximándose a Haize Hegoa. Lo único que tenía que hacer era aguantar, resistir un poco más. Casi no podía respirar, se estaba asfixiando.

Dejó caer la manguera al suelo y retrocedió unos metros para escapar del calor. Vio los camiones acercarse a la casa y a los

bomberos con su traje ignífugo delimitando la zona. Se dirigían directamente a Haize Hegoa, seguramente pensando que Ainize debía de encontrarse dentro. Cualquier persona con dos dedos de frente se habría mantenido en su casa o habría salido disparada colina arriba para escapar del fuego. Pero ella no. Retrocedió aún más, consciente de que el incendio la había alcanzado y que pronto sería devorada por las llamas. El miedo, en lugar de paralizarla, la ayudó a reaccionar.

Echó a correr hacia el pequeño bosque que rodeaba el cementerio familiar, consciente de que el fuego iba ganando terreno mucho más rápido de lo que había imaginado. Pensó en Haritz y en aquella fogata que solían hacer cada San Juan, esa en la que los dos se prometían quemar lo malo y quedarse con lo bueno. La noche más larga del año, aunque se transformaba siempre en la más corta. Empezaba a desvariar, lo percibía.

Creía estar avanzando deprisa, pero en realidad prácticamente iba arrastrándose sendero arriba. No le quedaban fuerzas y cada movimiento suponía una agonía. Se detuvo bajo un árbol. Alzó la vista y decidió que era un abeto, uno muy grande. En realidad, su visión estaba tan borrosa que no era capaz de distinguir nada. Ni siquiera tenía claro que aquel árbol fuera real.

Miró al frente. Veía el fuego devorándolo todo sin piedad y no pudo evitar estremecerse al pensar que, en unos instantes, todo por lo que había luchado desde su regreso se extinguiría para siempre. «No debería importarme, porque yo también me extinguiré», pensó. Y aquel fue el último pensamiento que tuvo antes de perder el conocimiento.

Estaba en un estado de seminconsciencia cuando sintió unos brazos fuertes que la aupaban. Consiguió abrir los ojos un momento y vio a un hombre que llevaba un gorro fosforescente y una máscara de oxígeno. Imaginó que debía de tratarse de un bombero e intentó indicarle que se centrasen en salvar el cobertizo, pero no fue capaz. No lo consiguió. Las palabras se perdían dentro de ella y lo único que era capaz de sacar al exterior era un gruñido ahogado, vacío y sin sentido. La salvaguarda de su herencia estaba en aquel cobertizo y no le quedaban fuerzas para protegerlo.

Ainize notó que el hombre le colocaba una máscara. Cogió aire, aspiró y comprobó que el oxígeno que inhalaría había dejado de ser infernal. Volvió a coger aire y comenzó a toser con tanta fuerza que

creyó que se ahogaba.

—Respira hondo, profundamente... Con calma, así... Ya estás a salvo, estás a salvo... —le decía él.

El calor del entorno seguía abrasándola. Escuchaba al resto de los bomberos, que se comunicaban a gritos entre sí, y el sonido de unas sirenas acentuándose cada vez más. Intentó aguzar la vista para comprender lo que ocurría, pero volvió a perder el conocimiento.

Abrió los párpados ya en la ambulancia, camino del hospital. Imaginó que se encontraba en una ambulancia porque tenía una luz blanca y potente sobre la cabeza y porque los objetos que la rodeaban se mecían levemente a su alrededor con un balanceo hipnótico. Notaba el balanceo, de un lado a otro, de la camilla sobre la que yacía. Una mujer de bata blanca, que debía de ser una médico de emergencias sanitarias, se inclinaba sobre ella para inspeccionarle las pupilas con una pequeña linterna. Ainize deseó echarse a llorar, pero no tuvo tiempo suficiente.

Una vez más, todo se volvió blanco.

Cuando abrió los ojos de nuevo, el calor infernal y los gritos de los bomberos habían cesado. No quedaba rastro de la sirena de la ambulancia, ni de los médicos de bata blanca que la atendieron. No, estaba sola en una habitación vacía y tenue, una habitación que a esas alturas ya le empezaba a resultar familiar.

Resultaba curioso que, durante los últimos diez años de su vida, no hubiera precisado acudir al médico más que en un par de ocasiones: una de ellas para que le recetasen la píldora anticonceptiva, la otra para una revisión ginecológica rutinaria que, en contra de lo recomendable, ya había demorado bastante. Pero desde que llegó a Artziniega, las tornas habían cambiado, y Ainize pensó que estaba visitando aquel hospital mucho más de lo normal. Alguien había intentado asesinarla en dos ocasiones: la primera, asfixiándola, y la segunda, incendiando su hogar.

Pensó en Haize Hegoa y sintió que se le rompía el corazón al ser consciente de que debía de haber ardido entre las llamas. Se esforzó por recordar si el incendio había alcanzado el caserón, pero no fue capaz de rememorarlo con nitidez. Estaba todo emborronado, y distinguir la realidad de sus fantasías resultaba tedioso, demasiado complicado. Ainize respiró profundamente antes de llevarse la mano a la mascarilla. La retiró de su rostro y aspiró una bocana de aire, pero

pronto cambió de idea y volvió a colocársela. El oxígeno de la habitación ardía comparado con el que expulsaba la máquina.

Imaginó que debía haberse quemado las vías respiratorias con el humo. Pasó la mano por su frente y recorrió el vendaje que le habían recolocado. Se preguntó si se debía a alguna nueva lesión o si simplemente le habían cosido la anterior, pero sabía que hasta la visita del médico desconocería esa información. Corroboró que también tenía un vendaje en la mano que ascendía hasta el codo. Intentó recordar cómo y cuándo podía haberse lesionado el brazo, pero no fue capaz de responderse.

Pasó los minutos en paz, contemplando la lámpara del techo y sin moverse ni un solo centímetro. Odiaba con toda su alma los hospitales, pero en aquel instante se sintió bien ocupando la camilla sobre la que descansaba. Se sintió... a salvo. Y eso era mucho más de lo que hubiera asegurado en aquellos días.

Debió de dormirse de nuevo, porque cuando se despertó, Gorka y Elsa ya habían acudido al rescate y ocupaban una silla a cada lado de la cama, custodiando a la herida. Ainize se incorporó levemente, agotada. Le dolía cada centímetro de piel, huesos y músculos del cuerpo. Le habían retirado la mascarilla de oxígeno y la habían sustituido por unas gafas nasales. Aspiró levemente por la boca y comprobó que, en aquella segunda intentona, su garganta y sus pulmones protestaron menos que en la primera ocasión.

—Gorka... —murmuró con un hilillo de voz.

Su voz sonaba tan ronca y áspera que parecía provenir directamente de la ultratumba. Su hermano descansaba plácidamente en una de las incómodas butacas de hospital. Se fijó en su rostro. Estaba dormido, aun así tenía el ceño fruncido y parecía estar en tensión. Ainize intentó levantar la voz y captar su atención, pero el dolor le resultaba insoportable.

—Sssh... —la tranquilizó Elsa—. No hagas esfuerzos y descansa... Tienes que dormir un poco. Coger fuerzas.

La joven, simplemente, asintió.

Su fortaleza habitual se había esfumado y ya no tenía vitalidad para pelear.

Cerró los ojos y se volvió a dormir.

26

Ainize no era capaz de recordar cuántos días había pasado en el hospital. Habían sido varios, o eso creía. Cada vez que se despertaba, desviaba la mirada hacia la ventana para contemplar el cielo y averiguar si era de día o de noche. No recordaba cuántas lunas había contado, pero sospechaba que debían de haber sido unas seis diferentes. Quizás siete.

Aquella noche llovía a mares, incluso granizaba. Había escuchado a los médicos hablando con Elsa y le había parecido entender que a la mañana siguiente recibiría el alta hospitalaria, aunque, según su doctor, aún precisaba de reposo y descanso.

Suspiró y bajó con esfuerzo de la cama para desentumecer las piernas. Elsa descansaba en la butaca contigua al lecho Ainize la miró de reojo y pensó que la mujer debía de estar agotada. Había pasado noche y día en aquella silla, custodiando la habitación como un perro guardián que protege de cualquier mal a su cachorro.

Ainize sabía tan bien como ella lo que las cartas del tarot habían dictaminado: su muerte. Seguía teniendo la firme convicción de que uno no debía prestar atención a aquellas absurdeces, aunque no sabía si tendría la suerte de escapar de la guadaña una tercera vez.

Abrió la ventana y sintió el aire fresco de la madrugada colándose dentro. Sonrió cuando un pedrusco de granizo rebotó en el alfeizar, antes de entrar en la habitación. Ainize lo recogió del suelo y lo colocó en la palma de su mano para comprobar cómo, poco a poco, se derretía y creaba un pequeño charco. Recordaba una lluvia de granizo en la caseta de la liana, donde tantas horas había pasado con Haritz, junto al arroyo. Los pedruscos habían sido tan grandes y fuertes que acabaron por dañar parte de la estructura que conformaba el tejado —que nunca había sido demasiado sólida—. Sonrió con amplitud, recordando cómo perdieron tres horas de su vida arrinconados en un rincón de la caseta mientras rezaban por que el temporal menguase para poder volver a casa.

En aquella época las preocupaciones no existían y, por supuesto, las agujas del reloj corrían a un ritmo muy diferente. No solo el segundero parecía ir más despacio, sino que los días transcurrían con una parsimonia que en la edad adulta no existía. Ainize pensó en su padre y cómo habría vivido aquella intensa tormenta de granizo. Mientras un par de adolescentes enamorados intentaban sobrevivir sin mojarse, él contemplaría sus viñas desde la ventana, preguntándose si en aquel año de tempestades salvaría parte de la cosecha y podría pagar las facturas a final de mes.

Se quedó allí un buen rato, quizás varias horas, mientras contemplaba la tormenta y disfrutaba de la profunda respiración de Elsa. Transmitía paz. Pensó en ella y se sintió levemente culpable por la poca importancia que le había concedido a lo largo de su vida, pues, aunque habían encontrado en ella una madre a la que querer y de la que recibir amor, en el fondo siempre había sido consciente de que no compartían un lazo de sangre. Gorka siempre había sido el chico cariñoso y meloso de los dos hermanos, y Ainize, la distante, más fría, más ruda. No lo había hecho de forma consciente, pero así había sido. No había tratado a Elsa con cariño, a pesar de las largas madrugadas que la mujer había pasado custodiando los pies de su cama para espantar las pesadillas que la rondaban. Y después de tantos años, allí seguía. Cuidándola como lo había hecho entonces o de la misma forma que cuando Haritz le abrió la cabeza.

Aunque le costaba expresar sus sentimientos en voz alta, quería a Elsa. La quería con locura. Quizás no del mismo modo que Gorka, pero eso no significaba nada. Ainize podía ser hermética, pero en su corazón tenía sitio suficiente para todos los que la rodeaban.

Contempló la intensidad de la lluvia y se preguntó, por primera vez desde que se había despertado en esa cama de hospital, cómo se encontrarían Haize Hegoa y las viñas después del incendio. No había tenido fuerzas para enfrentarse a esa realidad, pero imaginaba que no podría esquivar las malas noticias por mucho tiempo.

Se sintió débil y cerró la ventana, dispuesta a regresar a la cama. Se estremeció cuando escuchó el llanto agónico de algún paciente que reclamaba ayuda de las enfermeras. Los sanitarios la habían instalado en la Unidad de Quemados —aunque sus secuelas eran irrisorias en comparación con lo que le podía haber sucedido— y los gritos de dolor que llegaba a escuchar del resto de sus vecinos se le hacían

insoportables. En más de una ocasión se había dormido pensando que las almas errantes de aquellos que cumplían castigo en el purgatorio debían de sonar muy parecidas.

Antes de cerrar los párpados, volvió a desviar la mirada hacia la ventana. Un rayo resplandecía con fuerza en el firmamento, recordándole que, incluso en los momentos más oscuros, la luz podía llegar a iluminar el mundo.

A las siete de la mañana una amable enfermera que ya la había atendido en más de una ocasión se encargó de cambiarle los ventajes y de realizarle las últimas curas antes de que el médico le llevara el alta firmada. Gorka acudió a buscarla, dándole así un poco de tregua a Elsa para que pudiera volver a su casa y cambiarse de ropa.

—¿Haize Hegoa es habitable? —preguntó la joven con un nudo en el pecho.

—El porche ha quedado calcinado, pero las llamas no llegaron a alcanzar la fachada de la casa —explicó su hermano sin ocultar su estupefacción—. Vas a alucinar cuando lo veas... Es increíble. Como si la casa hubiera repelido el fuego.

Ainize suspiró al escuchar las buenas noticias y pensó que, después de todo, quizás su descabellada imaginación se había encargado de agravar el incendio en sus recuerdos. Lo imaginaba devastador y apocalíptico, pero se alegraba de ver que Gorka parecía mantener la calma y de comprobar que su mellizo no había perdido del todo la esperanza.

El todoterreno comenzó a subir colina arriba y Ainize, que tenía la ventanilla bajada, percibió el olor a chamusquina que flotaba en el ambiente. Llovía a mares, y por primera vez en su vida se alegró por ello. La tormenta pronto terminaría de arrastrar todos los restos del incendio.

—Creen que ha sido intencionado —le explicó Gorka, aunque Ainize no albergaba ninguna duda al respecto—, pero todavía no han confirmado nada. Los peritos siguen trabajando en el terreno..., así que imagino que pronto nos dirán algo desde la aseguradora.

—¿La aseguradora?

Gorka asintió con pesar.

—Si resulta que fue intencionado, entonces... Entonces todo quedará en manos de la policía y, hasta que exista una resolución firme y se señale a un culpable, no podremos cobrar nada. Ni un solo

céntimo.

Por primera vez, Ainize fue capaz de percibir la desesperación en el tono de voz de su hermano. Parecía nervioso, consciente del problema en el que estaban metidos.

—Alberto ha llamado...

—Alberto ha provocado el incendio, Gorka —le cortó, sin andarse con tonterías—. Ni se te ocurra cogerle el teléfono. No tenemos nada que negociar con él.

Los dos hermanos se miraron de reojo.

—¿Crees que tendremos más opciones? —preguntó él en el preciso instante en el que llegaban al inicio de los terrenos que habían sido calcinados por el fuego.

Ainize pestañeó varias veces, incapaz de procesar lo que sus ojos veían. Todas las campas, todos los viñedos y todo el verde que siempre había reinado en aquel lugar habían quedado sustituidos por un carbón negro y grisáceo, extinto completamente de cualquier rastro de vida.

Sintió deseos de echarse a llorar, pero contuvo el llanto en sus entrañas y mantuvo la compostura.

—No lo sé —respondió, consciente de que todo se había complicado más de la cuenta—. ¿No eras tú quien se negaba a vender? ¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

Gorka sonrió con ironía y señaló el cobertizo. El exterior estaba totalmente ennegrecido, aunque los cimientos parecían seguir sosteniéndolo con firmeza.

—Ahora sí que no tenemos nada qué hacer con todo esto, hermana...

Ambos guardaron silencio, sumidos en sus propios pensamientos.

Gorka detuvo el motor del todoterreno junto al caserón y ambos se apresuraron a descender del vehículo. Ainize apartó con rabia una lágrima rebelde que resbalaba por su mejilla mientras contemplaba aquel caos.

Tenía la sensación de que, de pronto, le habían arrebatado su infancia calcinando todos sus recuerdos, eliminándolo todo.

Subió el escalón del porche con cuidado, sujetándose del brazo de Gorka. El suelo no parecía demasiado firme y la plataforma amenazaba con derrumbarse en cualquier instante.

—Fíjate..., parece cosa de magia —murmuró Gorka, señalando

los restos del fuego.

La joven corroboró lo que su hermano le decía. Resultaba increíble pensar que las llamas se hubieran detenido a la distancia suficiente como para ni siquiera rozar la fachada de Haize Hegoa. Alzó la vista y recorrió toda la superficie de la casa, escrutándola. No había rastro del incendio.

—Increíble —aseguró Ainize, aún procesando aquel suceso tan paranormal.

Haize Hegoa siempre había tenido algo... diferente. Vida propia, algo que la dotaba de voluntad. Ainize colocó la mano sobre la fachada, como si de esa forma intentara percibir los latidos del corazón que palpitaba dentro del caserón.

—¿Entramos? Creo que necesitas descansar.

Aceptó la oferta y se dirigió directamente al sofá. A pesar de llevar varios días en la cama, se sentía tan cansada que no quería, siquiera, hablar en voz alta. Gorka se sentó a su lado en silencio. Tampoco quería mantener una conversación seria, pero ambos sabían que había llegado el momento de tomar decisiones y que, vista la situación, el abanico de opciones no era demasiado amplio.

—Nos tendremos que plantear aceptar la oferta de Alberto...

—Dijiste que no querías vender, Gorka —le recriminó ella de malas formas, nerviosa.

Aquel desastre lo había causado Alberto.

Él había sido el único responsable de su estancia en el hospital y de que los terrenos de su familia hubieran quedado reducidos a la nada. De pronto, sintió la duda instalándose en su cabeza y recordándole la conversación de Alberto y Gorka bajo la ventana del hospital, cuando la ingresaron la primera vez. No quería pensar mal de su hermano, no quería dudar de él, pero... pero le costaba hacerse a la idea de que, después de todo, fuera a ser capaz de deshacerse de las propiedades sin titubear. Sin luchar.

—Dije que no quería vender, y por supuesto que no quiero hacerlo —murmuró en un tono bajo y conciliador—. Lo último que me apetece es regalarle la propiedad a un tipo que nos está chantajeando. Pero ¿qué opciones tenemos, Ainize? ¿Quedarnos con una propiedad endeudada? ¿Trabajar de nuevo las tierras? ¿Plantar más viñas? Tendríamos que arar la tierra y volver a empezar de cero con el viñedo... Y eso si conseguimos que brote en esa tierra seca y

ennegrecida.

Ainize sabía que no podían permitirse tanto tiempo ni dinero, y que ninguno de los dos iba a poder continuar con su vida mientras intentaban mantener a flote aquel lugar. Era imposible.

—Alberto ha intentado matarme...

—No tenemos por qué tomar la decisión hoy —aseguró Gorka con firmeza y con una madurez que Ainize no acostumbraba a ver en él—. Podemos pensarlo con calma e intentar buscar otro comprador. Imagino que podríamos venderlo todo al precio de las deudas que tenemos pendientes, y así quedar a cero con los bancos.

Ainize asintió.

Cualquier opción sería mejor que permitir que aquel demonio terminase saliéndose con la suya.

Le pesaban los párpados y sentía que poco a poco se iba quedando dormida a pesar de sus esfuerzos por continuar el hilo de la conversación. Los médicos se habían despedido de ella con un par de goteros de calmantes que parecían empezar a surtir efecto.

—Y lo de Alberto... Si de verdad ha sido el responsable de todo esto y de lo que te ha pasado, pagará —sentenció—. Créeme que acabará pagando por todo lo que nos ha hecho.

Todo se quedó en negro, y la voz de Gorka se extinguió en la lejanía. Se acurrucó en el sofá. Ainize sonrió al pensar que, a pesar de los años que tenía aquel mueble, seguía siendo un lugar cómodo y reconfortante para ella. Pensó en Haritz, incluso llegó a soñar con él. Le dolía pensar en cómo se habían despedido y todo había terminado.

Había perdido la partida de ajedrez. Había perdido las viñas y el vino de autor. Había perdido al chico que siempre había querido, ese por el único por el que alguna vez se le llegó a nublar la razón.

Un millón de instantáneas se deslizaron por su mente de forma veloz, como si fueran la secuencia de una película. Haritz y ella corriendo colina arriba, siguiendo el serpenteo del arroyo. Las fiestas de Artziniega, los fuegos artificiales, las peleas con Gorka, los besos de buenas noches que Elsa tenía para ella antes de que todo se quedara a oscuras. Recordó de nuevo aquella tarde en la que su padre los llevó a volar la cometa y los tres corrieron entre las viñas, riendo. «Lo siento, *aita*», pensó, incapaz de reprimir la angustia y la culpa. Imaginó que, allá donde estuviera, debía de sufrir horrores observando cómo había terminado aquella colina en la que él siempre había encontrado paz y

sosiego.

Pensó en Pierre y se sorprendió de las pocas ganas que tenía de verle y de explicarle los últimos acontecimientos que habían tenido lugar en su tierra natal. Aun así, era consciente de lo que el francés significaba para ella: paz, calma, cordura. Pierre era todo lo que Ainize precisaba para seguir atada a la realidad y con los pies en la tierra.

Al final, disipó todos sus pensamientos y se durmió, dejando que su mente vagara por un lago lechoso e imperturbable. Ainize había aprendido varias cosas a lo largo de su vida, y una de ellas era la de asimilar que ciertos aspectos escaparían, quisiera o no, a su control. No podía volver atrás en el tiempo para salvar los viñedos, ni podía regresar a su adolescencia para despedirse de su padre de una forma diferente.

Se despertó entrada la noche mientras escuchaba el sonido de la lluvia que caía sobre el tejado de Haize Hegoa.

Toc, toc, toc...

Ainize pensó en el agua y casi pudo sentir cómo se iba filtrando, gota a gota, sobre la tierra calcinada para humedecerla y devolverle la vida. Algo le decía que, si volvían a plantar la viña, brotaría. Los frutos saldrían a la luz. Estaba segura de ello. Era uno de esos extraños presentimientos con los que no solía nunca fallar.

Se incorporó lentamente. Elsa estaba a su lado, cambiándose los anillos de dedo y de mano como cada día de su vida.

—No tenías que haber venido —murmuró la joven en voz baja, con la voz aún ahogada—. No era necesario.

—No pensaba dejarte sola en tu estado —respondió la mujer con convicción—. ¿Quieres un poco de sopa de pescado? ¿De empanada?

Su estómago rugió, hambriento, pero Ainize ignoró la protesta. Estaba demasiado cansada y priorizaba dormir sobre alimentarse.

—Quizás en un rato...

La mujer terminó de pasar los anillos de una mano a la otra y dejó caer la espalda sobre el respaldo del sofá. Sujetó la cabeza de Ainize con ternura y la colocó sobre su regazo, del mismo modo que solía hacer cuando ella era una niña pequeña y asustada que había sufrido una pesadilla. Le acarició el cuero cabelludo, masajeándola con ternura antes de comenzar a trenzar aquel cabello rubio ceniza que con los años se había ido oscureciendo levemente.

—¿Ya sabéis que va a suceder ahora? ¿Tenéis algo pensado?

Negó con la cabeza. No podía dejar de darle vueltas al asunto, de sentir que algo no terminaba de cuadrar. Las piezas de aquel puzle seguían sin encajar y eso la torturaba sin descanso. ¿Cómo diablos había entrado Alberto en Haize Hegoa? No quería pensar mal de Gorka, pero sabía que su forma de actuar era rara.

—Gorka quiere venderlo todo, deshacerse de la propiedad —explicó—. Bueno, mejor dicho, lo que pretende es regalarle todo esto a Alberto...

—¿Alberto? —repitió Elsa frunciendo el ceño.

—El exsocio de mi padre. Creo que es el responsable del incendio y de todas las cosas extrañas que han sucedido desde que llegué a Artziniega.

—¿Cómo lo del animalillo que me encontré colgado allí arriba? Pobre bichillo...

Ainize asintió con pesar. Se veía a sí misma liberando de la soga aquel diminuto amasijo de vísceras y huesos y se le revolvía el estómago.

—Empiezo a pensar que es lo mejor, niña... Creo que tienes que marcharte cuanto antes —explicó con preocupación, sin ocultar la angustia que le causaba pensar que Ainize podría sufrir algún daño—. Las cartas no presagiaban nada bueno, Ainize. Y las cartas nunca mienten.

Sintió que algo se le removía dentro, un temor absurdo e irracional que iba creciendo de forma proporcional a la rabia. Alberto había intentado asesinarla, quemarla viva, desquiciarla y expulsarla de su hogar, de Artziniega. Había sido capaz de incendiar los viñedos y de destrozar aquel valle solamente para obtener la propiedad sin necesidad de hacer ninguna inversión.

—No pienso entregarle Haize Hegoa a ese hombre —gruñó, sin ocultar el coraje que le causaba la simple idea—. Será la última persona a la que se la entregue.

—¿Gorka no quiere negociar con él? —inquirió Elsa con curiosidad—. Ainize, no importa a quién le entregues estos terrenos... Lo único que te pido es que te marches. Que regreses a París junto a Pierre y que estés a salvo, que huyas de las malas vibraciones que te persiguen en Artziniega. No dejes que los demonios te atrapen con sus garras.

Pensar en marcharse y abandonarlo todo resultaba tentador, pero... no podía hacerlo. No podía dejarlo todo atrás y abandonar a su hermano con aquella carga sobre sus hombros. Esa vez se quedaría para luchar hasta el final.

—No puedo irme, Nani. —Era la primera vez que se dirigía a ella de aquel modo—. No puedo dejar a Gorka solo con esto y no puedo permitir que el traidor de Alberto se quede con todo lo que mi padre construyó a lo largo de su vida. Y que se salga con la suya después de haber intentado asesinarme.

Ainize sacudió de lado a lado la cabeza con desdén.

—¿Y estás segura de que ha sido él? —suspiró Elsa en voz alta, con aire pensativo—. Lo recuerdo vagamente, pero tu padre siempre solía decir que era un buen hombre.

—Mi padre no era capaz de ver la maldad de...

Se quedó en silencio, con la frase a medias. Elsa continuaba trenzando su cabello mientras su mente despertaba del letargo y los recuerdos de su infancia se amplificaban, esos en los que Alberto había tenido protagonismo. No eran demasiados, pero recordaba uno en concreto que se había instalado con fuerza en su mente y del que no conseguía desprenderse. Uno que comenzaba a ganar fuerza, como un germen que la iba intoxicando con lentitud.

No era un recuerdo muy lejano, más bien lo contrario. Era una de las reminiscencias que poseía del día que se subió al tren con la intención de no volver a pisar jamás Artziniega. Quería aprovechar que su padre estaba reunido con Alberto para despedirse con rapidez de Elsa, pero cuando bajó a la cocina se encontró al socio de Ramón allí. Ainize ni siquiera entró, no quería hacer dramas. Lo único que pretendía era marcharse en silencio, sin que nadie notase su ausencia.

Se quedó escondida en un rincón, observando por la rendija. Alberto y Elsa reían de manera despreocupada, como dos viejos amigos que se conocen desde siempre. Ella había dejado unas magdalenas en la mesa antes de girarse contoneando las caderas hacia el fogón. Alberto respondió a aquel gesto provocativo con un cachete en el trasero que a Elsa pareció gustarle. Un gesto demasiado íntimo, demasiado pícaro para dos personas que no mantenían nada más que una amistad.

Ainize podía recrear sin esfuerzo aquella escena que acababa de desbloquearse en su memoria. Entonces, no le concedió más

importancia de la que tenía: dos amigos, quizás dos amantes. Para ella algo totalmente insignificante que no merecía atención. En aquel momento de su vida, en su mente solo burbujeaba la huida, la forma en la que dejaría atrás todo aquello.

Percibió que comenzaba a faltarle el aire e intentó separarse de la mujer. ¿Elsa y Alberto...? ¿Y eso significaba que...? Ainize sintió que la información la desbordaba, que todos aquellos recuerdos que habían desbloqueado la envenenaban.

Elsa la retuvo en su regazo, sujetándola con fuerza por los hombros.

—No debes hacer esfuerzos —le recordó—. Es mejor que no te levantes.

Ainize notó que el corazón se le disparaba y que las manos de aquella mujer, que tanto la había querido, cuidado y protegido, la empujaban hacia abajo, reteniéndola. Aprisionándola.

Otro sinfín de recuerdos acudieron a su mente de golpe, como un torbellino que no podía frenar. Ainize tuvo la sensación de que había abierto una puerta de su memoria, una que durante mucho tiempo se había esforzado por mantener cerrada, y que las instantáneas que conformaban las piezas que le faltaban al rompecabezas se reproducían con tanta fuerza dentro de su cabeza que resultaba asfixiante. Se estaba ahogando. Contempló en la lejanía una pieza de ajedrez que había rodado hasta el ventanal del salón y se sintió absurda, una verdadera idiota. Era la dama de las piezas blancas. Cogió aire y recordó aquel cumpleaños en el que Elsa le regaló el tablero. «El ajedrez agiliza la mente», le dijo, antes de explicarle que había encargado a un artesano local que lo tallara a mano. Notó que una lágrima rodaba por su rostro y se esforzó por mantener las apariencias, por no delatarse. ¿Cómo diablos no había caído en la cuenta después de todo? Elsa había sido su maestra, la encargada de mostrarle cada movimiento, de enseñarle cada apertura, y la que le había regalado el libro de jugadas que durante años había quedado en el olvido dentro de aquel baúl de los recuerdos.

Quería estar equivocada, necesitaba estarlo. Pero sabía perfectamente que todo encajaba a la perfección, sin fallos. La había intentado expulsar de Haize Hegoa, había jugado con sus miedos, la había enloquecido con aquella partida de ajedrez porque ella, ella más que nadie, sabía cuál era su punto débil. Las cartas... Ainize recordó

esas cartas en las que auguraba su muerte. Sintió un escalofrío que la recorrió de pies a cabeza, provocándole un temblor que no fue capaz de controlar.

—Nunca quise este final para ti, ¿sabes? Nunca pretendí que te sucediera nada malo.

—¿Qué? —murmuró Ainize con la voz ahogada y con aparente inocencia unos segundos antes de notar que un cojín le aprisionaba el rostro.

Intentó zafarse de las manos de Elsa, pataleando, gritando. Pero no era capaz de moverse. La tenía tan agarrada y atrapada que no conseguía librarse. La mujer se cernía sobre ella con todo el peso de su cuerpo, aplastándola, asfixiándola.

—No queríamos haceros daño, a ninguno de los dos... —explicó con parsimonia, como si continuaran con la charla, como si ninguna de las dos tuviera ninguna prisa—. Cuando me encontré a tu padre colgado de la viga, supe que nos merecíamos todo esto, que era nuestro. De Alberto y mío, ¿sabes? Nos correspondía, Ainize. He cuidado de este lugar toda mi vida mientras vosotros dos solamente pensabais en huir de él como había hecho la serpiente de vuestra madre —murmuró, apretando con más fuerza el cojín sobre la cara de Ainize—. Me he pasado los años aquí metida, esperando que me quisiera como la quiso a ella, ¿sabes? Esa mujer horrible que os abandonó a todos sin ningún miramiento... Esa de la que tu padre seguía enamorado, aunque llevara más de veinte años desaparecida, mientras yo seguía aquí, cuidándole. Esperándole. Entregándole todo mi cariño y todo mi ser.

Ainize empujó el cojín con todas sus fuerzas y consiguió aspirar una pequeña bocana de aire, el suficiente como para mantenerse en el mundo unos minutos más, aunque le ardiera la garganta y sus pulmones continuaran gritando auxilio con un gemido prácticamente inaudible.

—Cuando vi que Ramón se había ahorcado supe que, por fin, Alberto y yo tendríamos nuestra oportunidad. Pero tú ibas a ser un problema... Lo pude intuir desde antes de que aparecieras en Haize Hegoa —continuó, desembrollando todos los sucesos para que cada acto cometido cobrara sentido en la cabeza de la joven—. Siempre fuiste un problema, ¿no crees? Era lo que te gustaba... Ser diferente, llamar la atención y dar guerra. Gorka siempre fue la paz y la calma

de este lugar, a diferencia de ti.

»Tú eras como tu padre. Mientras que Gorka me consideraba una madre, tú seguías dirigiéndote a mí como Elsa... Como si yo no fuera nadie, tu cuidadora y nada más —soltó sin ocultar el odio que destilaba—. Lo mismo que tu padre. Después de tantos años... ¿Cómo era capaz de seguir pidiéndome que me dirigiera a él como don Ramón? Porque me veía inferior...

Ainize sintió que todo comenzaba a emborronarse y reconoció el cosquilleo en sus extremidades. A lo largo de los últimos días la había experimentado demasiadas veces. Y sabía lo que venía a continuación: estaba a punto de perder el conocimiento, de despedirse del mundo.

—Lo siento muchísimo, mi niña... Sabes que te quiero —aseguró Elsa con voz dolida, llorando—, y que nunca pretendí dañaros. Siempre os cuidé como si fuerais mis propios hijos, sacrificándome por vosotros... Incluso a ti te quise tanto como a él. Os quise a todos.

Ainize percibió la negrura que se cernía sobre ella. El instante de decir adiós a todo.

—Siempre te quise... Te quise con locura...

El pitido, ese pitido ensordecedor que indicaba que había llegado el momento de decir adiós se instaló en su cabeza, en sus oídos. Cerró los párpados y entonces... Entonces, desapareció. La presión se esfumó de golpe y ella, de forma inconsciente, aspiró una gran bocanada de aire que dio lugar a un ataque de tos. Se incorporó deprisa, sin comprender lo que pasaba. No podía parar de toser.

Aún tenía la visión borrosa cuando vio a Haritz allí plantado, frente a ella. Tenía un antiguo candelabro en la mano, uno de esos que Elsa solía dejar relucientes antes de las cenas festivas. La mujer yacía en el suelo y un charco de sangre que se fundía con el escarlata de la moqueta iba ampliándose bajo su cuerpo.

—No sa... sabía qué hacer... —tartamudeó Haritz, confuso y nervioso—. Tenemos que llamar a una ambulancia... Tenemos que... Necesitamos llamar a la policía.

Ainize desvió la mirada hacia Elsa. Se quedó mirando su cuerpo fijamente, espantada. Tenía los ojos abiertos, en blanco, inertes. No quedaba un solo atisbo de vida en aquella mirada que tanta ternura había proyectado hacia ella y su hermano en el pasado. Elsa estaba vacía. Estaba muerta.

Se había marchado para siempre y la sangre volvía a teñir las

maderas de Haize Hegoa.

La chica se levantó con calma, aún mareada, y se abalanzó a los brazos de Haritz desesperada mientras continuaba escuchando el retumbar de la lluvia en el tejado.

Toc, toc, toc.

El rostro le ardía, cubierto de lágrimas. Hundió la cabeza en su pecho en un intento de desaparecer, de que todo a su alrededor se esfumase y despertarse en otro lugar, siendo consciente de que aquello solo era una pesadilla.

—¿Estás bien? ¿Estás...? —preguntó él, alarmado—. Hay que llamar... Necesitamos ayuda. Necesitas ayuda.

Levantó la mirada. Sus ojos chocaron con esa intensidad abrumadora que ambos solían desbordar. Él la besó, y ella sintió que el mundo desaparecía, que por fin estaba en casa. En su casa, en su hogar... A su lado. Y a salvo.

Igual que aquel secreto de su infancia los había hecho cómplices, la vida seguía empeñándose en unirlos. En mantenerlos cerca.

Notó el peso de la tarjeta que la agente de policía le había entregado el día de la denuncia en su bolsillo. Esa que, en su momento, intuyó que en algún momento podría llegar a necesitarla.

—Tenemos que llamar a una ambulancia, Ainize... Tenemos que...

—Tenemos que llamar a la policía, no a una ambulancia —sentenció, sacando la tarjeta del bolsillo—. Está muerta, Haritz..., y creo que ha llegado la hora de que en el valle de Aiara reine la paz de una vez por todas.

Su voz sonaba tan áspera que no parecía provenir de sus entrañas.

Escuchó la lluvia caer y la tormenta en su máximo esplendor. Los rayos iluminaron con fuerza el firmamento mientras ella percibía aquella extraña sensación de vida, de que todo volvía a resurgir tras la muerte. Podía sentir cómo las raíces muertas de las viñas se humedecían y cómo la tierra se esforzaba por volver a dar sus frutos. Pensó que, quizás, el incendio serviría para que aquellas viñas volvieran a crecer con más fuerza que nunca. Igual que la muerte de Elsa serviría para apaciguar su locura, esa que la había ido engullendo.

—*Ekaits ostean, barealdi...*

«Después de la tormenta, llega la calma». La voz de Elsa resonó con tanta fuerza como si hubiera sido real. Como si no estuviera en el interior de su cabeza, como si no formara parte de su imaginación.

Sentía las lágrimas correr por su rostro y la rabia crecer. Ahora sí, todo tenía sentido. Todo, absolutamente todo. Pensó en su padre y no pudo evitar preguntarse si aquella muerte tan repentina también había sido incitada por Alberto y Elsa, o simplemente por alguno de los dos. Nunca conocería la respuesta, aunque tampoco necesitaba saberla. Continuó observando el charco de sangre que se extendía cada vez más mientras un brote de arcadas le sacudía el cuerpo.

Un trueno retumbó con fuerza, con tanta fuerza que Ainize notó que los cimientos de Haize Hegoa se agitaban de forma amenazante.

—Necesito salir de aquí... —susurró, incapaz de dejar de llorar.

Haritz entrelazó las manos de la chica y caminó afuera. La lluvia continuaba cayendo con fuerza, con muchísima fuerza. De forma casi mágica, un arcoíris apareció en el cielo de Artziniega envolviendo con su arco de colores las montañas del valle.

La joven, de pronto, descubrió el verdadero significado de estar en paz.

Epílogo

Se colocó el sombrero antes de levantar la azada y de dejarla caer, hundiéndola en la tierra seca y poco amistosa. Comenzaba otra época y pronto una nueva generación de viñas resurgiría de la tierra y de la colina, renacería de sus propias cenizas para brotar con más vida que nunca.

Ainize suspiró y se retiró el sudor de la frente. Se sentía asfixiada mientras araba los terrenos de Haize Hegoa con el sol brillante sobre su cabeza. Ella, que siempre había detestado la humedad, se preguntaba cuánto faltaba para que aquel invierno se transformase en lluvioso, como casi todos los que había pasado en el valle de Aiara. Miró hacia el cielo con esperanza, deseosa por notar las gotas de lluvia salpicar refrescantes su sudoroso rostro.

Haritz se acercó a ella por la espalda y la rodeó con sus brazos desnudos, también un tanto húmedos, pillándola desprevenida con aquel gesto cariñoso. El joven llevaba toda la tarde trabajando en el cobertizo, recomponiendo aquel lugar con mimo y esmero a pesar del pésimo estado en que el fuego lo había dejado. No estaba resultando sencillo volver a levantarlo todo, peldaño a peldaño, viga tras viga. Pero el esfuerzo empezaba a dar sus frutos y comenzaba a dejar ver algo parecido a lo que tiempo atrás había sido. Incluso mejor.

Ella desvió la vista hacia el cobertizo y se sorprendió al comprobar que estaba terminado por fuera. Haritz había pintado incluso el tejado y las paredes. El pobre chico intentaba seguir compaginando su trabajo en la gestoría de su padre con las tareas de Haize Hegoa, aunque ambos sabían que tarde o temprano él también se rendiría por completo a la vida y la exigencia que suponía ser un viticultor del valle de Aiara.

Ainize continuó haciendo un barrido general del entorno. Aquel lugar había cambiado mucho, muchísimo, en cuestión de pocos meses. No solo habían conseguido reformar significativamente la casa... No. Habían hecho mucho más, la habían transformado, otorgándole de esa

forma una nueva vida. El sol proyectaba en la fachada blanca, impoluta, unos reflejos dorados que iluminaban hasta los terrenos de la colina. La chica respiró hondo y un olor afrutado inundó sus fosas nasales.

—No te separes del teléfono —suplicó Ainize con preocupación.

Lo sacó del bolsillo, comprobó que no tenía nuevas llamadas y volvió a guardarlo.

—Estoy atento, te lo prometo.

Se lanzaron una mirada cómplice y sonrieron. Faltaba poco, muy poco, para que una nueva generación de Agirregoitia llegara a Artziniega.

La joven deslizó la mano hasta su vientre con un gesto protector e instintivo mientras se preguntaba cuál sería la mejor forma de darle la buena nueva a su familia. Aunque solamente estaba embarazada de unas pocas semanas, sabía que otra niña venía en camino. Podía sentirlo. Era uno de aquellos presentimientos que solía tener y que, de alguna forma increíble, después resultaban ser acertados. Por un instante pensó en su madre biológica, esa con la que compartía sangre y que la había traído al mundo. Solo fue un segundo..., o quizás menos. Una pequeña milésima de segundo en la que evocó a la mujer que desapareció de sus vidas sin molestarse en decir adiós. Sin darles un beso, sin recordarles de qué iba ese sentimiento tan complicado al que todos llaman amor. Ainize no tenía ni idea de si sería una buena madre o una mediocre, pero sabía que jamás repetiría los errores con los que alguna vez, incluso, llegó a empatizar. El odio que en un pasado sintió hacia Artziniega había hecho que justificase lo injustificable, incluyendo aquel abandono que en su niñez no fue capaz de entender y que, aun adulta, seguía sin encontrarle sentido.

Había dejado de ser una niña y lo único que tenía claro en aquellos momentos era que su vida había cambiado por completo desde que supo que una semilla crecía dentro de ella. Una nueva vida que brotaba con fuerza y que pronto llegaría a aquel mundo de locos para recordarles que el tiempo no se detiene, que todo sigue girando... Una nueva vida que había despertado el más primitivo y salvaje de todos los instintos. El más fuerte e intenso: el instinto maternal. Un lazo de protección que ella jamás rompería ni traicionaría.

—Creo que el chacolí ya está para sacarlo del depósito —explicó Haritz con una sonrisa, devolviéndola al mundo real.

Ainize asintió, pensando que, en ocasiones, la vida también sonreía a los menos afortunados.

Aunque el incendio había devorado sin piedad el cobertizo, los depósitos de acero inoxidable habían protegido el vino de las llamas y, en muy pocos días, el primer y último chacolí de los Agirregoitia sería embotellado y etiquetado. El último de aquella generación de viñas que con tanta dedicación Ramón, su *aita*, y el resto de sus antepasados habían cultivado. Pero el primero de los que Ainize y Gorka comenzarían a producir.

También pensó en él, en Ramón. Le costaba poder llamar padre a un hombre que nunca había ejercido como tal. Levantó la mirada hacia Haritz y comprendió que había escogido a la persona adecuada con la que comenzar de cero. O, mejor dicho, con la que retomar su vida donde años atrás la dejó. Sabía que él sería un buen padre. Quizás no fueran a ser los mejores, pero sí dedicados, cariñosos y entregados. Haritz tenía la capacidad mágica de sanar las heridas con su mera presencia, y Ainize no podía evitar tener la sensación de que eso mismo era lo que estaba haciendo con Haize Hegoa. Curarla. Devolverle la paz que los Agirregoitia y su locura le habían robado a aquella casa.

—¿Le echamos un vistazo? —inquirió, en el preciso instante en el que el teléfono móvil comenzaba a sonar.

El nombre de Gorka iluminaba la pantalla y Ainize, nerviosa, se apresuró a arrancárselo a Haritz de las manos para responder la llamada.

—¿Estáis bien? ¿Está ya...?

—Ya ha nacido —respondió Gorka sin poder ocultar la emoción y la ilusión que encerraba aquella frase—. Ya está aquí, Nahia está con nosotros.

Ainize, que hacía semanas que había derribado todas las barreras que en un pasado se había esforzado por construir alrededor de su corazón, derramó un par de lágrimas de emoción apretando con fuerza la mano de Haritz, incapaz de controlarse.

—Vamos para el hospital —sentenció antes de colgar—. Felicidades, *aita*. Serás el mejor de todos.

Cortó la llamada y le dedicó otra mirada cómplice a Haritz. Resultaba curioso que continuasen pasando los años y que ninguno de los dos precisase decir nada en voz alta para que el otro le entendiese.

Es más, la joven podía sentir cómo en aquellas últimas semanas aquella extraña conexión que tenían se había intensificado con más fuerza que nunca. Era como si, poco a poco, el lazo que los unía —y que siempre los había mantenido unidos— hubiera sido anudado con más ímpetu.

—Voy a cambiarme de camiseta y tú ve arrancando el coche —ordenó con ilusión, antes de echar a correr hacia el viejo caserón.

Ainize subió las nuevas escaleras del porche con el corazón palpitando a mil por hora y la ilusión a flor de piel. Estaba a punto de entrar en casa cuando trastabilló y se cayó de bruces contra el felpudo. «Las prisas», se dijo, para justificar su torpeza.

Estaba levantándose del suelo cuando vio la diminuta flor *eguzkilore* en la fachada de Haize Hegoa. Alguien la había grabado sobre la madera del marco de la puerta, en ambos lados, con un punzón. Habían pintado la fachada y ni siquiera en ese instante se había fijado en aquel detalle. Ainize paseó el dedo por aquel pequeño dibujo y notó la presencia de Elsa. Cerró los ojos un momento y tuvo la sensación de que incluso llegaba a percibir el aroma de su perfume.

—Elsa...

La *eguzkilore* siempre ha sido, entre los más supersticiosos de aquella zona, un símbolo vasco de protección y guardia, una forma de no dejar entrar el mal ni las desgracias en los hogares. Un amuleto que Elsa siempre había llevado consigo, muy cerca.

Estaba convencida de que Elsa la había grabado en la puerta antes de causar el incendio en un intento absurdo de protegerla de las llamas. No era una Agirregoitia, pero excusó todos aquellos actos de la mujer diciéndose que la locura que encerraba la colina también había sido capaz de atraparla a ella entre sus garras. Aun así, la chica no había dudado, ni dudaba, de que Elsa la hubiera amado con todo su corazón. Dibujó el contorno de aquella flor con el dedo. Quizás eran las hormonas, quizás se debía a la felicidad que suponía el nacimiento de su sobrina, o quizás el hecho de que Elsa, en el fondo, la hubiera intentando proteger de un trágico final lo que consiguió emocionarla. Las lágrimas comenzaron a descender por sus mejillas. Hacía tiempo que había dejado de ser aquella chica dura para, simplemente, ser. Dejarse llevar.

—¿Estás lista? —gritó Haritz desde el todoterreno, ya con el motor encendido—. ¡Tu sobrina quiere conocer a su tía!

Ainize sacudió todos los pensamientos de su mente y respondió con un «sí» bien alto. El cementerio de Haize Hegoa tenía dos tumbas nuevas, pero dos nuevas vidas llegaban al lugar.

La vida continuaba brotando... siempre.

Nota de la autora

Empezar una nueva etapa siempre da algo de vértigo y con esta historia considero que ocurre eso. Cierro un capítulo para abrir uno nuevo, así que, antes de nada, espero que la hayáis disfrutado tanto como la disfruté yo en su proceso de creación.

Aunque no os lo creáis, el apartado de agradecimientos es el que más veces escribo, borro y reescribo. Tener solo un par de páginas para dar las gracias a todas las personas que hacen esto posible es una tortura. Perdonadme de corazón si, en el proceso, me dejo un nombre importante que mereciera ser nombrado.

En primer lugar, gracias a mi agente, Justyna. Su confianza, su cariño y su dedicación facilitan que hoy tengáis este libro en vuestras manos. También a Rosa, mi editora, por cuidar cada detalle del texto, ayudarme a darle forma y a que todo encaje maravillosamente. A las dos, gracias por hacer que la tarea del escritor sea un trabajo en equipo y no en solitario.

Gracias a mi familia y a todas mis amistades, aunque en especial nombraré a mi amiga Ainize. Esta vez le he robado tanto el nombre como el apellido, así que espero que considere que nuestra protagonista está a su altura. Empecé esta historia poco antes de saber que esperaba un bebé, y mi pequeño sobrino nacerá poco antes de que la tengáis en vuestras manos. Así que esto también es para él, porque soy de esas que piensa que la familia no tiene nada que ver con la sangre, sino con el amor del bueno. El que permanece con el paso del tiempo y que nunca se borra.

Gracias a ti, lector, por continuar a mi lado en este nuevo comienzo que está repleto de ilusión. Nos volvemos a leer muy pronto, lo prometo.

Y antes de despedirme, gracias a mi hija Nadia. No es que ella tenga la mitad de mi corazón, sino que le pertenece en su totalidad. Cada frase que escribo, es por y para ella. Ojalá siempre te sientas orgullosa de mí.

Y, en definitiva, gracias a todos los que dais vida a mi imaginación.

Notas

1. No todo lo blanco es nieve.

1. La verdad duele.

2. «El pájaro es pájaro»: Si le hubiera cortado las alas, / habría sido mío, / no se me habría escapado... / Pero de esa forma, habría dejado de ser pájaro... / Y yo lo que amaba era el pájaro.

Hija de la lluvia
Haizea López

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Hija de la lluvia*

© del diseño de la portada, José Luis Paniagua

© Haizea López Martínez, 2023
Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España.

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2023

ISBN: 978-84-670-7006-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

EFECTO POSADAS
Carmen Posadas
ESPASA

Efecto Posadas

Posadas, Carmen

9788467070415

360 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un libro para recuperar el placer de escuchar opiniones con fundamento

Espasa reúne en un volumen los mejores artículos publicados en prensa durante los últimos años por Carmen Posadas, una de las autoras más reconocidas de su catálogo de narrativa.

El lector tendrá la oportunidad inigualable de "entrar en conversación" con la autora, que a lo largo de estas páginas no elude ningún tema. ¿Su único requisito? Que resulte ameno y con sustancia para el contertulio más exigente.

Cómpralo y empieza a leer

La HIJA ITALIANA
Una promesa del pasado forjará su destino
SORAYA LANE
ESPASA

La hija italiana (Serie Las hijas perdidas 1)

Lane, Soraya

9788467069877

368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Soraya Lane, la nueva reina de las sagas familiares con trasfondo histórico.

Londres, en la actualidad:

Lily, una joven enóloga inglesa a punto de viajar a Italia para trabajar en uno de los mejores viñedos del país, recibe una inesperada convocatoria de un despacho de abogados. Al acudir a la cita, descubre que su abuela nació y fue dada en adopción en Hope's House, un hogar para madres solteras; las únicas pistas que tiene sobre su pasado familiar son una antigua receta de cocina manuscrita y un programa del teatro La Scala de Milán, de 1946.

Ya en Italia y con la ayuda de Antonio, un joven viticultor, Lily decide seguir ambas pistas, que la llevarán hasta una pequeña región del Piamonte donde descubrirá una fascinante historia de amor del pasado que cambiará su vida para siempre.

Milán, ochenta años atrás:

Estee, destinada a convertirse en la mayor *prima ballerina* de Italia, y Felix, heredero de una gran familia de empresarios, lo son todo el uno para el otro desde que se conocieron en la adolescencia, y, más que nada en el mundo, desean ser felices. Pero en una época en la que la moral y las normas sociales se imponen sobre la libertad de elegir un camino propio, ambos deberán enfrentarse con coraje y fortaleza al destino que otros han decidido para ellos.

Una novela arrolladora sobre secretos familiares, el poder del pasado y la fuerza del destino.

Cómpralo y empieza a leer

San Juan de la Cruz

«Cántico espiritual»

Poesía completa

Real Academia Española

"Cántico espiritual". Poesía completa

San Juan de la Cruz

9788467070477

1140 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Edición de María Jesús Mancho.

El presente volumen de la **Biblioteca Clásica RAE** ofrece la breve pero extraordinaria **obra poética de San Juan de la Cruz**, encabezada por el *Cántico espiritual*, cima absoluta de la **poesía mística y amatoria** en lengua española, acompañado de la «declaración» o comentario que el propio autor escribió para esclarecer la dimensión y el sentido de sus versos.

La edición de María Jesús Mancho tiene en cuenta, para la fijación del texto, la compleja tradición manuscrita de las obras del santo, concebidas para una difusión restringida, y concede especial atención al **códice de Sanlúcar de Barrameda**, autentificado y revisado por San Juan.

Los poemas van acompañados de **un estudio de conjunto** que hace visibles las distintas dimensiones (lingüística, clásica, bíblica, tradicional, erótica, moral, mística) que encierran estas **portentosas composiciones**, y reúne y analiza el caudal erudito de reflexión -y discusión- que han provocado.

Cómpralo y empieza a leer

MARIAN ROJAS ESTAPÉ

CÓMO HACER QUE TE PASEN COSAS BUENAS

Cómo hacer que te pasen cosas buenas

Rojas Estapé, Marian

9788467053982

232 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Las cosas buenas precisan un plan"

Uniendo el punto de vista científico, psicológico y humano, la autora nos ofrece una reflexión profunda, salpicada de útiles consejos y con vocación eminentemente didáctica, acerca de la aplicación de nuestras propias capacidades al empeño de procurarnos una existencia plena y feliz: conocer y optimizar determinadas zonas del cerebro, fijar metas y objetivos en la vida, ejercitar la voluntad, poner en marcha la inteligencia emocional, desarrollar la asertividad, evitar el exceso de autocrítica y autoexigencia, reivindicar el papel del optimismo…

Cómpralo y empieza a leer

Angela Rodicio
EL ZAR OLVIDADO
MIGUEL II Y LOS CINCO DÍAS
QUE PUDIERON CAMBIAR EL MUNDO
ESPASA

El zar olvidado

Rodicio, Ángela

9788467070453

256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La recreación fidedigna y apasionante de uno de los momentos clave de la historia de Rusia y del mundo.

Miguel Romanov, hermano de **Nicolás II** tuvo en sus manos la posibilidad de salvar la dinastía de los **zares**.

La noche de **febrero de 1917** en que las hordas del pueblo tomaron Petrogrado, Miguel tuvo que buscar refugio en la casa de una amiga. Allí permanecería mientras el pueblo tomaba el palacio de Invierno, se organizaba el **Soviet** y el zar intentaba llegar en tren desde un cuartel militar al palacio donde se refugiaba su familia.

Ese viaje en tren, de más de cuarenta horas, que dejaba el gobierno en vilo, fue su perdición, pues el vacío de poder hizo que Petrogrado y **Rusia** entera se perdieran para siempre en el nuevo **régimen comunista**. Pero Miguel quería que se convocase una Asamblea Constituyente aunque, tras numerosas reuniones del Soviet, finalmente nunca fue nombrado zar.

Miguel Romanov podía haber cambiado la historia de Rusia, convirtiéndose en el primer zar constitucional, y haber evitado el terrible régimen de Stalin, que ya presagiaba la tragedia rusa de ayer y de hoy.

Cómpralo y empieza a leer